HENRI WALLON

DEL ACTO AL PENSAMIENTO

Ensayo de psicología comparada

EDITORIAL PSIQUE
BUENOS AIRES

Título del original francés:
DE L'ACTE A LA PENSEE
Essai de Psychologie comparée
publicado por Flammarion, París

Traducción de
ELENA DUKELSKY

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
© by EDITORIAL PSIQUE — Maza 177 — Buenos Aires

Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

INTRODUCCIÓN

¿Cuáles son las relaciones entre el acto y el pensamiento? ¿Cuál de los dos tiene prioridad sobre el otro? "En un principio fue el Verbo" (o sea el pensamiento manifestándose), decían los discípulos místicos de Platón. "En un principio fue la Acción", replicaba Goethe. He aquí un debate que divide todavía a los filósofos y aun a los sabios, y que proporciona un primer ejemplo de las oposiciones, antinomias y antagonismos que surgen entre el ser y el conocimiento, entre las tesis sobre el conocimiento, como así también entre las fuerzas del ser en evolución.

En el campo restringido del desarrollo psíquico estos conflictos son evidentes. Más sensiblemente aun que en otros dominios en los que la realidad y las teorías tienen un ritmo de transformación, de crecimiento, de renovación, de tal modo lento o uniforme que dan ordinariamente una impresión de estabilidad o de simple repetición, esos conflictos pueden considerarse no como la negación sino, al contrario, como el fundamento de los procesos que tienden al más completo desarrollo del ser o del conocimiento.

Pero hasta en esta realidad inestable que es la vida psíquica, los términos que ellos oponen no pueden aprehenderse distintamente en su totalidad y en su conjunto sino por la exploración de los campos variados donde sus actividades se manifiestan y buscan encauzarse: es decir, no sólo en el comportamiento de la persona humana, sino también entre las reacciones consideradas todavía como instintivas y naturales del animal, y a través de la diversidad de las influencias sociales. Este problema de las relaciones entre el acto y el pensamiento debe conducir de preferencia hacia los estados originales, hacia la

infancia de los individuos, de la especie, de las sociedades, como hacia las etapas en que el crecimiento es aún suficientemente rápido y las diferencias manifiestas. Antes que el resultado realizado y consolidado, se trata de observar los factores en juego, su sucesión y acción recíproca.

Comparar, además, no es necesariamente indentificar. Las desemejanzas a menudo se prestan más al análisis que las similitudes. Y éstas no implican forzosamente procesos susceptibles de superponerse. En efectos análogos, en formas de acción o de pensamiento que ofrecen el mismo aspecto, puede haber causas y condiciones diversas. Un hallazgo semejante no puede dejar de tener importantes significaciones ya sea porque pone en evidencia la variedad de los mecanismos posibles en vista del mismo resultado, o bien porque señala la necesidad del resultado mismo como aspecto o estructura definidos del comportamiento, como sistema apropiado de adaptación o como etapa de una evolución.

No hay subterfugios que los teóricos del conocimiento no hayan utilizado para ocultar las contradicciones sobre las que aquél se levanta y de que cada una de sus etapas es la superación, como si vieran en ellas un renunciamiento a sus posibilidades. Sin embargo, su ocultación, es puramente aparente, y sus inevitables resurgimientos son lo que mejor puede tornar sospechosas las relaciones del conocimiento con el objeto, desacreditando al primero. Por no haber consentido en reconocer que el conocimiento desde su principio y como por definición, debe afrontarlas y superarlas, fomentan el divorcio entre la verdad, es decir, lo que le es ordenado por sus propias estructuras, y la realidad, es decir, lo que responde a la estructura de las cosas, o por otra parte, entre el intelecto que es el aparato del conocimiento y la razón que responde al destino total del hombre.

Una primera actitud es la precedencia dada a la verdad sobre las cosas: es decir, considerar toda realidad como idéntica o conforme al espíritu y las cosas como una forma grosera, aproximativa o ilusoria de aprehenderla. Es la actitud de un Platón o de un Malebranche, para quienes las ideas puras o lo inteligible responden a la esencia misma de las cosas, mientras

que los objetos aprehendidos por los sentidos no son más que un fantasma deformado de lo real, donde nuestra sensibilidad afectiva y sensorial mezcla tanto de sí como lo que puede entrar de la cosa misma. Otros, con Descartes y Spinoza, suponen una especie de paralelismo o identidad sustancial entre lo inteligible y la realidad accesible a los sentidos, llamada realidad material, y se atribuyen el derecho de no considerar en el objeto más que lo inteligible bajo su forma necesaria, inmutable, eterna. No dejan de verse obligados, por otra parte, a admitir que lo inteligible y lo material no pueden sostenerse enteramente por sí mismos y deben ser superados por un ser que desborda las posibilidades del conocimiento, o por lo menos, del conocimiento intelectual.

La existencia de contradicciones es bien reconocida por Kant, quien intenta formularlas en sus antinomias de la razón, pero para eliminarlas del dominio que es estrictamente del conocimiento, y para fijar sobre éste la experiencia sensible o intelectual, cuyas leyes él quiere que sean *a priori*, es decir, necesarias e inmutables. Es esta una condición que juzga indispensable para fundar la certeza del conocimiento. Pero como las contradicciones subsisten, debe concluir por sostener que el conocimiento no puede alcanzar la realidad esencial de las cosas, es decir, que no tendría acceso a la cosa en sí. Y hasta el conocimiento que el hombre puede adquirir de sí mismo lo mantendría ignorante de su propio ser real. Luego vienen las filosofías que para alcanzar lo esencial desacreditan el conocimiento y no quieren ver en él más que aproximaciones groseras, artificios más bien cómodos, pero que expresan una estéril orientación del alma. Invocan, según los autores, el ser o la nada, el impulso (*élan*) vital o la angustia, para confiarse por fin a los movimientos del instinto.

Esta breve reseña debe bastar para mostrar el malestar y el enigma que han atormentado a todos estos pensadores, cuya constante preocupación derivaba de no confesarse que el conocimiento es esencialmente un esfuerzo para resolver contradicciones. O bien tenían por imposible fundar y justificar la ciencia, a no ser equilibrándola sobre principios estables y definitivos, o bien la subestimaban y creían necesario buscar estos principios fuera de ella. Las contradicciones que se observan

FOTOCOPIAS
delivery
155-743968/4-222834
fotocopias_delivery@yahoo.com.ar

en los primeros balbuceos intelectuales del niño son más o menos la imagen de las etapas que ha debido recorrer la inteligencia humana en la persecución de su objeto. Hoy resueltas, parecen no haber existido jamás. Las que todavía persisten dan la impresión de estar en oposición con las leyes eternas del espíritu, de la lógica, la experiencia, y sucumbir a una insuficiencia, a una perversión transitoria o incurable, cuando, por el contrario, delinean el espíritu en actividad, la lógica en evolución, la experiencia en vías de realización.

Llevar el conocimiento a un esfuerzo que sobrepase las contradicciones no es oponerlo a lo real como algo artificial que debe permanecer extraño a él. Por el contrario, es integrarlo más estrechamente, hacerlo participar de sus leyes. Pues nada puede existir sino reaccionando ante acciones sufridas, y sólo subsiste lo que ha triunfado del conflicto, realizando un nuevo equilibrio, un nuevo estado, una nueva forma de existencia. Es evidentemente un mito el conflicto que se desenvolvería entre las fuerzas de vida y de muerte en el ser vivo. Atribuirles una realidad sustancial no conduciría más que a puras explicaciones verbales. Pero en estas presuntas potencias, hay entre el medio y el ser vivo series de acciones y reacciones que pueden dar lugar a la vida y a la muerte, según que la organización y las estructuras propias del ser vivo sean capaces de conservarse y desarrollarse a expensas del medio o que, por el contrario, se dejen desintegrar y destruir. Entre el medio y el ser vivo, el antagonismo es continuo. El ser viviente vive a costa del medio, pero, transformándolo, se arriesga a tornarlo inadecuado para su propia existencia, a menos que se produzca una constante renovación. Entre las especies vivientes se descubren antagonismos semejantes, que resultan de dependencias mutuas parecidas. Y, sin duda, también los hay anteriormente ya a las manifestaciones de la vida en el universo. Así, el conocimiento no hace sino proseguir en el plano que le es propio una necesidad de la cual dependen la existencia y la evolución de todo lo que debe devenir para ser.

Pero la antinomia no existe sólo entre el pensamiento tomado globalmente y las cosas. Se encuentra, además, en las definiciones de la inteligencia. Una se funda en el análisis de

las aptitudes psíquicas, una vez desarrolladas, utilizando ya sea la introspección, como no ha mucho, ya sea pruebas netamente definidas: los tests. Llevada a lo esencial por medio de este último método, la inteligencia se reduciría, según Spearman, a un poder de comparación y discriminación. La verdad está hecha de matices, decía Renan. La inteligencia sería entonces la aptitud para reconocer la verdad. La otra definición tiene la realidad por objetivo. Pone en primer plano las necesidades prácticas: acomodarse, adaptarse a lo real, utilizarlo y, a tales efectos, conocerlo. La inteligencia, instrumento de conocimiento, sale de la acción y a ella retorna.

La oposición que el metafísico establecía entre el ser y el intelecto se torna entonces, con los psicólogos, inherente a la inteligencia. ¿Es en relación con la verdad o con lo real que se la debe definir? Evidentemente, el conocimiento postula su acuerdo. Pero el punto de partida es diferente; y consecuencias diversas pueden resultar de cada uno, por ejemplo, en el plano pedagógico. La consideración esencial de la verdad exige cultivar sobre todo las aptitudes críticas del espíritu, a la manera de cierta educación clásica. La consideración de lo real conduce a desarrollar, sobre todo, el sentido de la acción en contacto con lo concreto.

La definición mediante la adaptación a lo real procura colocar la inteligencia en la prolongación de las necesidades biológicas que regulan las actividades del ser vivo, por ajustamiento gradual o selección. Los medios de la adaptación, de puramente reflejos o sensorio-motrices, podrían convertirse en intelectuales. ¿Pero se destaca suficientemente la diferencia de las dos fases viendo en la inteligencia con Claparède o W. Stern, una adaptación a las situaciones nuevas? En lo que motiva una adaptación, ¿no hay siempre alguna novedad? ¿Lo importante no es reconocer el mecanismo cada vez que aparece en juego, es decir, saber cómo distinguir la inteligencia, cuando interviene? Y el problema reaparece en su totalidad. Claparède no dejó de notarlo e intentó reducir el acto intelectual a sus factores o momentos esenciales: hipótesis, invención, control. Binet había proporcionado un análisis semejante.

Spearman se entregó de lleno a esta descomposición de las operaciones del intelecto en sus elementos esenciales. Distingue lo

que llama la *inducción de la experiencia* o aprehensión inmediata de lo que provee la experiencia, la *educción de las relaciones* y la *educción de las correlaciones*. Por educción entiende bien un pasaje, pero contrariamente a la lógica tradicional, que opone entre ellas la inducción, o pasaje de los hechos particulares a los principios generales, y la deducción, que parte de los principios para extraer de ellos consecuencias particulares, lo que él quiere significar por educción es una orientación neutra o ambivalente, es el movimiento del pensamiento en cualquier sentido que se efectúe. Por *relaciones* designa las que son elementales y cuya simple percepción da el conocimiento: las relaciones de lugar, de simultaneidad o de sucesión. Las *correlaciones* son super-relaciones o más bien relaciones entre relaciones, por ejemplo, las existentes entre relaciones de tiempo y de lugar, que pueden llevarnos a enunciar una relación de causalidad. Se trata aquí de relaciones entre series percibidas primero independientemente una de otra y que, reconocemos, coinciden sistemáticamente en su coexistencia o en algunas de sus variaciones. Según esta definición, la inteligencia partiría entonces, no de un contacto operativo directo con la realidad, sino de su imagen perceptiva, y consistiría en superponerle capas en relación que se expresan necesariamente de manera ideológica. Entre ella y la simple reacción elemental a las necesidades del momento habría, pues, diferencia de especie.

Pero las oposiciones de tesis sobre la inteligencia pueden aún presentarse bajo otra faz. Prosiguiendo su reducción de los actos intelectuales hasta sus condiciones últimas. Spearman ha debido reconocer que responden a aptitudes o a poderes cuyo desarrollo respectivo, según muestran los tests, varía de un individuo a otro. No obstante, él ha procurado establecer entre ellos, con la ayuda de métodos matemáticos, un elemento constante, un residuo común, y así ha llegado a discernir la existencia de un factor g (general). En cada individuo el nivel de este factor determinaría el nivel de su potencia intelectual. Se combinaría, para las diferentes operaciones intelectuales, con diferentes factores específicos. La importancia de los factores es más o menos grande según el género de pruebas a las cuales es sometida la inteligencia. Responden a las técnicas especiales del acto intelectual en cuestión. Para encontrar pruebas intelectuales lo más depuradas posible de estas diferenciaciones específicas, Spearman ha buscado que estén despojadas de toda técnica, inclusive las del lenguaje. Guía su elección hacia comparaciones en serie, en las que basta responder con las palabras "bien" o "mal", según que los términos de la segunda serie estén o no en una justa relación con los de la primera. Así la inteligencia tendería a definirse mejor excluyendo gradualmente todo lo que es determinación particular, poder concreto, aplicación a la múltiple diversidad de lo real.

A esta suprema sublimación del principio intelectual continúan oponiéndose concepciones en que la inteligencia no se distingue de los casos en que se manifiesta. Prácticamente debe ser conocida en su eficiencia, es decir, a través de una multiplicidad de efectos específicamente diferentes, cuya producción es preciso que esté en estrecha vinculación con las circunstancias y el medio. La expresión radical de esta tesis nos la da Thorndicke, quien hace de la inteligencia la simple suma, el "haz" de aptitudes más o menos extrañas entre sí. Sin embargo, su diversidad misma supone diferencias de estructuras, es decir, una organización que, aun dispersa en sus orígenes, poseería forzosamente en potencia asociaciones y unidad.

Tratar de descomponer la inteligencia en sus factores primarios, partiendo de resultados provocados con la ayuda de tests, es un método estático y de base demasiado estrecha para que se preste a revelar sus orígenes, su despliegue, sus formas o condiciones diversas. Hacer de ella una nueva potencia de adaptación adquirida por la especie, no puede eximir de escrutar sus comienzos y sus diferentes fases, ni de encarar lo que cada una de ellas supone de circunstancias nuevas, tanto individuales como extra-individuales. El campo de estudio debe ampliarse. Si ella no tiene, de especie en especie, un desarrollo idéntico, recibe evidentemente en cada una, ciertas determinaciones que dirigen y delimitan su crecimiento. Su examen y el de la progresión o las fases que les responden debe mostrar las diferenciaciones o elaboraciones sucesivas por las que pasa, en qué plano está construida, cómo sus funciones nacen unas de otra, se encadenan o articulan entre sí. ¿Se puede, por otra parte, separarla de las situaciones en que es capaz de manifestarse, y que van a permitir instituir compa-

raciones fructíferas, ya sea entre los estados que atraviesa el mismo individuo, ya entre los individuos o entre las especies? Por último, llega un momento de su evolución en que utiliza un material y técnicas que le hacen trascender el plano de las simples posibilidades materiales y motrices de que dispone el ser vivo en sus relaciones con los datos presentes del medio. Y es éste un verdadero medio nuevo que la inteligencia se ofrece y se impone a sí misma: el del pensamiento. Estas tres fuentes de comparación podrían controlarse recíprocamente entre sí.

En realidad, la evolución de la vida psíquica en el niño ha dado ya lugar a numerosos trabajos. Sus cambios de reacciones y de comportamiento han sido anotados, según la edad, día por día, semana por semana, o mes por mes, pues son en su mayoría tanto más fugaces cuanto más próximos están del nacimiento. La comparación de observaciones efectuadas en varios sujetos muestra que su sucesión tiene algo de sistemático, es decir, que expresan ciertas leyes de desarrollo. Pero hecha esta comprobación, las interpretaciones pueden diferir. Es una tendencia frecuente imaginar una filiación continua entre estos cambios, como si cada uno apareciera arrastrando al siguiente o, también reducirlos a elementos comunes, cuyas combinaciones se complicarían gradualmente y se apoyarían entre sí. Pero así puede desconocerse la acción de factores que intervienen cada uno a su hora, sin que nada haya podido manifestarlos hasta entonces. Riesgo más grave aún es atribuir a elementos simples, supuestamente identificables desde los comienzos de la vida psíquica, el poder de producir, con la ayuda de la experiencia, las diversas actividades que se manifestarán. Con demasiada frecuencia, la ilusión que sobreviene en el momento de formularse la conclusión se desvanece cuando en el resultado aparece lo que precisamente sería necesario demostrar. Al crecimiento en cierto modo autónomo de las funciones intelectuales, hay que oponer entonces su contraparte o complemento necesario; hay que confrontarlas con lo que les da ocasión de manifestarse explícitamente y someterlas a la prueba de circunstancias definidas, donde pueda revelarse la diversidad de sus procedimientos.

Aplicado al comienzo a casos poco complejos y, para empezar, en el animal, este método ha mostrado que la solución de problemas prácticos, en que la inteligencia entra necesariamente en juego como aptitud de combinación e invención, sobrevenía sin la intervención del aparato de nociones y términos diversos que actúan en los razonamientos donde el adulto suele ver la expresión por excelencia de la inteligencia. Las ideas, el conocimiento, que comúnmente parecen a la vez resultado y condición de la actividad intelectual, no son más que una de sus posibilidades. Marcan una bifurcación, habiendo hallado en la especie humana medios que le permiten desarrollarse indefinidamente. Pero no son las manifestaciones intelectuales más primitivas. En los animales y, con mayor evidencia, en las especies más próximas al hombre, en los antropoides superiores, se observan actos que implican una intuición variable y apropiada de las circunstancias, a la cual sería difícil disputar el título de intelectual. Encontrándose también en el niño y, además, en los hombres de toda edad, hay en dichos actos algo de inmediato, que los torna irreductibles al conocimiento y a las fórmulas del razonamiento. Dependen de la inteligencia llamada práctica, que también podría ser denominada inteligencia de las situaciones, para marcar mejor lo esencial, pero a condición de no incluir las situaciones puramente mentales, y de reducirlas a lo que son originalmente: un conjunto de circunstancias actuales y materiales que se imponen desde el exterior.

Esta inteligencia de las situaciones se opone al conocimiento, en tanto que en lugar de distinguir entre los objetos o las circunstancias, ella realiza una especie de organización dinámica, donde se fusiona con los apetitos, repulsiones, disposiciones afectivas del sujeto y con las actitudes o movimientos que pueden resultar de ello, el campo de las percepciones exteriores, modificable sin cesar según las necesidades del momento, las posibilidades de la acción, las veleidades del deseo. Estos diferentes factores, que las necesidades de la expresión y del análisis obligan a distinguir, entran a cada instante en un mismo conjunto indiviso, en una *estructura* perfectamente

única, por más que varíe con los incidentes y el desarrollo del acto.

La inteligencia práctica consiste en las modalidades de esta estructura, en la diversidad, flexibilidad y extensión de su organización. Su eficacia depende de la capacidad que tenga para reunir, entre las impresiones del momento, todas las que pueden contribuir mejor al éxito de la acción, proporcionándole medios y objetivos adecuados. Lo que nosotros llamamos "medios" se funda en la estructura que une al objeto el deseo del sujeto y lo realiza. La inteligencia interviene para suplir la insuficiencia de los automatismos simples, cuando los movimientos espontáneos y desnudos del animal no pueden hacerle alcanzar su fin. Se mide por la complejidad de los instrumentos o recursos que es capaz de utilizar. Es cierto poder constelante, que opera por la atracción mutua de lo real y de los impulsos correspondientes. Esta *realidad objetiva* que el conocimiento tiende a oponernos como una realidad independiente de nosotros que se impondría desde el exterior por intermedio de la percepción, no es aún más que un campo perceptivo siempre transformable, donde las incitaciones de las cosas no entran sino organizándose en sistemas que responden a la actividad total del momento.

¿Es de este conjunto dinámico, en el que factores subjetivos y objetivos forman una indivisible unidad y no dejan de modificarse mutuamente, mientras que la solución no es lograda, ni el deseo satisfecho? ¿Es de esta aptitud más o menos extensiva para descubrir el procedimiento eficaz, que abre el campo perceptivo y el de la acción a conjuntos variables de circunstancias y de medios, a menudo sin relación actual con el objeto perseguido, pero que los movimientos del animal pueden integrar en la persecución misma? ¿Es de esta inteligencia esencialmente asimiladora que puede resultar esta otra forma de inteligencia, que, en la acción, se expresa por consignas; en la percepción por enumeraciones, observaciones, asociaciones, que tiene la palabra por referencia constante; de la cual el lenguaje expresado o íntimo, es el substrato indispensable; que distingue entre los términos; donde cada noción correspondiente es estabilizada; donde la diversidad de los efectos se asocia a la

diversidad de las combinaciones entre elementos que deben permanecer constantes; donde cada especie de relaciones tiende hacia una fórmula explícita? Esta es una inteligencia que opera sobre representaciones o por medio de representaciones, que identifica el acto con sus componentes y los efectos con las cualidades distintivas de objetos determinados.

Varios autores parecen suponer una continuidad indiscernible entre estos dos procesos, de orientación tan contraria. Las dos inteligencias se prolongarían una en otra, como consecuencia de un simple progreso de sus operaciones. En verdad, esta es una imagen demasiado simplista de sus relaciones; solamente será posible demostrar si tienen algo de común, profundizando en cada una. Pero se distinguen aun por otro carácter. Sean cuales fueran las interferencias de su actividad, se oponen y no dejarán de oponerse, pues los sistemas que unen la inteligencia práctica con las situaciones actuales, no tienen otro objeto que ellos mismos, son agotados por sus propios efectos y, por grande que sea el círculo de las circunstancias que ellos organizan, no por eso permanecen menos cerrados y aislados en sí mismos. La otra inteligencia, por el contrario, se funda sobre términos que antes de expresar representaciones netamente delimitadas, han sido instrumentos de comunicación interindividual. Supone un material que no le corresponde a cada uno inventar para uso propio, a medida que sus progresos intelectuales lo permitiesen o exigiesen. El lenguaje enunciado o interior que se identifica con el pensamiento discursivo, así como las relaciones y las representaciones de que es soporte, tienen a la sociedad por matriz indispensable. Sin duda, no se trata sino de que el individuo sea apto para asimilar su uso. Pero precisamente, o esta aptitud no será más que el sello del lenguaje que el medio ha modelado en el niño o, como lo demuestran tan diversas observaciones, pertenece al desarrollo específico del hombre, a su naturaleza, y puede excepcionalmente faltar o anularse en ciertos individuos. Tiene, pues, sus condiciones propias y no puede ser consecuencia de la inteligencia práctica, aunque esté fecundada por cualesquiera de las experiencias que están a su alcance.

El acceso del niño a la inteligencia discursiva, al pensamiento colectivo, por medio del lenguaje y las nociones comunes que

se han acumulado, agrega nuevos problemas a los antiguos. Ya no es posible considerar su evolución intelectual como puramente individual. Pero ¿qué puntos de coincidencia tiene entonces con la tradición que hereda? ¿La retomará el niño en sus comienzos y deberá recapitular todas sus fases, antes de poder asimilar su sentido actual? Diversas analogías han hecho creer que las etapas de su "mentalidad" debían repetir las etapas esenciales de la "mentalidad primitiva". El enfoque conserva su interés a pesar de la inverosimilitud de la hipótesis. Arroja luz sobre la diversidad de condiciones que dirigen la formación del pensamiento. Las dificultades que éste debe resolver son así mejor puestas en evidencia por la similitud del esfuerzo que exigen de la inteligencia individual, en la conquista de sus medios, y de la inteligencia colectiva, en la conquista de sus conceptos. Las posiciones semejantes en que momentáneamente pueden mantener al niño y al primitivo, expresan, sin duda, la ineptitud provisional de uno para utilizar las técnicas mentales de su propia época y el retardo de estas técnicas en el ambiente intelectual del otro. La evolución biopsíquica, por una parte, y la historia, por otra, pueden en la ocasión ser concordantes, sin ser idénticas en absoluto. Su concurso es sin embargo necesario para el progreso del pensamiento.

Los tres sistemas de referencias entre los cuales puede así inscribirse el estudio del desarrollo intelectual permiten evitar las solucions demasiado apresuradas, que escamotean la dificultad. Ponen en evidencia diferencias, oposiciones que deben superarse. Entre ellos se dibujan las líneas de fuerza que deben conducir al resultado. De este modo los problemas son, por lo menos, planteados en sus diversas dimensiones.

Por una parte, enfrentan el acto material, motor, sus estructuras naturales o adquiridas, sus niveles, sus empleos tan pronto reactivos u objetivos, tan pronto subjetivos o plásticos; por otra parte, las exigencias elementales, específicas del pensamiento, sus primeros bosquejos, las dificultades que inaugura, ya que marca un umbral entre la vida psíquica y la de la especie que es bueno medir, y cuyo plano sería deseable levantar.

Primera Parte

LAS FUENTES DE COMPARACIÓN

Capítulo I

LA PSICOLOGÍA DE LA CONCIENCIA

La psicología, para comenzar, debió debatirse con contradicciones esenciales. Como era natural y necesario, se constituyó al principio por oposición a las especulaciones sobre las cosas. Frente a los objetos dados por la experiencia exterior, ella se ocupó de realzar el sujeto. Lo buscó en la experiencia que él puede tener de sí mismo, o sea en la experiencia íntima. De la experiencia separó luego la conciencia para hacer de ella su objeto, de manera que el estudio del sujeto tuvo como punto de partida la conciencia. Constituido el sujeto de otro material que las cosas, se juzgaba que recibía de ella sus elementos peculiares. Además, por su naturaleza, la conciencia es conocimiento y el conocimiento se desmenuza en imágenes. Ya sensoriales y de origen exterior, ya mentales y desarrollándose en el plano de las ideas, las imágenes eran a la vez término común de todas las manifestaciones de la conciencia e intermediario entre la percepción y el pensamiento. Permitían así reconstruir la vida psíquica según todas sus necesidades.

La descomposición de la conciencia y la recomposición del sujeto en imágenes, es decir, en elementos capaces de entrar cada uno en combinaciones diversas, podía ofrecer la ilusión de que, partiendo del sentido íntimo, la psicología también adquiría objetividad al analizar y reconstruir la vida psíquica de un individuo cualquiera. Pero precisamente, ¿podía corresponder a la imagen, despersonalizada como elemento múltiple de cada conciencia y común a todas las conciencias, restaurar el sujeto? Lo que ella había perdido en el curso de la operación, esta fun-

ción única y original de ser la persona, que opone su identidad a todos los contenidos posibles de la conciencia, ¿podrá ser restituida mediante su recombinación con otras imágenes? Sensibles a esta contradicción, autores como Maine de Biran han buscado el factor que devolvería al sujeto su primacía, su permanencia, su unidad. La impresión que puede traducirlo, la del esfuerzo, por ejemplo, llega a ser una especie de estado privilegiado, manifestación de un principio superior a todo el conjunto de los estados de conciencia, no sometido a las mismas contingencias. Pero es un principio que, por eso mismo, escapa a los asideros del conocimiento científico, puesto que su existencia no es reductible a sistemas de relación.

La conciencia, desmenuzada en imágenes, pierde también toda su movilidad. Se trueca en partículas inertes. El asociacionismo, agrupando y encadenando las imágenes, piensa remediar este desmenuzamiento, esta estancación. Apela a la semejanza y la contigüidad. Pero la atracción mutua de las cosas que se parecen entre sí es lo contrario de la renovación; y el enlace de lo que se encuentra próximo en la experiencia no es más que fijación pasiva, de donde no podrían surgir las direcciones que exigen las iniciativas del pensamiento. En realidad, sólo algunas de sus manifestaciones más degradadas tienen la apariencia de asociaciones casi puras. Son una vana yuxtaposición de grupos dispares y que no significan nada fuera de sí mismos. En respuesta a esa desvitalización del pensamiento por el asociacionismo, Bergson, a su vez, se dedicó a restituirle su espontaneidad e imaginó que todos los seres están dotados de un *élan vital*, cuyo modelo pretende hallar en la intuición que la conciencia puede adquirir de su devenir, de su renovación perpetua y de su poder creador. Pero esta evolución por sí y para sí del ser y de la conciencia sustrae aquí una vez más el estudio al análisis científico.

Por únicas y originales que sean, para cada existencia, las realizaciones de su *élan vital*, ¿puede éste hacer otra cosa que manifestar una naturaleza y una esencia? Aun considerando el devenir como la sola expresión posible de lo que es, parece difícil no imaginar en él una tendencia, una especie de unidad, y, en esta unidad, un principio latente. La *durée* bergsoniana, que es el ser desarrollándose cualitativamente, sería la ten-

dencia llevada a lo absoluto. Escapa evidentemente a las limitaciones de las tendencias particulares y no podría definirse, como ellas, por una finalidad, por un motivo, que podrían expresarse por una representación o una imagen. No por eso resulta menos cierto que en el detalle de la vida psíquica, el análisis de la conciencia lleva siempre a la imagen. Por esta vía el psicólogo debe llegar en último término a ella. Su esfuerzo por agregarle fuerzas afectivas no puede eximirlo de volver a encontrarla bajo la tendencia o en el sentimiento. Para quien parte de la conciencia, la imagen es el prototipo necesario, solamente posible de diluir en nebulosa o de considerar como límite y término de un proceso en marcha. Es de tal modo invasora que pareció capaz de explicar hasta el movimiento, cuyo mecanismo fue reducido a la eficiencia de las imágenes motrices.

Constituye, en efecto, un problema, en este sistema de explicaciones, dar cuenta de las acciones que deben ejercerse entre la realidad material y los elementos psíquicos derivados de la conciencia. El paralelismo cartesiano eludía tal problema, suponiendo un orden del pensamiento y un orden de la extensión sometidos a leyes idénticas, de tal manera que al sabio le bastaba operar, según los casos, ya en un plano, ya en el otro. Pero el fundamento metafísico de este acuerdo no era más que un acto de fe y los dos puntos de vista se han escindido. El del mecanismo físico ha intentado imponerse, con La Mettrie, en la explicación de la vida mental. El del idealismo ha pretendido, con Malebranche, reducir el mundo material a un mundo de apariencias y de causas puramente ocasionales. Más tarde, optaron, unos, por la eficiencia soberana de la idea, que provocaría el acto por una especie de *fiat* imponiéndose a los automatismos subordinados: es la idea-fuerza de Fouillée; otros, con Taine y Ribot, por la conciencia simple reflejo o epifenómeno de la vida orgánica. El sacrificio de un mundo al otro era consecuencia inevitable de una psicología que buscaba sus elementos en el análisis de la conciencia, mientras que el substrato orgánico de la vida psíquica pertenece al mundo físico, cuyo conocimiento se procura a través de las realidades exteriores y con ayuda de métodos adecuados.

Con mayor motivo, el pensamiento propiamente dicho no

podía ser sino este "pólipo de imágenes" de que habla Taine. Cuando más tarde se comprobó el desacuerdo de esta interpretación con un análisis más exacto de las operaciones mentales, Binet en Francia, Marbe y sus discípulos en Wurtzburg creyeron conveniente aún interrogar a la introspección, o examen de la conciencia por sí misma, para asegurarse de que existe un "pensamiento sin imágenes".

Pero, al fin de cuentas, así haya creído preciso el psicólogo darle la primacía de existencia a la materia o a la idea, es siempre la idea la que conserva la prioridad en el orden del conocimiento. Resolviéndose el pensamiento en imágenes, según que sean consideradas como fundamentales las de origen intelectual o las de origen periférico o sensorial, el sistema será idealista o sensualista, racionalista o empirista. En ambos casos la imagen es un límite que el conocimiento no podrá traspasar. Es tan pronto identificada como opuesta a lo real. Ya lo real se confunde con el pensamiento que lo conoce, ya se sustrae al conocimiento, no siendo jamás en su fuente las imágenes sino impresiones subjetivas. Reducción del ser al pensamiento o agnosticismo, el punto de vista es siempre esencialmente especulativo. Lo que está en contacto con las cosas y acto se reabsorbe en la sensación o en la idea. Pero esta posición de la psicología clásica tiende a ser destruida y arrasada ante el empellón de tendencias propias de la piscología misma y de tendencias más generales. Se ha producido una inversión en la importancia que comparativamente se reconoce a la acción eficaz y al ejercicio de la meditación.

Una de las tentativas teóricamente más empeñosas, en el dominio de la psicología individual, para rejuvenecerla infundiéndole las tendencias nuevas, es la de Jean Piaget.[1] Como anteriormente otros, él observó día a día el desarrollo de niños pequeños, consignando sus manifestaciones sucesivas. Pero él supera el punto de vista puramente descriptivo y busca la explicación psicogenética. Lo que se comprueba en la actividad de la criatura son exclusivamente movimientos. Preceden evi-

[1] J. Piaget, La naissance de l'intelligence chez l'enfant, Neuchâtel, París; Delachaux et Niestlé, *La construction du réel chez l'enfant, Ibid.*

dentemente a las primeras manifestaciones intelectuales o asimismo intencionales, cuya aparición y progresos pueden revelar gradualmente. Su estudio permite que el punto de vista del comportamiento pueda sustituir al de la introspección. Su sucesión responderá a la de la evolución.

Conforme a los datos de la observación, y para satisfacer las nuevas necesidades de la psicología, Piaget sustituyó, pues, las sensaciones por los movimientos como elementos primarios de la vida psíquica. Creyó posible asimilar prioridad cronológica y prioridad constitutiva e hizo de lo que se presenta primero, la sustancia o causa de lo que se elabora después. Así resolvió ciertas dificultades, dejó subsistir otras y suscitó algunas nuevas. Con las sensaciones la conciencia estaba dada desde el punto de partida, sino como sujeto, al menos como contenido. Con los esquemas motores que toman su lugar en la explicación, será necesario justificar su aparición. Frente a las sensaciones múltiples, y discontinuas, ¿por qué operación los esquemas motores podrían, mejor que ellas, dar el sujeto y su unidad, que trasciende todas las manifestaciones eventuales de la conciencia? Es verdad que en oposición a las sensaciones, que son elementos inertes cuyas combinaciones suponen que interviene el asociacionismo, los esquemas motores están dotados de actividad autónoma y conquistadora. Gradualmente pueden absorberse unos a otros y acabar así en la unidad organizada del individuo. Pero, ¿de dónde le vendría a este sistema de movimientos simplemente coordinados entre sí, su cualidad de persona?

A menos que el pasaje de los elementos al todo signifique el comienzo de una existencia o una forma nueva de existencia, como es el caso de una combinación o de una síntesis, el todo no podría salir de las partes si no hubiera sido dado al mismo tiempo. No podría estar implicado si no fuera anterior a ellas, como ocurre cuando hay diferenciación, orgánica o funcional. En la combinación de los esquemas motores entre sí, Piaget se esfuerza, al contrario, por demostrar la exacta continuidad de los resultados y la similitud cualitativa de las sucesivas etapas. Pero, ¿de qué modo esta insensible transición permitirá captar el instante en que el sujeto surgirá al fin de los esquemas,

apoderándose de uno tras otro, y en que el movimiento llegará a ser consciente?

Para resolver la dificultad, Piaget recurre a analogías, promovidas a identidades. Del mismo modo que corresponde al organismo desarrollarse a expensas del medio por asimilación de los elementos que encuentra en él, así los esquemas motores están constantemente en lucha con las circunstancias exteriores que explican su crecimiento y sus transformaciones, pues no hay asimilación sin adaptación simultánea. Pero, ¿es aceptable la comparación de un esquema motor, simple manifestación de actividad, con la totalidad de un ser vivo?

No hay, sin embargo, sino similitud, según Piaget. La coincidencia entre la actividad psíquica y la actividad biológica es exacta. No es sólo comunidad de fondo o repetición de tipo, es verdaderamente unidad de elementos y de ley. He aquí por qué Piaget se cree eximido de mostrar cómo se franquea el umbral de los esquemas motores que conduce a la persona, de la actividad motriz a la actividad intelectual. Entre los dos hay *constantes comunes*, cuyo funcionamiento es ordenado de la misma manera en los dos casos por la *organización* y por la *adaptación*.

El paralelo que va a procurar no es simple conformidad, es correspondencia íntima. En el origen de las estructuras en las cuales va a diferenciarse la actividad intelectual se encuentran principios iguales a los de la vida, que aseguran su unión fundamental. En el plano biológico, la organización y la adaptación son opuestas y solidarias. La adaptación es la organización en disputa con el medio. La organización es el aspecto interno de la adaptación, lo que representa la interdependencia de los elementos ya adaptados. Entre ambas hay continuidad, puesto que la organización no es otra cosa que la adaptación en el pasado, y, más precisamente, el sistema coordinado de las adaptaciones anteriores. Sobre el plano intelectual, se produce la misma solidaridad y la misma oposición entre la actividad racional u organización y la experiencia o adaptación, entre la deducción lógica o matemática y la estructura tempo-espacial, objetiva, causal.

El cuadro de las funciones lógicas puede calcarse sobre el de los procesos biológicos. La adaptación, que es transforma-

ción del organismo en función del medio cuando de ella resulta un acrecentamiento de los intercambios en provecho del organismo, se descompone en asimilación y acomodación. Por la asimilación el organismo coordina los datos del medio, conservando su propio ciclo de organización. A la acomodación responde una modificación del ciclo, pero no su ruptura, pues entonces habría inadaptación. La adaptación es un equilibrio entre estas dos operaciones opuestas y solidarias. Las tres funciones biológicas: *organización, asimilación, acomodación* se llaman en el plano intelectual *función reguladora, función implicatoria, función explicativa*, y cada una de ellas se expresa por dos de las categorías mentales donde se inscribe el poder de pensar las cosas.

El enlace de lo biológico y lo intelectual es tan íntimo que se vuelven a encontrar las mismas correspondencias hasta entre los sistemas de explicación propuestos en uno y otro dominio. Aposteriorismo y apriorismo se enfrentan. Uno da lugar al empirismo biológico de Lamarck y al empirismo psicológico de Hume, o asociacionismo, el otro, al preformismo, cuyo nombre es vitalismo por una parte, intelectualismo por otra. Expresados de modo menos absoluto, más concreto, en biología el preformismo se funda en la existencia de los genes, en psicología en la de las estructuras, el empirismo en la existencia de las mutaciones y ensayos. Dando su propia tesis como una conciliación de estos puntos de vista extremos, Piaget ve en la asimilación biológica e intelectual la acción de estructuras preformadas; en la acomodación, la de circunstancias exteriores. Así el paralelismo biopsíquico es completo. Las mismas operaciones, las mismas teorías se encuentran en los dos planos. Denominadas de manera diferente, los términos que las designan no son por eso menos estrictamente equivalentes.

El estudio de los esquemas motores en acción debe mostrar si verdaderamente les corresponde operar el pasaje de lo biológico a lo mental, o si éste no es finalmente descubierto porque estaba presupuesto. Fiel a su doctrina, Piaget ve en los conceptos el prototipo de los esquemas. Los conceptos son el resultado de los juicios. Se desprenden de ellos para convertirse en sistemas de relaciones y de clase. Tórnanse entonces en el

punto de partida de nuevos juicios. Por una especie de progresión automática una cadena de juicios origina un concepto y el concepto nuevos juicios. De igual modo, los esquemas proceden de la actividad motriz que se despliega sobre el mundo exterior y de los esquemas procede una actividad nueva. Es el ciclo ya señalado entre la organización que resulta de asimilación y la asimilación que supone la organización. La asimilación es el elemento activo, el concepto o el esquema son el producto. Sin duda, la asimilación es a la vez producto y fuente de la organización, pero, desde el punto de vista funcional, tiene prioridad.

Al medio exterior, donde se ejerce la asimilación, vuelve una acción estimuladora, diferenciadora, organizadora. "Las excitaciones exteriores obligan a los reflejos a coordinarse". Por falta de ocasión corren el peligro de perderse, pero no por eso poseen menos espontaneidad. Un reflejo no sólo se consolida funcionando, sino que se extiende sucesivamente a todos los objetos susceptibles de provocarlo. Esta generalización puede acabar por otra parte en una limitación, pues es asimilación de reconocimiento: cuando el niño tiene hambre, no chupa cualquier cosa. ¿Es preciso suponer en el reflejo una especie de conciencia discriminativa?

El mecanismo de la reacción circular daría cuenta de esta apropiación selectiva entre excitación y reflejo. Es, para Baldwin, quien lo invocó primero, el mecanismo propio de la adaptación. El efecto experimentado tiende a suscitar de nuevo el gesto que le respondía, pero el gesto que replica a su propio efecto no se reproduce sin especificarse más. Si es un reflejo de acomodación sensorial provocado por una excitación exterior, la impresión ligada a él lo incita a repetirse, pero con una precisión que a ella misma la hace más precisa, renovándose la reacción hasta la supresión de la impresión inicial. Si de la simple reacción muscular resulta, además, un progreso en la edificación de las aptitudes, debe ser su causa la acción del mundo exterior, pues no se comprende que una reacción circular pueda sobrepasarse a sí misma a menos que la constriñan las circunstancias. Piaget admite, en efecto, la influencia estimulante y coordinadora del medio. Por necesario que sea éste para dar un motivo a nuestra actividad, hay sin embargo

casos en que las reacciones circulares no acaban más que en estereotipias, particularmente en los idiotas. Las dos series, motriz y sensorial, que se ajustan y encadenan término por término, pueden muy bien unirse en circuito cerrado, sin ser capaces de anexarse a series de otra especie. Puede ofrecerse la ocasión de nuevas relaciones, y no encontrar la aptitud que las utilice. Es menester algo más que la fusión de los dominios sensorio-motrices entre sí bajo la sola presión de las circunstancias.

Este es, con todo, el único factor que quiere invocar Piaget. Primero las necesidades se satisfacen separadamente. El niño mira por mirar, agarra por agarrar, y si supera este estado es que se establece "una coordinación fortuita' entre uno y otro esquema; luego esta coordinación se fija. Faltaría explicar por qué los sujetos cuya actividad se limita a estereotipias sensorio-motrices no saben utilizar estas coordinaciones fortuitas ni sus ocasiones; por qué también habiéndose establecido la coordinación, ocurre que una lesión anatómica, la destrucción de ciertas estructuras cerebrales, la anula. ¿No habría que suponer, con la ocasión, el poder de utilizarla; con la coordinación, el órgano en que pueda inscribirse? Este poder no está en cada esquema aislado, no es tampoco enteramente suscitado del exterior. Pertenece al comportamiento de conjunto, y exalta las subestructuras orgánicas que el crecimiento del niño pone sucesivamente a su disposición para utilizar las circunstancias exteriores. Si termina por hacerse la fusión entre los campos sensorio-motrices que responden a las diferentes variedades de esquemas, no es que hayan estado al principio disociadas para combinarse después entre sí; su unidad implica un conjunto estructural que su diversidad misma mantiene en potencia.

Sin duda, el desarrollo del niño puede dar a veces la impresión de que existen funciones que aparecen en orden disperso. Su unidad de conjunto demora con respecto a sus primeras manifestaciones. Ella no es sin embargo resultado de fusiones fortuitas. Sólo estaba demorada provisoriamente. En el grado de evolución alcanzado por la especie humana, la diferenciación funcional, en efecto, se ha tornado muy grande. Las actividades elementales, en particular las actividades sensorio-motrices, se han especializado para insertarse en sistemas que las sujeten a

funciones superiores de coordinación. Los reflejos primitivos han perdido a menudo su sentido como hechos de comportamiento; no tienen más ni autonomía ni utilidad; sus coordinaciones elementales se han disociado en circuitos donde han entrado con otras actividades. Pero continúan manifestándose, en el desarrollo del individuo, con la misma precocidad que en la serie de las especies, mientras que los sistemas ulteriores de coordinación alcanzan también su rango, mucho más tarde. Así los fragmentos de la función surgen antes de la función. Su maduración es posterior a sus efectos más elementales. Por otra parte, cuanto más compleja es, le es menos posible funcionar sin aprendizaje, pues las situaciones que permite afrontar al sujeto aumentan también en diversidad y terminan por confundirse con los sistemas de condiciones técnicas o sociales frente a las cuales cada civilización coloca al individuo. Experiencia y aptitud se implican cada vez más estrechamente. Pero habiendo rechazado el papel de la maduración funcional y no queriendo tener en cuenta más que las primeras reacciones aparentes, de las cuales hace los elementos constitutivos de las operaciones ulteriores, Piaget se obliga no sólo a indicar la experiencia como factor único, sino a no ver en ella nada más que una colección de conyunturas favorables.

Cuando nos muestra que, en las primeras semanas, la criatura no trata de chupar mientras sus labios no están en contacto con el pecho o el biberón, que entre la segunda y la octava semana se pone a buscar el pecho desde que se halla en las posiciones que preceden inmediatamente a la comida (higiene, cambio de ropas, alargamiento horizontal, etc.), que entre los tres y cuatro meses intervienen señales visuales, la vista del biberón o de objetos que le recuerdan su comida determinándole a abrir la boca y a llorar, nos hace por cierto asistir a coordinaciones progresivas. Pero no debemos explicarlas más que por asociaciones comparables con los reflejos condicionados o por lo que Piaget llama "asimilación específica". Y además no todas las condiciones de los reflejos condicionados están en las circunstancias exteriores. Exigen una discriminación de los excitantes condicionales, que tiene muchos grados y que está ligada, según Pavlov, al poder analizador de la corteza. Si el poder asimilador de Piaget es capaz de hacer atravesar

diferencias de dominios sensorio-motrices, significa también que él está dotado de una estructura, cuyos niveles condicionan la experiencia por lo menos en tanto que derivan de ella.

Sin duda, habría allí una acción en retorno del conjunto sobre las partes. Piaget acaba por atribuir a un sistema coordinador total el poder que tiene el sujeto de interesarse por la diversidad de lo real, y, por consiguiente, de diferenciar los esquemas entre sí. Siendo iguales coordinación y diferenciación, se debe a su progreso la objetividad creciente de la asimilación. La estructura que el sujeto sabe dar al universo está en relación con su poder de coordinación, que responde a su propio nivel de organización psíquica. Así llega a poder situar su actividad personal entre las cosas. Pero esta coordinación que se ha vuelto reguladora es *a posteriori*, consecutiva a los esquemas, que al principio son individuales. Piaget rechaza explícitamente la hipótesis de una tendencia inmediata a la coordinación. Cada esquema asimilador tiende a conquistar por sí y para sí todo el universo, inclusive los dominios que derivan de otros esquemas. Esta generalización no es frenada sino por las resistencias del medio y por las incompatibilidades que están asociadas a las condiciones de actividad del mismo sujeto.

A falta de coordinación inmediata, Piaget admite sin embargo un poder dinamógeno difuso. Ocurriría así que la excitación debida a cuadros visuales especialmente interesantes gana los circuitos de la succión. Es igualmente natural que en el curso de sus primeras adaptaciones auditivas, la criatura trate de mirar al mismo tiempo que escuchar. La excitación despierta todas las necesidades a la vez. El niño busca integrar la realidad nueva en todos los esquemas de asimilación disponibles. Piaget da el ejemplo del rostro humano, como de un excitante polivalente que, para la criatura, estaría ligado a los momentos más interesantes de su existencia. Pero así se hace intervenir un factor general de interés, ya no más estrechamente reductible a esquemas sensorio-motrices, un poder afectivo que sería capaz de suscitar y conjurar sus actividades. Por lo tanto, un principio en cierto modo anterior a la simple concurrencia de los esquemas entre sí.

A pesar del rigor con que se esfuerza, la concepción de Piaget resulta bastante ecléctica. Después de haber enunciado

que los esquemas motores son lo esencial y sus actividades individuales, que operan bajo la fiscalización de la experiencia, los únicos factores de la evolución psíquica en sus comienzos, no puede menos que añadir una acción de conjunto, en la cual, por otra parte, reconoce dos aspectos diferentes: uno inicial, y el otro terminal. Este respondería al sistema unificado que las relaciones mutuas de los esquemas acaban por constituir; el otro a una fuente común de interés de donde recibirían su impulso los diferentes esquemas, por heteróclitos que fueran. En esta última hipótesis el punto de vista del sujeto y del conjunto tendrían prioridad sobre el de los elementos constitutivos. Pero es contrario al sistema de explicación propuesto, ya que el principio que había sido eliminado en las premisas vuelve a introducirse en el curso de la explicación. Evidentemente se ha roto el equilibrio entre el resultado del que es necesario dar cuenta y los medios invocados.

Piaget distingue seis etapas en la evolución que lleva de los esquemas motores, elementos de base, a la representación, que es el soporte de la vida intelectual. Tiene una doble procupación: señalar su estricta continuidad e, indicando los progresos realizados de una a otra, insistir en las transiciones mostrando el equivalente de cada una en el plano del conocimiento. A decir verdad, el grupo de las tres primeras no llega al equivalente del concepto sino con la tercera, y el grupo de las tres siguientes no conduce a la representación sino con la sexta. Pero en los dos grupos las dos primeras etapas son una preparación muy gradual del resultado. Esta división no marca oposiciones de períodos, sino por el contrario, tiende a tornar más leves las diferencias sucesivas.

Las tres primeras fases son aquellas en que los esquemas se limitan a coexistir y a asimilarse progresivamente entre sí, sin llegar sin embargo a sobrepasarse. En la primera se ejercen cada uno en su dominio, nutriéndose de las excitaciones específicas que les son propias, pero también acomodándose a circunstancias y a objetos variables. En la segunda, se verifica la asimilación recíproca de los esquemas que pertenecen a dominios diferentes, por ejemplo la asimilación de la mano en movimiento con la succión o con la palpación del cuerpo, más

particularmente del rostro, o en fin con la vista. Este último acontecimiento es notado por Preyer y por Tournay en la decimoséptima semana y se produciría, según Piaget, entre el tercero y el sexto mes. Al principio es unilateral. Los esquemas manuales son asimilados por los esquemas visuales: la mirada sigue la mano, pero la mano no llega a mantenerse en el campo visual. Sólo más tarde el movimiento de la mano será dirigido por los ojos, cuando los ojos acompañan a la mano. Anticipadamente a la visión, la succión ha sabido de inmediato dirigir la mano, que la boca atrae. Luego se opera la fusión recíproca de la aprehensión y de la succión: los objetos captados son llevados por la mano a la boca sin ser mirados, los objetos que están en la boca son agarrados por la mano y retirados.

Pero esta anterioridad de ciertas asociaciones respecto a otras, que se produce en todos los niños, no es evidentemente imputable a ocasiones simplemente fortuitas. El momento en que la mano, entrando en el campo visual, retiene la mirada, coincide, según Tournay, con la mielinización del haz piramidal, es decir, con el momento en que el haz de fibras motrices que parte de la corteza cerebral se torna apto para funcionar. Sin discutir el papel del aprendizaje y de las circunstancias, parece evidente que, bajo el establecimiento de conexiones entre dos campos sensorio-motrices, hay conexiones anatómicas que alcanzan la madurez. Sobre este fondo deben desarrollarse los intereses del niño, en relación con los niveles sucesivos de su comportamiento.

El progreso se hace sensible en la tercera fase. Esta es la de "la reacción circular secundaria". Estimulado por un resultado o un espectáculo interesante, el niño sabe encontrar los gestos que le han dado origen para prolongarlo y hacerlo durar. No llega todavía más que a repetir tal cual los esquemas anteriores. No es capaz de adaptar, pero su repetición, sin embargo, no es pura y simple, puesto que la guía el efecto a obtener. Hay relación de medios a fin. Estrictamente conformes a las reacciones primarias, las reacciones circulares secundarias no tienen otro fin que conservar y asimilar, pero con ellas, no obstante, el interés del niño se desplaza, se exterioriza en los resultados materiales del acto. La asimilación tiende ya hacia

una totalidad ideal, pero aún limitada a sí misma, y en la cual el niño no sabe distinguir el resultado perseguido de los procedimientos a emplear. Obedece a una simple necesidad de repetición. La acción fortuita que está en el punto de partida del conjunto a reproducir, contiene todos los medios adecuados a la reproducción. Basta el interés despertado por el agitar del chupete para volver a orientar el movimiento en la dirección que tenía cuando el chupete fue agitado. Es un todo cerrado que se basta a sí mismo. Los esquemas permanecen sin coordinación mutua. No pueden todavía constituir series análogas a las del razonamiento. Pero son ya una cosa análoga al concepto. Significan objetos a sacudir, frotar, etc. Son ya un esbozo de clasificación, y designan cierta relación de las cosas entre sí, si bien todavía bajo una forma únicamente práctica.

Pero confundir concepto y reacción circular secundaria, ¿no es anticiparse? Las nociones de clase y de relación, ¿pertenecen ya a esquemas de repetición, por intencionales que puedan llegar a ser? Si están aún estrictamente cerrados sobre sí mismos, ¿cómo podrían ser ya un esbozo de clasificación? Si no hay todavía oposición, ¿dónde puede estar el vestigio de una relación? Poco importa que el adulto, viendo en el niño el uso diferente que persigue en los diversos objetos, efectúe una repartición correspondiente de sus actividades. Se trata de nociones atestiguadas por el niño mismo. Presuponer en los términos que preceden, el efecto ulteriormente realizado, no es explicar el pasaje.

Al mismo tiempo, Piaget tiende a sobrepasar los esquemas motores, a hacer surgir de ellos una actividad que los supere y que sea la del sujeto. Por su extensión ilimitada las reacciones circulares secundarias desbordan el cuerpo propio y se apoyan sobre un número siempre más grande de objetos exteriores. A medida que se aplican a situaciones más variadas, tiende a verificarse una disociación entre sus elementos, de tal suerte que sean aptos para reagruparse según combinaciones variables de medios y fines. Pero la cuestión es saber si el sujeto puede ser considerado como la simple resultante automática de estas recomposiciones. La diferenciación entre términos al principio confundidos no puede entenderse evidentemente sino respecto a una conciencia. Para que haya reacción circular secundaria, Piaget dice que el efecto fortuito debe ser comprendido como el resultado de la actividad propia del sujeto. Pero entonces, ¿no da a los esquemas motores un fondo que no se resuelve en ninguno de ellos en particular, y no subordina su discontinuidad inicial a un proceso latente de unificación que no es un efecto salido de ellos, sino del cual, por el contrario, no son más que los elementos al principio dispersos? Con mayor motivo, si su existencia es secundaria frente a la de una actividad en evolución en el sujeto, la comprensión de los resultados a los que da lugar su encuentro fortuito con situaciones exteriores no puede ser asimilada a una simple emanación de su conjunto.

En esta tercera fase se esbozarían las distinciones de objeto, espacio, causalidad, tiempo. Las ideas de relación que ellas implican y que proceden siempre de la asimilación recíproca entre esquemas simultáneamente en actividad, hallarían en los espectáculos alejados una ocasión privilegiada para separarse. La distancia impondría al esfuerzo de asimilación reproductora la intuición de relaciones que exigen a los esquemas motores ciertas adaptaciones y transformaciones. Pero aquí de nuevo la intuición no puede ser una consecuencia pura y simple de los esquemas. Supone algo que se asemeja ya a un sujeto.

El objeto, en el cual el mundo exterior comienza a solidificarse, resultaría de la coordinación entre visión y aprehensión. Traduce la permanencia, que imponen a la acción las cosas sobre las cuales se ejerce y la resistencia que ellas le oponen cuando le son contrarias. Pero desde que han abandonado el campo de la percepción, la acción se extingue: la duración del objeto sobrepasa aún la de la percepción. Su existencia se reabsorbería entonces totalmente en la de impresiones motrices y sensoriales. Sin embargo, no es un dato bruto de la percepción el desdoblamiento entre el acto y su motivo, a menos que la sensibilidad no sea considerada como otra cosa que la simple suma de sensaciones y de su acompañamiento motor. Al principio, indivisa entre el motivo exterior y el sujeto, su sucesión no puede ser sino idéntica a la sensibilidad. ¿Cómo les concerniría oponer la persona al sujeto? La diferenciación no puede hacerse partiendo de sus contenidos sucesivos o combinados; parece más bien en germen en un conflicto latente,

que sería más de fuente afectiva que sensorial, y postural más que motriz.

En cuanto a la noción de espacio, su origen se debería a la coordinación mutua de los diversos espacios sensoriales y motores. Pero deben comenzar por presentar cada uno un estado de cohesión, de unidad, de sistematización que hagan de todo gesto o acción algo distinto a una simple sucesión fortuita. Los desplazamientos que se operan deben ser susceptibles de volver a su punto de partida, y es necesario que la actividad llegue a constituir conjuntos cerrados. Sobre el modelo de la noción de "grupo", tal como Poincaré la ha definido, Piaget quiere erigir el conocimiento que el niño adquiere del espacio. La percepción que realiza está ligada a la combinación y a la complicación gradual de los grupos. En la tercera fase, no son aún relativos más que a la acción del niño sobre los objetos, no se relacionan con los desplazamientos recíprocos de los objetos. No expresan, pues, sino el espacio subjetivo, y ya no puede ser cuestión de representación. Pero la sola repetición, la simple reunión de los esquemas motores, ¿es susceptible para explicar la elaboración, la coordinación progresiva de los grupos? ¿No suponen un poder de sistematización cuyos progresos deben seguir a los del organismo nervioso?

Si la tercera fase quiere apuntar igualmente la noción de causalidad, es que los propios gestos del niño no son más el único motivo de sus actos; sino que ellos mismos son sostenidos o suscitados por los movimientos que imprimen a los objetos. Exteriorizándose sobre ellos, quedan bajo su dependencia y se detienen apenas desaparecido el objeto, como la persecución por el gato de la pelota desde que ésta se ha desvanecido de su vista. La disociación no se ha realizado, pues, aún entre el gesto y su visión objetiva. La causalidad no es aún transitiva. Si el niño la siente, es más bien como autor de sus propios movimientos y de sus pertenencias que de efectos que lo ponen en relación con una realidad exterior. La noción de causalidad, si comienza a apuntar, es todavía global, subjetiva y ocasional.

Las nociones de tiempo, por último, se originarían en el intervalo que separa a los gestos de los objetos, cuyos movimientos deben reproducir y sostener, y que no está hecho únicamente de intermediarios locales, sino que comporta también

ciertas obligaciones de anterioridad o de posterioridad. Hay ya, pues, estructuración en el tiempo. Pero no sobrepasa aún el momento del acto en curso; no establece relación entre dos fases de la acción a ejecutar. En la unidad temporal que responde a cada una no está todavía explícitamente realizada la noción de antes y después, que, en esta fase, podría romper la cohesión inmediata y la coherencia intrínseca que la acción necesita todavía.

Al término de las tres primeras fases saldría, pues, de los esquemas motores el esbozo de las categorías sobre las que se fundan la experiencia sensible y la experiencia intelectual. Sin embargo, el mundo del niño está aún totalmente desprovisto de objetividad, debiendo ser actuales los efectos exteriores capaces de sostener su actividad. En estas condiciones toda representación verdadera es aún imposible, pues no puede haberla sin objetos representables, sin objetos que opongan su permanencia e independencia a la actividad propia del sujeto. Para que haya representación, es menester que a la realidad se agregue su doble y que no se confunda con su materialidad presente, con las reacciones motrices o perceptivas que ella actualmente se halla en estado de suscitar. Sin duda, el repetir gestos para reproducir un efecto indica una intención y, en la intención, hay algo que no es aún, vale decir, que es sólo una representación en potencia. Pero el efecto, aunque esté extinguido cuando el niño ensaya su repetición, deja una huella que crea una expectativa cuya resonancia en el sistema psico-motor facilita la revivificación activa. Es un hecho bastante próximo al de la perseveración. Entre la reproducción y la primera producción no es necesario que se haya insertado una representación.

Fuera de la intencionalidad, la representación exige el poder de evocar, y aun en dos grados: por sí misma la representación es evocadora del acto de la realidad de la cual es imagen. Pero debe también poder ser evocada. A la anterioridad funcional de la representación sobre el objeto inactual, se sobrepone la anterioridad del poder evocador, sobre la representación todavía inactual. Es en cierto modo consecutivo a su motivo, a la idea que se intenta traducir. Pero es ya cierta realización de la idea. Debe, pues, utilizar los medios y el material adecuados.

Y no solamente aquel material del cual parece componerse su contenido concreto y que no tiene además la fijeza, la pasividad habitualmente supuestas, sino también todo el sistema extremadamente variable de los rasgos, las marcas y los signos que deben llevarlo a su forma oportuna, al estado de desarrollo plástico o de elipse que exige el acto intelectual en curso. Tal es el programa. ¿Por qué grados las tres últimas fases de Piaget van a conducir al resultado?

Durante la cuarta, que se extiende de los 8 ó 9 meses hasta el final del primer año, los medios conocidos son aplicados a situaciones nuevas. La distinción se consuma ahora entre los procedimientos y el fin. Los esquemas son ensayados y coordinados según las necesidades. Por ello las cosas son puestas en relación y localizadas en el espacio. Es el comienzo del espacio objetivo. Al mismo tiempo, el de la distinción entre el sentimiento de la acción personal y la causa de los hechos comprobados. Las series temporales empiezan a ordenarse según la sucesión de los acontecimientos y no solamente en relación con la actividad propia. El fin no sobrepasa aún la situación actual, pero pueden interponerse obstáculos que exigen la utilización de medios indirectos y su selección entre los esquemas conocidos. Se trata por ejemplo de separar un objeto con la mano para agarrar otro visible en otra parte, o bien emplear un instrumento para alcanzarlo. Contrariamente al estado precedente los objetos son ya múltiples, y no fusionados en un solo conjunto. Al mismo tiempo que el obstáculo, aparecería entonces la individualización de los términos que entran en una misma situación actual. Así el niño sería ya diferente de los chimpancés descriptos por Koehler en su utilización del rodeo y del instrumento (véase cap. II).

En los procedimientos de esta fase, Piaget ve ya el germen de operaciones lógicas que suponen la inclusión conceptual, la implicación jerárquica, la interferencia o hasta la negación. Los esquemas tendrían ya una significación genérica, que se extendería a medida que se multiplican las relaciones entre los objetos. Se elaborarían géneros o clases, así como relaciones cuantitativas, cuyo apoyo estaría en los esquemas que se han hecho independientes y móviles. La simple combinación de los gestos entre sí según las necesidades, la extensión de su empleo según

las coyunturas de la experiencia, responderían entonces ya al poder de clasificar dos objetos entre sí y en el universo.

El progreso que se efectúa en la fase siguiente, o quinta, es el descubrimiento de medios nuevos con ayuda de una experimentación activa y sistemática. El circuito de reacciones circulares se torna más complejo, alcanzan su fase terciaria; sus operaciones son regidas desde el interior por la conciencia de las relaciones. Es el comienzo de la deducción. Así, esquemas motores podrían dar, por combinación, interferencia, implicación mutua, la conciencia de sus propias relaciones y el poder de extender sistemáticamente su aplicación.

El efecto obtenido fortuitamente es ahora diversificado a fin de hacer resaltar su naturaleza. La inteligencia empírica entra en acción. Es acomodación intencional y diferenciada a las circunstancias nuevas, de las cuales hacen surgir nuevos efectos. Es la experiencia "para ver"; se trata de reconocer cómo van a cambiar los resultados con las modificaciones del acto. En la fase precedente el objeto sólo era captado si lo percibía al mismo tiempo la mano. Lo es ahora, cualquiera sea la posición inicial de la mano. Los empleos o ensayos múltiples de que es ocasión, le confieren una realidad sustancial sobre la cual se levantan relaciones nuevas: conducción de la cuerdecilla, del palo, del banco. No habría aún allí más que un efecto acumulativo del tanteo, ejerciéndose para sí, y ninguna representación inicial o directriz. Las constelaciones que se forman en el campo perceptivo para reunir medios y fines serían pues, según Piaget, totalmente reductibles a simples ensayos motores y a la manipulación bruta de las cosas. Pero ya sus elementos serían individualizados y contendrían en potencia los conceptos que permitirían un día identificarlos explícitamente.

Con la sexta fase aparece por último la representación. En la invención de medios nuevos comienzan a intervenir combinaciones mentales. Por importante que sea el cambio, no hay sin embargo nada radical. Es siempre su origen la simple asimilación recíproca de los esquemas. En las fases precedentes no hacían sino acumular los resultados experimentales, pero con una complejidad y una rapidez crecientes. En la quinta fase la invención llegaba a ser de inmediato una estructura. Entre estos diferentes grados no hay, según Piaget, más que una dife-

rencia de rapidez. Si el espíritu dispone, además, de un número suficiente de esquemas, la estructura resulta posible. La representación aparece a su vez como el símbolo más repentino de su actividad inventiva. Ella es lo que significa; los esquemas, lo que es significado; pero lo esencial sigue siendo siempre su asimilación recíproca. La invención depende únicamente de ella. Sin embargo, por continua que Piaget juzgue esta progresión, sólo ha podido introducir dos términos que no están contenidos en los esquemas motores: el espíritu y el símbolo.

Transformando una descripción en explicación, da a la evolución psíquica una base parcelaria y demasiado estrecha. La compone de elementos distintos al principio, que sólo tendrían que reunirse y asimilarse entre sí, para dar lugar con esa sola operación a todo el edificio de la vida mental. Así, él dispersa su unidad fundamental en la pluralidad de los aspectos o fases que la manifiestan, tomándolas por trozos de donde aquella unidad no tendría más que surgir. Pero no puede explicar esta unidad misma, ni los enriquecimientos que debe a las diferencias funcionales y a la evolución orgánica que las condiciona. Al mismo tiempo vuelve a los factores puramente individuales de la motricidad de los poderes, como el uso del símbolo y la expresión del pensamiento, que no pueden pertenecer sino a un ser esencialmente social, y reduce de manera inadmisible los fundamentos de la vida mental.

El sistema de explicaciones propuesto por Piaget, es un ejemplo tanto más instructivo cuanto que es sostenido por finas descripciones y por un gran ingenio en los enfoques. Sin embargo, conserva las insuficiencias de toda psicología cuyo radio tiene por límites el individuo y en el individuo las manifestaciones despersonalizadas de la conciencia. Sin duda los términos parecen invertidos aquí. Movimientos visibles del exterior han reemplazado a las imágenes mentales como materiales de las elaboraciones psíquicas; la conciencia es una resultante en lugar de ser un punto de partida. Pero el cambio es más bien aparente. Lo que no ha sido reconocido en el origen estaba presupuesto y no se ha podido encontrar en el resultado más que por esta razón. El pasaje de los esquemas motores a la actividad intelectual no es el resultado de una evolución o de

una mutación efectivas. Los esquemas motores han sido, en cada etapa, interpretados y recordados sobre el modelo de un sistema lógico que no es, después de todo, sino el de una escuela o una época. Con los esquemas motores como con las imágenes, el plano de lo real se desvanece en el de las ideas. Sin duda, Piaget atribuye otra vez a la experiencia un papel dirigente. Según las ocasiones y las coyunturas que opone a los esquemas motores, éstos se rectifican, se precisan y se ordenan entre sí. Pero desde Barkeley a los neopositivistas, numerosos ejemplos muestran que la actitud empirista y la idealista no son inconciliables.

Las psicologías de la conciencia poseen el rasgo fundamental de buscar sólo en el individuo los elementos o los factores de su vida psíquica. Es como si tuviera, cual Robinson en su isla, las aptitudes necesarias para sacar directamente de la naturaleza circundante la sustancia material y las herramientas que requiere el hombre civilizado o que exige el ejercicio del pensamiento. Para seguir en su totalidad este acto de autocreación, bastaría encontrar en el individuo mismo el elemento primario de donde pueda hacerla salir, la manifestación simple de donde procederían todas las demás. Se trata de poder olvidar el material ofrecido, en los dos polos opuestos, por el pensamiento colectivo y el de las estructuras subyacentes en la vida psíquica: la herencia de la sociedad y la de la especie. En particular, Piaget excluye explícitamente de la evolución psíquica del niño el papel de la maduración, es decir la intervención, en los efectos comprobados, de procesos que se desarrollarían hasta entonces fuera del plano psíquico y sin interferir visiblemente con él; de procesos fisiológicos cuyos cambios pueden introducir cambios en la actividad mental, y de estructuras nerviosas que continúan constituyéndose mucho tiempo después del nacimiento, para tornarse funcionalmente disponibles cada una a su hora.

El abuso de la anatomía, que no ha mucho se hizo en psicología, no es una razón para negar todas las relaciones entre el organismo y el psiquismo. Además, antes consistía sobre todo en calcar los elementos anatómicos y su papel sobre lo que el análisis psicológico parecía revelar en cuanto a elementos psíquicos y sus relaciones, para luego forjarse la ilusión

de que éstos podrían ser deducidos de aquéllos. Así el asociacionismo quería identificar sus imágenes perceptivas y motrices con rasgos materiales, que explicarían sus combinaciones por los movimientos que ellas se transmitirían recíprocamente. Tan exacta coincidencia y acción tan unilateral son evidentemente arbitrarias, inútiles y contrarias a los hechos que hay que imaginar. El paralelismo cartesiano era mucho menos simplista y menos falso. Las leyes del pensamiento y las de la extensión o materia se postulaban idénticas. Pero permaneciendo distintas las dos realidades, una no era pura y simplemente trasladada a la otra, sus efectos no eran considerados como una simple réplica. Las dos naturalezas podían ser de esencia idéntica; se trataba de volver a hallar cada una de ellas en los hechos, o en las existencias que participaban de dicha esencia.

No obstante, su acuerdo era providencial: se fundaba en la perfección y la veracidad divinas. El orden que representaba cada una se establecía para toda la eternidad; no tenía devenir, ni conflicto. Entre las dos no podía haber acción recíproca. Lo que representan las estructuras nerviosas, su papel en la vida psíquica es, por el contrario, el resultado de una historia, de una organización de niveles y formas diversas, en la cual cada nivel responde a una manera de recibir y reaccionar, a una forma de comportamiento. No hay pasaje de un nivel a otro sin ruptura del equilibrio íntimo, o en las relaciones con el mundo exterior. Las impresiones y reacciones psíquicas son estrechamente solidarias de este empalme entre el organismo y el medio. Desempeñan simultáneamente el papel de efectos y de causa. Traducen las posibilidades del ser vivo. Pero les corresponde hacer variar el medio que es real y eficazmente el de sus impresiones y reacciones. A través de ellas es posible medir no sólo su extensión, sino también sus cualidades.

Para la especie humana, el medio psíquico, el de las reacciones sensorio-motrices, el de los objetivos actuales, se ha duplicado como un medio que se basa en la simple representación, donde operan los instrumentos de la representación y donde las posibilidades de combinación han llegado a ser tan libres, tan diversas, tan fácilmente fijables, que su papel en la regulación de la conducta no deja de agrandarse. Las interferencias entre los dos medios son necesariamente numerosas e incesantes; pero las maneras de reaccionar, los motivos propios de cada uno son tan diferentes, tan opuestos, que su coexistencia, su concurrencia son ricas en contradicciones y en conflictos. Son dos sistemas heterogéneos de funciones los que están en pugna, cualquiera que haya sido la filiación de las estructuras nerviosas que responden a cada uno. Los medios de acción son el movimiento en uno, la actividad simbólica en otro. La inteligencia no está necesariamente ausente en reacciones exclusivamente motrices, pero no tiene, en este caso, ninguno de los procedimientos que el pensamiento pone en juego. No es una cuestión de grado lo que las distingue: es una diferencia de orientación, de fin, de medios. ¿En qué forma el movimiento, los esquemas motores podrían dar, por simple desdoblamiento o calco, las categorías del conocimiento?

En realidad, la naturaleza y la evolución de las cosas están llenas de contradicciones; el cambio, el pasaje de un estado a otro no se opera sin conflictos; la representación, la comprensión del mundo no ocurre sin plantear antinomias. Para resolver el problema, ¿hay que neutralizar sus términos? Dividir las etapas de un cambio a fin de hacerlo aparecer insensible, no es explicarlo. Una diferencia, una oposición no se soluciona dando por semejantes o idénticos los dos efectos o realidades enfrentadas, sino, muy por el contrario, profundizando su diversidad y las causas o condiciones de esta diversidad.

Capítulo II

LA PSICOLOGÍA DE LAS SITUACIONES

El objeto de la psicología puede ser, en lugar del individuo, una situación. Dicho objeto se confunde con el objeto que esta situación suscita, con la solución buscada, o encontrada de las dificultades que ella presenta. El acto es considerado desde afuera, sin ningún postulado de conciencia o de persona. El sujeto no es contemplado sino según su comportamiento, en ligazón estrecha con las circunstancias que lo hacen reaccionar. Nada delimita *a priori* el papel de éstas y el propio. Nada permite presumir el papel respectivo de las estructuras biológicas y de la invención psíquica, del organismo y de la persona. Sólo la observación, el análisis, la comparación, posibilitan la discriminación de los factores en juego. Este método, estrictamente objetivo, que parte de la indivisión entre fuerzas exteriores e interiores, entre necesidades psíquicas y posibilidades mentales es, sin embargo, el más capaz de mostrar las oposiciones, los conflictos, y hacer ver las diferenciaciones que se siguen de todo ello.

Las relaciones más primitivas del ser vivo y del medio son aquellas en que sus acciones se combinan totalmente. Las superficies de contacto no se especifican sino con la autonomía creciente del individuo frente a las influencias del exterior. El sentimiento personal, límite opuesto por la conciencia a las realidades exteriores, que la psicología clásica implicaba en todas las manifestaciones psíquicas, no es más que una expresión posterior de la diferenciación entre sujeto y ambiente. Su existencia está lejos de ser demostrada aun en situaciones

que ya ponen en juego actividades complejas. Por el contrario, la dificultad a superar debe causar una especie de fusión dinámica entre el campo de los obstáculos y el de las posibilidades motrices. Sin duda, sus vicisitudes contrarias y complementarias pueden acarrear una primera hendidura. Pero del sólo contacto inmediato e individual con las cosas, no podrían surgir las fórmulas propias para fijar y estabilizar la distinción del yo y lo extraño.

Una situación puede ser ideal, es decir, únicamente fundada en representaciones; puede no comportar más que soluciones de orden imaginativo o intelectual .Pero el material de símbolos y de ideas que exige entonces la hace salir de actividades mentales que se alimentan del lenguaje, del pensamiento colectivo. Tiene así condiciones y repercusiones que es difícil medir; sus efectos no son directamente visibles. Las situaciones aquí consideradas deben pertenecer al plano sensorio-motor; objeto, circunstancias y reacciones, deben ser perceptibles en su totalidad. Entiéndase que el nivel de reacciones suscitadas es muy variable. El circuito que une percepciones y movimiento puede, según el instante, el individuo, la especie, elevarse a las estructuras, realizar combinaciones en que la riqueza de los elementos congregados y la eficacia del resultado permitan discernir una envergadura intelectual de alcance muy diverso. Pero por más ingeniosamente que ellas parezcan organizar las circunstancias, es siempre en lo actual y lo concreto que se realizan.

Esta inteligencia que hace sus pruebas sin formularse de otra manera que encontrando la solución apropiada para cada situación, ha sido frecuentemente llamada inteligencia práctica. Pretende oponerse así a la inteligencia verbal, discursiva, reflexiva, consciente, en una palabra, a la inteligencia de conocimiento, cuyas operaciones: razonamientos, clasificaciones, definiciones, imágenes, eran las únicas conocidas por la psicología clásica. El término se presta sin embargo a confusión. Los problemas prácticos pueden dar oportunidad para razonamientos explícitos y para recurrir a conocimientos formulados. La práctica se opone muchas veces a la teoría como el arte de sacar de ella aplicaciones y consecuencias útiles. El nombre de inteligencia espacial sería más preciso y tendría más sentido. La

actividad sensorio-motriz está ligada a la exterioridad del espacio; es en el espacio donde deben expresarse soluciones cuya fórmula no es verbal ni mental; por último, el análisis de los resultados comprobados nos permitirá llevar la inteligencia de las situaciones a la intuición de relaciones que existen o podrían existir en el espacio.

Las situaciones observadas pueden haberse producido por sí mismas; con más frecuencia son provocadas. La experimentación permite, en efecto, una investigación más sistemática que la ocasión fortuita. Permite circunscribir el efecto a verificaciones y considerar más expresamente una u otra serie de términos frente a frente. Por ejemplo, el ordenamiento de las circunstancias puede ser selectivo y minucioso, de manera de convertirlas en el único objeto del estudio, en el único determinante del efecto, del cual no resta más que comprobar si se produce o no. El dispositivo de la prueba puede tender, al contrario, a poner sobre todo en evidencia la reacción en sus variaciones posibles, en su totalidad, y, por fin, la espontaneidad propia del sujeto.

Pero la elección de la situación depende también de la imagen que el experimentador se forma de la inteligencia práctica. Será combinada en forma tal de descomponer el progreso hacia el éxito completo en elementos enumerables, por quien ve en la solución la suma de descubrimientos parciales o de felices hallazgos, y en la inteligencia, actos primitivamente distintos cuya fusión gradual constituye la unidad final. Aquel para quien, por el contrario, el acto intelectual es un conjunto cuyos términos se atraen o se reemplazan entre sí hasta la solución, de los cuales la unidad, mantenida desde el principio a través de flujo y reflujo, es la condición del éxito, dispondrá el campo de la experiencia en forma tal de dejar al sujeto libre para organizarlo, utilizando a su voluntad las circunstancias favorables. La diferencia de los métodos implica resultados diferentes. El error sería sacar conclusiones unilaterales, que se confundirían con la definición total del comportamiento intelectual. De hecho, sin embargo, cada una de las dos tendencias explicativas la implica según los autores, y a veces, a propósito de las mismas experiencias. El punto de partida es para unos la pluralidad, para otros la unidad; para éstos el conjunto y el acto

organizador, para aquéllos las partes y la acción de las circunstancias.

Un tipo de explicaciones que dan a las circunstancias la primacía es aquel en que las primeras combinaciones mentales son asimiladas a reflejos condicionales. Pavlov y su escuela han mostrado, con la ayuda de experiencias rigurosas, cómo son susceptibles de realizar entre excitantes y reacción las asociaciones más diversas. Ciertos alumnos de Pavlov, entre ellos Krasnogorski, han investigado si la educación no podría en parte consistir en crear reflejos condicionados útiles. Por fin, otros autores, en particular Wintsch,[2] han querido explicar la evolución de las reacciones espontáneas en el niño como un edificio de reflejos condicionados cuyo origen estaría en las coyunturas de circunstancias casuales que la vida corriente ofrece más habitualmente. Su efecto sería modelar sobre ellos la conducta y por consecuencia regularla, adaptándola al medio. Es siempre grande la tentación de asimilar a un orden más elemental de reacciones, a mecanismos mejor conocidos y experimentalmente más manejables, manifestaciones como las de la inteligencia, que por su sutileza y variabilidad se sustraen al análisis. Pero esta simplificación no debe llegar a vaciar la explicación de factores indispensables.

En el equipo fisiológico del animal cada reacción depende de cierta estimulación que Pavlov ha denominado su *excitante incondicional*. Si ocurre que este excitante está acompañado, o mejor, inmediatamente precedido de otra impresión cualquiera, el poder que tiene de provocar la reacción se transfiere a esta impresión que se torna así *excitante condicional*. Para que la transferencia se opere, es menester habitualmente que los dos excitantes hayan obrado varias veces juntos. Inversamente, el excitante condicional, repetido solo demasiado tiempo, termina por volver a ser ineficaz, no por agotamiento, sino por inhibición de su acción. La aptitud para los reflejos condicionales está más o menos desarrollada. Parece haber dos clases de condiciones: unas que responden a la rapidez, la regularidad, la

[2] J. Wintsch, *Les premières manifestations motrices et mentales chez l'enfant*, Payot, Lausanna, 1935.

persistencia de la transferencia; otras a la diferenciación entre impresiones próximas, siendo el animal más o menos capaz de no reaccionar sino a cierto matiz del excitante. Esta discriminación se explica, según Pavlov, por la actividad de la corteza cerebral, en la que ve una especie de analizador. Etapa superior de los centros nerviosos, contiene en particular los centros que sirven al conocimiento.

Entre las situaciones experimentales que se han verificado en el laboratorio según el método de Pavlov, y las situaciones naturales, las diferencias no son irreductibles. Están constituidas en los dos casos por un conjunto de circunstancias entre las que hay un lazo de coexistencia o de sucesión inmediata. De manos del experimentador reciben el máximo de simplicidad demostrativa, pues él no puede ligar entre sí sino dos circunstancias bien definidas y medir rigurosamente el número de veces que deben ser repetidas en conjunto para que surja el reflejo condicional o el número de veces que el excitante condicional puede repetirse solo sin inhibición del reflejo. Su voluntad dirige la elección de excitantes y la constancia o espaciamiento de sus concomitancias. En la realidad operan las condiciones de la existencia. Las circunstancias, cuando se encuentran fortuitamente reunidas, tienen otras oportunidades de no repetirse cada vez simultáneamente, y jamás resultará de ello un reflejo condicionado. Si por el contrario, pertenecen al mismo orden de hechos o de situaciones, su coincidencia es suficientemente frecuente para que se establezca un enlace y para que el excitante condicional llegue a ser eventualmente un medio de anticipar una circunstancia que debe ejercer influencia en la conducta del sujeto. Así se organiza una especie de previsión refleja, que selecciona en cada caso la reacción oportuna.

Las reacciones utilizadas por Pavlov eran de orden vegetativo. El primer propósito de sus trabajos era estudiar la especificidad de las secreciones gástricas según la naturaleza de los alimentos. Después tuvo la idea de asociar a la presentación de los alimentos un excitante cualquiera, e invirtiendo el orden de sus investigaciones su interés se volvió luego hacia la excitación sensorial; pero la reacción-testigo siguió siendo de orden digestivo. Avanzando más profundamente en el dominio de la vida orgánica, uno de sus alumnos, Metalnikov, ha sabido pro-

vocar asimismo reacciones de inmunidad por reflejos condicionados, asociando la inyección de microbios al sonido de una trompeta y comprobando más tarde que el sonido de trompeta había adquirido el poder de aumentar el número de glóbulos blancos en circulación en la sangre. Estos están, evidentemente, entre los efectos que son más sustraídos a la voluntad y más extraños a la vida consciente.

Pero, por otra parte, al lado de los reflejos vegetativos, Pavlov ha citado otros que pertenecen por sus manifestaciones a la vida de relación, como ese reflejo de "libertad" que se produce con tanta vivacidad en ciertos sujetos, que están sometidos a experiencia, que el establecimiento de otros reflejos se torna imposible. En los estados de emoción, cuyos efectos psicomotores tienen además una sólida base de reacciones fisiológicas, es particularmente frecuente ver que una circunstancia enteramente extraña a los motivos específicos y a la naturaleza de la emoción a la cual el acontecimiento la ha asociado fortuitamente, se une a ella mediante un lazo durable y llega a ser, en la serie, la ocasión suficiente de su revivificación.[3] Sobre este mecanismo, Watson ha fundado asimismo todo un sistema. A cada especie de emociones no respondería más que uno o dos excitantes específicos. La diversidad ulterior de sus motivos no dependería sino de encuentros habituales o sorprendentes entre su motivo incondicional y circunstancias cualesquiera. Así, el miedo, cuyas manifestaciones son una reacción específica al desequilibrio o al ruido, puede desarrollarse experimentalmente en miedo de tal especie animal o de tal situación. Otros autores han preconizado inculcar al niño por este procedimiento el hábito no razonado de reacciones automáticas y disposiciones afectivas que son necesarias para su seguridad inmediata, para su decencia o para su moralidad elemental, asociando sistemáticamente a las que deben evitarse, impresiones penosas, y a las que son recomendables, impresiones agradables. La naturaleza no operaría de otro modo con él, pero un poco al azar. Es así como algunos han querido explicar las

[3] Véase Henri Wallon, *L'enfant turbulent*, parte I, cap. 1, Alcan, París, 1925.

primeras conductas motivadas del niño por el mecanismo de los reflejos condicionados.

Al igual que la interpretación dada de los reflejos condicionados, la explicación que por su medio se da de las primeras combinaciones psíquicas es de tendencia mecanicista. Parte de elementos múltiples, que tienen una existencia propia y cuyas combinaciones deben bastar para dar cuenta de las manifestaciones ulteriores. La acción se ejerce desde el exterior. Los factores en juego son circunstancias cuya diferente forma de reunión es lo que puede explicar la diversidad de sus efectos. Los hábitos, la conducta, la inteligencia del sujeto tendrían por primeros asideros, mediante los reflejos condicionados, las asociaciones de estimulantes frente a los cuales se ha encontrado el sujeto. De estas asociaciones, unas son artificiales, como las de Pavlov o las que pondría en juego el educador; otras naturales. Una situación agrupa, en efecto, circunstancias que se acompañan siempre entre sí y otras que son puramente accidentales. Las que son fortuitas, no teniendo ninguna razón de reproducirse cada vez que reaparece la misma situación no darán lugar a reflejos condicionados, como, por el contrario, lo harán aquellas reunidas por un lazo habitual o necesario de coexistencia. Así los reflejos condicionados concordarían automáticamente con la estructura de la realidad. Por consiguiente, la estructura del espíritu mismo no tendría otro fundamento que la estadística de los casos encontrados. La observación muestra, sin embargo, que un acontecimiento único puede ser la causa de una persistente transferencia de efecto entre dos excitantes; así el que se opera bajo el choque de una fuerte emoción o que responde a un hecho de comprensión.

En los reflejos condicionados algunos han visto al principio una justificación póstuma, por así decir, del asociacionismo, ya muy desacreditado. No era sino considerado su aspecto más exterior. La asociación no es aquí un enlace pasivo entre términos cualesquiera o de igual especie, es una reacción que se descubre cuando actúa un excitante auxiliar al lado de su excitante específico. Implica por otra parte un proceso activo de discriminación entre diferentes impresiones posibles. Aquella sobre la cual se opera la transferencia debe estar despojada de sensibilidades en potencia. El hecho es evidente cuando el excitante condicional debe especializarse y limitarse a un matiz preciso de la sensación. La diferencia entre estimulantes vecinos, a menudo difícil y penosa, a que está constreñido el sujeto, puede ser provocada desde el exterior y no es reductible a la simple yuxtaposición de excitantes más o menos en contraste. Supone un juego exacto y delicado de inhibiciones cercando a la impresión particular que debe entrar en el reflejo condicionado. La excitación, al principio eficaz en su generalidad, se convierte en un fondo sobre el cual solamente deberán permanecer activas las cualidades del excitante elegido. Este poder de análisis, en fin, sobre el que reposan los progresos funcionales del reflejo, su aprendizaje, y por tanto la comparación, la medida de las aptitudes sensoriales está ligado a las funciones de la corteza cerebral, que es el futuro órgano del conocimiento. Si hay alguna semejanza o cualquier filiación entre los reflejos condicionados y las conductas intelectuales, sería menester atribuirla a esta comunidad de asiento, a esta similitud de operaciones, y no al mecanismo de la asociación, que tiene algo de exterior y accidental.

La formación de un reflejo en el laboratorio presenta, además, grandes diferencias con las condiciones de la vida corriente. A fin de evitar la alternativa de circunstancias no previstas, Pavlov se había hecho construir, para sus experiencias, cámaras silenciosas, y tales que ni rayos ni sombras pudieran modificar su aspecto, pues existe el peligro de que la menor percepción fortuita se agregue al excitante escogido, sustituyéndolo o inhibiendo el reflejo. En el medio natural las circunstancias, por el contrario, son mezcladas y complejas. Si en él se producen reflejos condicionados la selección del excitante no puede tener por causa la supresión de todas las demás; ella no es concebible sin una influencia emocional, afectiva o intelectual. Entonces, la explicación pierde su simplicidad aparente; depende de otra cosa, que puede transformarse en lo esencial; no es más una primera explicación.

En los ejemplos dados por Wintsch, que ha tratado de atribuir al mecanismo de los reflejos condicionales los progresos cumplidos por su hijita hasta los tres o cuatro años, la explicación es sin cesar desbordada por los factores que entran efectivamente en juego. El punto de partida de los reflejos sería

al principio puramente alimenticio. Entre 1 y 3 meses, la vista de blusas blancas hace agitarse al niño como ante la aproximación del pecho. Si se le acercan su madre o su enfermera, comienzan los movimientos de succión. La sonrisa de su madre lo hace sonreír. Sus gritos se apaciguan cuando la percibe. Pero el lazo entre la madre y el niño no es sin duda, aun en las primeras semanas, tan exclusivamente nutricio. Ella es para él fuente de otros bienestares. En cuanto a la concordancia de sus reacciones mímicas, no parece de origen puramente exterior y accidental como entre circunstancias cualesquiera. Sin ligar, con Ch. Bühler, las primeras sonrisas del niño a la sola visión de la sonrisa en un rostro humano, es preciso reconocer que pertenecen a una serie funcional que descubre muy pronto su destino, uniendo el niño a su ambiente por medio de manifestaciones expresivas. Y éstas se adecuan a las circunstancias, no como consecuencia de los encuentros multiplicados que exigiría la formación de reflejos condicionados, sino para responder a las necesidades de relaciones interindividuales, de las cuales son ellas el órgano inmediato.

La emoción, a la edad en que se diferencia y organiza, puede a su vez convertirse en el motivo de reflejos condicionados. A los 7 meses, el niño se pone a llorar desde que comienzan a desvestirlo, porque si está sucio lo reprenden. Más tarde, es la llegada de su padre lo que provoca sus lágrimas, porque se ha adquirido la mala costumbre de contar en ese momento las tonterías que ha podido cometer. A los 15 meses, mira constantemente su mano derecha, testimoniando una gran ansiedad, porque en el momento en que una mosca se posaba encima, su abuelo le ha dicho: "Cuidado, te la va a comer". Después, una miga de pan oscuro que ha quedado allí pegada aviva su inquietud hasta el punto de que es necesario ponerle un guante por algún tiempo. En los dos primeros ejemplos la transferencia de la reacción emotiva a circunstancias sin relación directa con ella es evidente. En el último una relación inmediata une la ansiedad con la vista del órgano amenazado; no parece, pues, haber lugar para un reflejo condicionado.

Diferencias semejantes habría que establecer entre los numerosos casos citados por Wintsch. Atribuirlos todos al mecanismo de los reflejos condicionales es desnaturalizarlos y ocultarse a

sí mismo factores a veces importantes de la evolución psíquica en el niño: cuando a los 15 y 19 meses su hijita, de un resfrío, conserva, ante la vista de un pañuelo, el hábito de agarrarlo y de repetir el gesto de sonarse, ¿no es, más que enlace accidental por reflejo condicionado, una tendencia a realizar prácticamente el uso propio del objeto, o dicho de otra manera, a conquistar ese dominio funcional, del cual la apraxia instrumental es la negación? A los 21 meses, como la han acostado sin bombacha de goma, no deja de esforzarse por ponérsela ella misma. Aquí, otra vez, la presencia del objeto incita a su empleo; servirse personalmente de las cosas es una manera de identificarlas que precede a su identificación objetiva. Quizá también la niña experimentaba una impresión propioceptiva táctil de privación y ausencia; es frecuente la sensación de haber sido desposeído cuando un hábito no es satisfecho. A los 22 meses, la misma niña llora si no tiene el pedazo de jabón que la madre acostumbra depositarle en la mano cuando la baña. Esos diversos sentimientos de apropiación entre las cosas y uno, por medio de su uso, ¿no añaden al mecanismo de los reflejos condicionados un factor de intuición por el acto que de otro modo no es reductible a él?

Los actos del niño van a ligarse no solamente a los objetos por su empleo, sino luego también a situaciones enteras, para reproducir conductas familiares o para alcanzar un resultado deseable. A los 21 meses, habiéndose despertado tarde, y como nadie parecía pensar en su baño, se desviste, y va por su cuenta al cuarto de baño. A los 22 meses, se detiene ante una pastelería donde la víspera un amigo le había comprado chocolate. A comienzos de su tercer año, al desvestirse en casa del médico, expresa el deseo de orinar. A los 26 meses, saliendo con su abuela que tiene una cámara fotográfica en la mano, va a colocarse sobre el césped, donde ha sido fotografiado quince días antes; si no hay cámara, el hecho no se produce. Explicar estas combinaciones de actos y circunstancias por el mecanismo de los reflejos condicionados, ¿no es extenderlo con exceso y hacerle perder el rigor perfecto que constituía su mérito? Aquí la buena apropiación del acto parece habitualmente orientarse más hacia un conjunto que hacia una circunstancia determinada y, sobre todo, depende de una significación intrínseca

que no es dada por la simple aproximación de dos términos cualesquiera, sino que es la comprensión de sus relaciones. Es una estructura cuyo motivo no es externo, sino peculiar a los términos reunidos.

Como se complace en identificar los objetos por su empleo repetido, el niño reproduce ciertas escenas a modo de verdaderos ritos. A los 21 meses, cada vez que se lastima, es necesario soplarle sobre la región dolorida, diciendo "ya se fue el mal". En el curso de su tercer año, ante cada una de sus tonterías peculiares, se pone las manos detrás de la espalda, en la actitud del castigo que se le inflige habitualmente. Así se mezcla en su conducta lo que procede de otros y lo que procede de él mismo. Realiza espontáneamente consecuencias desagradables y de origen extraño porque permanece prisionero de las situaciones, no habiendo aprendido todavía a disociarlas de su propia persona.[4] Sólo a los tres años se produce la crisis de la personalidad, en que el sujeto busca por fin aislarse de lo que experimenta y a discernir en su propio yo el ser activo de aquel que recibe las impresiones o coerciones exteriores.

Esta intuición indiferenciada explica su habitual conformismo, que no es simplemente reductible a reflejos condicionados. Es incapaz de tomarse ninguna libertad con las actitudes o las conductas que le corresponde realizar en ciertas situaciones, porque su sensibilidad no sabe aún distinguir entre las circunstancias o la acción de otros y sus propias reacciones, que la escena vivida por él mantiene efectivamente confundida. No sabiendo oponer su conducta personal al acontecimiento, ¿cómo podría, con mayor motivo, imaginarla modificándose según el acontecimiento? Todo cuanto puede hacer es buscar su retorno simultáneo o complementario. No hace sino recibir el retorno de las antiguas asociaciones, quiere reproducirlas. Si desea del adulto algo que ya ha obtenido, se esforzará por que vuelva a hacer todos los gestos anteriormente ejecutados, como si su encadenamiento no pudiera conducir más que al mismo resultado. Sin duda podría pensarse que da simples indicaciones aptas para señalar su deseo y despertar los recuerdos, las buenas disposiciones del adulto. Pero he aquí precisamente lo que no

[4] Véase Henri Wallon, *Los orígenes del carácter en el niño*, ed. cit.

es aún capaz de hacer: no se ha efectuado todavía la disociación entre la invocación y la acción, la intención y el hecho.

Su lenguaje también atestigua esta conciencia difusa que parece unirlo a lo que no es él. Recorre a menudo el circuito entero de la pregunta y la respuesta. Repite lo que se le pregunta antes de responder, o, debiendo enunciar algo de sí mismo, lo hace preceder de la interrogación correspondiente. O persigue a varios interlocutores con largos monólogos, donde desempeña alternativamente todos los papeles, o se interpela a sí mismo para cumplimentarse, reprenderse, darse un consejo o una orden, bajo la forma en que está acostumbrado a oírse dirigir la palabra por otros. Parece aun que los propósitos simplemente oídos se continúan en él, sea que los complete, los realice, los vuelva a decir o hasta los contradiga, formando el todo un conjunto donde se sentiría menos la oposición de las personas enfrentadas que su propia presencia sucesiva en cada una de las partes. Le gusta escucharse reproducir una conversación, un relato literalmente y, si no lo logra, exige al menos del adulto una fidelidad ritual de desarrollo y expresión. Este gusto por la fórmula consagrada, estereotipada, lo mantiene también en una especie de confusión, que no es aún superada, entre la expresión verbal y el contenido real semejante a la confusión del acto y las circunstancias o a la del sujeto y la situación.

En todas las formas de su actividad el niño pasa entonces por una etapa en que los procesos en curso lo incorporan estrechamente a las circunstancias diversas de su acción, de tal modo que la situación y todo lo que la realiza, todo lo que la expresa, parecen dibujar los relieves esenciales de su vida mental. El mecanismo de los reflejos condicionados no parece capaz de explicar las estructuras psíquicas que responden a este período. Pero la inteligencia de las situaciones ha sido directamente estudiada, en primer lugar, en los animales.

En el estudio de las situaciones, el experimentador puede tratar de poner en evidencia, en lugar de circunstancias, más bien las reacciones del sujeto. Pero la primacía de unas sobre otras tiene diversos grados. Aquí de nuevo el fin puede ser tornar tan rigurosa la comparación de los casos, es decir, tan

cuantitativa como sea posible. A la medida del tiempo que exige la solución puede añadirse el descuento de los errores que la han retardado. Pero para identificarlos fácilmente es preciso poder descomponerlos en alternativas bien definidas; y por consiguiente, el dispositivo de la experiencia desempeña un papel determinante. Así se han imaginado las pruebas del laberinto, donde el animal, para escapar de éste lo más rápidamente posible, debe aprender a evitar los obstáculos. Puesto varias veces en el mismo laberinto, la rapidez con que llegará a efectuar el recorrido sin falsa ruta, se inscribe en una estadística y sobre una curva que dan la imagen de sus aptitudes. El animal puede también tener que salir de una jaula maniobrando un picaporte o un cerrojo, cuyos desplazamientos correctos o incorrectos pueden anotarse con precisión.

El móvil del hambre o el del dolor pueden sustituir al de la cautividad. El trayecto que debe efectuar, el obstáculo que debe quitar tendrán por fin una presa de la que hay que apoderarse. La falsa ruta que hay que evitar será aquella en que el animal recibe una descarga eléctrica. Esta diversidad en la elección de motivos que estimulan los esfuerzos del animal, demuestra evidentemente la intervención de un factor distinto a su ingenio. Saciado o en ayunas, el mismo animal, en presencia de un alimento no reaccionará y no acertará del mismo modo. La curva de sus resultados podrá entonces variar por razones que el dispositivo de la experiencia no permite registrar ni medir, y es éste un menoscabo en el rigor que ella pretende.

La comparación de las curvas muestra que pueden responder a tipos diversos. La eliminación de errores puede hacerse según una progresión muy regular; puede también presentar, de una prueba a otra, grandes oscilaciones, para acabar de repente de manera definitiva. El primer tipo es proporcionado por gallinas que picotean granos, algunos de los cuales están pegados sobre un fondo claro y los otros libres sobre un fondo gris; cada ensayo para recoger un grano sobre el fondo gris es un error. El segundo tipo, en que la curva de los errores se interrumpe bruscamente, indica, según Koehler, un acto de comprensión. Éste, mediante pruebas adecuadas, se observa en los animales de un nivel ya superior, como los monos. ¿La oposición de los dos

tipos señala una diferencia radical en la naturaleza de las operaciones correspondientes?

El propósito que guía al "método de ensayos y errores" consiste manifiestamente en ver surgir la solución de elementos que no revelan ningún poder misterioso o subrepticio. Los ensayos son al principio equivalentes entre sí y tentados sin previsión. Pero el éxito de unos, el fracaso de otros, da pronto lugar a una selección. Esta explicación es visiblemente una trasposición del darwinismo al mecanismo de las conductas. No parece suponer otra cosa que la sanción del acontecimiento y la eliminación necesaria de lo que no llega a un fin, de lo que no es viable. Es un nuevo ejemplo de las teorías que encaran fuerzas externas y elementos distintos para hacer salir de ellos la unidad organizada. Es una reaparición del atomismo psicológico, que quisiera resolver en conductas elementales, y al principio totalmente independientes entre sí, la conducta global y oportuna del animal. Sin embargo, la experiencia muestra que la eliminación de errores no tiene nada de mecánico y que no se haría sin el hambre, sin el dolor o sin el instinto de libertad, que ponen en juego en el sujeto las necesidades que lo impulsan. Varios autores, además, se han esforzado por demostrar, partiendo de ensayos individuales, que el fracaso no puede agregarles nada para inducirlos a desaparecer, a menos de suponer en cada uno una especie de conciencia, la conciencia de su insuficiencia. Pero sería esto el individualismo antropomórfico opuesto al individualismo atomístico. El problema no puede resolverse sin partir del conjunto.

No se trata, evidentemente, de un conjunto que existiría antes de su realización gradual. En particular, cuando los errores se eliminan según una progresión regular, no hay apariencia de un poder distinto que haría marchar la operación. Es la repetición de los ensayos y sus resultados la que ejerce su acción. Hay como un efecto acumulativo, una suma de impresiones, que termina por reforzar poco a poco la previsión del fracaso, hasta tornarla capaz de frenar el acto correspondiente. Esto es lo que se ha llamado el mecanismo del efecto: el resultado se liga al acto de manera de ejercer finalmente sobre él una acción preventiva. Pero a medida que el alcance del acto se extiende más, esta previsión debe también extenderse a su

conjunto. El aprendizaje del laberinto no se hace elemento por elemento, encrucijada en encrucijada. Es más bien un bosquejo del conjunto recorrido de prueba en prueba. Las unidades no son al principio yuxtapuestas para fundirse luego en un todo, sino por el contrario se dibujan, se especifican, se individualizan, en razón de su lugar en el conjunto al mismo tiempo que de sus rasgos singulares. Es una sucesión cualitativa, en que las diferencias cualitativas se afinan y se afirman de prueba en prueba. El efecto no es exterior al acto; es a la vez su resultado y su regulador.

Es una forma de organización bastante elemental todavía. En lugar de una intuición en cierto modo instantánea, que haga captar una relación directa y total entre el fin, las circunstancias y los medios, es una experiencia primero confusa, en que los gestos posibles son poco a poco puestos en relación con sus consecuencias inmediatas y el fin último. El resultado de esta suma no es aún un acto de intelección único e irrevocable; es el pasaje progresivo de un sentimiento difuso y débil a la realización total de la situación. Así las reacciones útiles son cada vez mejor filtradas a expensas de las otras. La forma más simple de este poder selectivo es una sensibilidad ligada a las particularidades de la situación que las agrupa, las organiza, bajo la influencia de la actividad desplegada por el animal, conforme a sus necesidades y fines. A medida que el nivel de la operación se eleva, la anticipación sobre las consecuencias se torna más rápida. Pero en ningún caso falta la intuición fundamental que une el acto al efecto. Sus resultados, que dependen del poder que tiene el animal de organizar su acción en función de sus percepciones y sus percepciones en función de su acción, acaban en diferencias que podrían parecer diferencias de naturaleza si se pasa de la gallina o aun de la rata a los monos superiores.

Para oponerlo a las experiencias de "ensayos y errores", Koehler [5] ha estudiado el comportamiento de los chimpancés. Se limita a separarlos de la presa apetecida por un obstáculo,

[5] W. Koehler, *L'intelligence des singes supérieures*, trad. Guillaume, Alcan, París, 1927.

que puede ser simplemente una distancia demasiado grande para ser franqueada por sus saltos, un enrejado que los mantiene demasiado alejados para que puedan alcanzarlas; una barrera que les impide traerla directamente a ellos. Pero el campo en que se mueve el animal no deja de presentar ciertas circunstancias que utilizará según su ingeniosidad. No bastará que la midamos según las dificultades superadas, ensayaremos sobre todo descomponerla en sus operaciones esenciales.

En la simple acrobacia que el dispositivo de la experiencia pone en descubierto, el mejor rendimiento de los automatismos naturales o adquiridos, supone una representación dinámica del cuerpo en su espacio motor, y su ajustamiento, de precisión creciente, al número también creciente de puntos de apoyo que puede ofrecer el mundo exterior. Todo el detalle de las cosas es reabsorbido, asimilado, integrado, por los gestos en potencia. Se confunde con la intuición de sus posibilidades, a las cuales permite además diversificarse proporcionándoles un teclado más o menos extenso de soportes. Las relaciones en el espacio están aún incluidas en la imagen que el animal, según las circunstancias, sabe formarse de sus capacidades motrices. Muy distinta es la que necesitará para llenar mediante un artificio cualquiera el intervalo que se abre en su campo de acción entre su presa y los gestos que le son posibles. Deberán ser completados por algo exterior a sí mismo. En el campo de acción, el de la percepción debe tender a llevarlo al de los automatismos motores. Ahora toca más a los movimientos integrarse en el detalle de las cosas o de la topografía, que a la inversa. No tiene que brindarles solamente puntos de apoyo, es de él que ellos van a sacar sus procedimientos y sus direcciones. Las relaciones en el espacio ya no son solamente lo que entra de él en los gestos a ejecutar, son lo que ordena entre sí posiciones o formas. A esta fase responde el primer empleo de los instrumentos o del rodeo.

El instrumento puede además comenzar por intervenir más en el primer caso en que se usa que en el segundo. Así sucede con la rama que ciertos monos utilizan corrientemente para saltar. Levantándola verticalmente, trepan rápidamente después, para lanzarse sobre la presa. Es un simple punto de apoyo, como los proporcionados por los árboles, pero lo llevan consigo

para servirse de él en caso de necesidad. Sin duda es ya un progreso considerable este acto de previsión y, sobre todo, esta aptitud para desprender de las configuraciones brutas que ofrece la naturaleza, la circunstancia que ha servido, el rasgo que puede servir. Pero la rama no es aún nada más que aquello necesario para trepar. Ciertos animales no parecen siquiera discernir sus dimensiones. La apoyan indiferentemente sobre su extremidad grande o chica. El palo del cual el animal se agarra, cuando ha comprobado que su brazo es demasiado corto para alcanzar la presa, implica una intuición ya muy diferente. Se intercala en el espacio visual entre el gesto y el objeto, en lugar de ser sólo la condición del gesto. Se suma a éste y se introduce en la esfera de la acción por intermedio y bajo el control de la vista, en lugar de pertenecer al complejo de impresiones y de reflejos de donde resulta el automatismo. Pero el descubrimiento y el aprendizaje de su uso, de sus empleos, comportan más grados aún.

Un ejemplo más simple que el del palo tornará más fácil de captar la progresión. Atraer hacia sí el objeto con ayuda del cordel que le es anudado está al alcance de algunas especies animales. Para otras es como inexistente; todos los gestos del animal se orientan hacia el objeto mismo. Condensada en él solo, la percepción no sabe distribuirse en su ambiente, en sus alrededores, en las particularidades de su estructura. Ninguna relación distinta puede todavía intercalarse útilmente entre él y el complejo deseo-automatismo que suscita. En el caso contrario, la distancia entre el animal y el objeto es un trayecto cuyos detalles, cuya estructura son perceptibles y que establece entre ellos un enlace virtual que se hace real por la vista del cordel. Si es utilizada, ocurre que el animal sabe rodear al motivo que moviliza su actividad de un campo perceptivo más extenso y, sobre todo, mejor diferenciado.

El uso del palo es más difícil porque no es ya empleado como el cordel. No es visto, debe ser imaginado entre los gestos del animal y la presa. La diferencia es de importancia muy grande. Después de ciertas lesiones cerebrales, el hombre puede haber perdido el poder de colocar un objeto en una posición prescripta y según un modelo muy simple, mientras que sigue siendo perfectamente capaz de discernir las posiciones ya realizadas de los objetos. Entre las dos aptitudes hay un umbral. Parece que sólo los antropoides superiores lo han franqueado. Sin embargo, para ser utilizado, el palo debe estar comprendido en el mismo acto perceptivo que la presa. Si, colocado detrás del animal o al costado, no puede ser abarcado en el mismo conjunto visual, queda irremediablemente extraño a sus esfuerzos para apoderarse del objeto. El palo no es, pues, una herramienta cuyo uso sea conocido. No recibe su significación de instrumento sino del campo perceptivo en que entra. Este campo sin duda es menos inerte que el del cordel. Aparece a los gestos del animal como más o menos modificable. Les corresponde intercalar entre ellos y el objeto, el intermediario que no está ahí todavía. En realidad el campo perceptivo es esencialmente un campo de acción; y la acción, según su nivel, es más o menos capaz de discernir o de retocar sus estructuras. Integra circunstancias más o menos numerosas, diversas u oportunas. Ordena en el sentido de sus necesidades y llega así a una solución más o menos rápida, más o menos satisfactoria. No reúne nada que no la funda al mismo tiempo en su propia unidad. Obra como una fuerza constelante, no teniendo sentido cada elemento más que en la situación creada por ella. El palo, intercalándose en la trayectoria de los movimientos hacia el objeto, se convierte en instrumento, pero no lo era individualmente. Asimismo, el cordel no ha podido servir para sacar el objeto sino en la medida en que entraba con él en una especie de unidad perceptiva que le daba como continuidad en el espacio..

Por más confundidos que estén los instrumentos con los gestos y el fin, el animal todavía parece reducir, en efecto, su ligazón recíproca a simples contactos o a la sola contigüidad. Las relaciones mecánicas son para él sólo relaciones geométricas, elementales, lacunarias, muy disociadas. Basta que el cordel toque el objeto para que, sin estar enganchado allí, o que la extremidad opuesta a la que él agarra no esté demasiado alejada, para que tire y parezca engañarse que viene sola. Habiendo reconocido que ninguno de los dos palos de que dispone es bastante largo para cubrir la distancia entre el objeto y su brazo extendido, empuja uno con el otro hasta hacerle tocar el objeto, como si debiera así poder traer éste. Advirtiendo

que deben ser puestos cabo a cabo, los mantiene así en su mano, dando a su longitud sumada la del intervalo, pero sin representarse al principio que le es imposible trasportar una sobre la otra, como si fuera incapaz de proyectarlas en un espacio único. No es, en efecto, impotencia constructiva. Logrará encajar en la extremidad hueca de una caña la más estrecha de otra caña, de manera de formar un palo único. Pero es su participación propia en las cosas manejadas en el espacio lo que lo incomoda y lo que no sabe suficientemente reabsorber en el espacio objetivo de las cosas. No sabe integrar su espacio subjetivo y motor en aquel en que los objetos tienen sus distancias y sus posiciones recíprocas, como en un medio común a todos e impersonal.

Si la presa está colocada demasiado alta, el chimpancé sabe también descubrir que subiendo sobre una silla o sobre dos cajas superpuestas le es posible reducir la distancia a la medida de sus saltos. Pero aquí, de nuevo, la entrada de la caja en su campo de acción exige que no esté demasiado alejada del objetivo, es decir, más allá de lo que puede abarcar el acto perceptivo. Aquí otra vez es el espacio subjetivo lo que lo arrastra, pues la caja no es traída lo más cerca posible debajo del objeto, sino que es desplazada exactamente hasta donde es necesario para compensar la insuficiencia de los saltos de que es capaz el animal. Ocurre también que la tenga debajo del objetivo, sin colocarla a fin de subir encima, del mismo modo que apretaba en su mano los dos palos cabo a cabo, sin saber cómo hacerles tocar el objeto. En resumen, las relaciones mecánicas o de equilibrio o aun geométricas se le escapan todavía. Si debe colocar una caja sobre la otra, lo ejecuta tan mal que le sucede tener apenas el tiempo de trepar antes de que aquélla se desplome. No parece formarse ninguna imagen neta de las aristas y las superficies, de lo lleno y lo vacío. En vez de colocar las cajas de plano, las levanta a menudo sobre un ángulo. La que debe servir de basamento o trampolín es a veces puesta con la abertura dada vuelta hacia arriba. Desconoce entonces su estructura de volumen y de forma.

El hecho es general. El palo mismo, fuera del papel que la situación le hace desempeñar, está muy mal identificado en cuanto a sus cualidades intrínsecas. Por una parte, en efecto,

es ocasionalmente reemplazado por objetos que no tienen con él más que una similitud muy aproximativa de alargamiento, una empuñadura de paja, un ribete de sombrero, y hasta una escudilla; parece que el gesto lo haya reabsorbido, y aunque suscitado y modelado por él, luego se busca un objeto cualquiera para repetirse. Por otra parte, el palo no es reconocido cuando pertenece a un conjunto ya constituido. El chimpancé no tiene la idea de arrancarlo de una caja o sacar una rama de un tronco de ricino que está cortado a su lado. Empuña el tronco entero, aunque es demasiado grueso para que pase a través del enrejado.

Por el contrario, una vez en su mano, el mono lo emplea de todas maneras: para agrandar los agujeros del enrejado; introducirlo por los intersticios de la tapa en el tacho de basuras y lamerlo después; levantar la tapa haciendo palanca; cubrirlo de baba para capturar hormigas y llevárselas a la boca; limpiarse el pie de los excrementos por donde ha marchado; tocar un lagarto, simulando espanto; molestar a una gallina; blandirlo como arma de combate; servirse de él como pica; tocar una cesta de metal electrizado que contiene frutas; emplearlo como instrumento para cavar el suelo, ayudándose con los dientes, la nuca o el pie. Efectos tan variados se obtienen con un verdadero palo mágico, pero no con una herramienta. Se asocian a las circunstancias más que a las cualidades del palo mismo, son accidentales y a menudo irregulares. El empleo de la herramienta depende estrictamente, por el contrario, de su configuración; responde al ejercicio de una aptitud que es anulada por la agnosia y sólo ha encontrado en la especie humana un desarrollo histórico.

En ciertos casos, es verdad, el mono muestra una adecuación más estricta entre el objeto y su utilización. La presencia de paja o de vástagos lo induce a plegarlos alrededor de su cuerpo, a hacer con ellos un nido, aunque sea muy joven y no tenga la experiencia de la selva: ¿revivificación de hábitos ancestrales? Le gusta colgarse hojas, trapos viejos, cajas de hojalata, ponerse blanco en los dientes, la espalda, los brazos, las patas; desfilar y bailar con estos objetos, cuyos bamboleos y sacudidas son, más que su deseo óptico, la fuente de su alegría: simple acompañamiento y estimulante de su exaltación de gestos. Emba-

durna lo que lo rodea con el color descubierto en una vasija. Pero ha comenzado por ponérselo en la boca y, no siendo satisfactorio el gusto, se frota los labios en objetos vecinos; entonces, viendo la mancha producida, ha sustituido la cara por las manos para ostentar la pintura. Nada hay allí que sobrepase la ley del efecto[6] y está lejos aún de las maniobras, aunque sean formales, del niño que descubre el eje haciendo dar vueltas sistemáticas a la manija de una puerta, la bisagra, sacando y volviendo a poner un picaporte, y los deslizadores, tirando y empujando un cajón, el estuche, dándole un contenido exacto a un cofrecito o a un baúl, probándose en sí mismo o en otro un guante o un zapato.

La actividad de que es capaz el animal no se orienta hacia el conocimiento sino hacia el resultado perceptible o útil; no tiende a lo general sino al caso particular. No retiene del objeto más que el medio que momentáneamente necesita, insensible al resto de su estructura. Más aún, sólo el gesto se inscribe en el comportamiento; el objeto correspondiente es olvidado, siendo su conformación propia tan mal conocida que a menudo obstaculiza el acto, a pesar de evocarlo. Diecinueve días pasan entre el primer empleo que un mono ha hecho de una caja para alcanzar el objetivo y la repetición de esta solución. En el intervalo, viendo sin embargo la caja bastante cerca de la presa como para que un desplazamiento mínimo le permita utilizarla, se limita varias veces a maltratarla, como si dijera: "hay que hacer algo con esta caja, ¿pero qué?" Ante una caja con la abertura contra el suelo y que retiene una banana, el animal, pensativo, no piensa darla vuelta; pero percibiendo al lado una jaula colocada derecha, entra allí. Como detenido por la disposición del objeto, no obstante ser modificable, se contenta con un acto en cierto modo analógico. Asimismo, no habiendo logrado tirar suficientemente de la cuerda enrollada en el trapecio, para balancearse y alcanzar la presa, realiza un movimiento simbólico de oscilación con la cuerda demasiado corta.

Para el chimpancé, el mundo es más bien acción y movimiento

[6] Véase Henri Wallon, *L'evolution psychologique de l'enfant*, parte II, cap. 1, A. Colin, París.

que intuición objetiva. Lo percibe sobre todo como un móvil entre otros móviles. Es más fácil, por ejemplo, verlo saltar sobre una mesa en el instante preciso en que la cesta de frutas, balanceada al extremo de una cuerda, se aproxima suficientemente para que él la agarre, que obligarlo a desplazar un objeto, aunque liviano, que lo separa de la presa. No parece captar las cosas más que bajo una forma dinámica y en composición con su propia actividad. La imagen de su realidad estática y permanente supondría el poder de reducirla a rasgos fijos y coordinados, es decir, disociables e individuales. Además, el mono no tiene siquiera la noción del equilibrio estático; no tiene sentido de la vertical, según parece cuando debe colocar una caja sobre la otra. No sabe aún distinguir las cosas en el espacio de las cosas en el tiempo, es decir, las cosas inmovilizadas en su posición y su forma en un instante dado de los movimientos y cambios que pueden sufrir.

Supera, sin embargo, a otras especies animales, gracias a su intuición dinámica del espacio, que es algo positivo y que requiere niveles muy diferentes. Su poder de utilizar como instrumentos los objetos que se encuentran en su campo visual y motor se confunde con el poder de realizar unificaciones, *estructuras*, de organizar este complejo de extensión, cosas y gestos que es el espacio concreto, en función de los objetivos hacia los cuales tiende su deseo. Eso demuestra también el empleo del rodeo. El primer movimiento es atraerse la presa por el camino más corto. La línea de fuerza que se desarrolla entonces entre los dos puede tornarse tan exclusiva que el animal se gasta en gestos de apropiación, aún inútiles, hasta el agotamiento. Pero puede también, como el chimpancé, imaginar un trayecto indirecto. La experiencia tipo es colocar la fruta apetecida en un cajón, cuyo lado sin borde es dado vuelta a la inversa del animal, retenido detrás de su enrejado. Antes de atraerlo a sí, es necesario primero alejarlo y desplazarlo lateralmente, lo que supone el poder de captar, en una intuición simultánea, posiciones que deben ser sucesivas y controlar la serie de desplazamientos reales según esta trayectoria ideal. La experiencia muestra que el animal falla frecuentemente en eso y que la operación del recurso es de vez en cuando comprometida por la tendencia a traer el objetivo directamente hacia sí.

La intuición dinámica del espacio en el chimpancé sería, según Guillaume y Meyerson, análoga a la que exige el juego de billar. Sin embargo, la diferencia entre los dos es grande. En la del animal, la intuición del cuerpo propio en movimiento está esencialmente presente en toda la duración de la acción. En el choque calculado que obliga a la bola a librar repercusiones previstas, el esquema dinámico que motiva el gesto se ha identificado, por transferencia, con el campo del billar. Asimismo, cuando el animal debe hacer contornear los obstáculos por el objeto, el gesto no deja de modelarse sobre el resultado. Es considerable el intervalo entre el acto de flanquear el límite visible que se opone provisoriamente a la aproximación del objeto y el de imaginar, como espectador eventual, una sucesión de trayectos en un campo de choques y de movimientos trasmitidos. El cambio de nivel o de plano es, por otra parte, mucho más radical todavía cuando la intuición de las relaciones en el espacio no queda ya suspendida en el gesto, sino que se desprende de él para convertirse en conocimiento geométrico o mecánico, es decir, en un sistema de relaciones y de movimientos, a los cuales permanece extraño quien los imagina y estudia.

Lo que ha querido subrayar particularmente Koehler, en los éxitos del animal que captura su presa, es que éstos no resultan de enmiendas sucesivas o de detalles que se suman, según lo haría creer el método de los ensayos y los errores, sino que surgen cada uno como una constelación indivisible, de la cual ningún elemento tiene sentido ni existencia sino en relación con el conjunto. La solución se produce repentina y completamente en su estructura original, como no lo anunciaban las tentativas anteriores. Entre el sujeto y el objeto, el deseo de apropiación hace surgir un campo de fuerzas, cuyas configuraciones posibles dependen a la vez de los accidentes propios del campo exterior y de los circuitos que son susceptibles de abrirse en el de las conexiones nerviosas. De este último dependen las diferencias de nivel intelectual entre las especies animales y entre los individuos de la misma especie. Estrechamente complementarios, los dos campos no dan lugar a ser distinguidos sino por el análisis de sus condiciones respectivas. Los efectos que de ellos surgen denotan su fusión íntima. Más estrecha es ella, por otra parte, más determinadas, más específicas serán las estructuras que pueden destacarse en ella. No tienen nada que ver con los tanteos que llevaron al resultado por intermedio de correcciones minúsculas y continuas.

El gran mérito de esta concepción es romper con la partición previa de lo real en términos o entidades, que con demasiada frecuencia son considerados más reales que la experiencia misma y cuyas recombinaciones son un problema que ha sustituido a los verdaderos problemas. Pero esta concepción misma se ha trasformado en un sistema rígido que mutila lo real. Habiendo partido de experiencias ingeniosas sobre la percepción visual, que mostraban cómo un dibujo bruscamente puede cambiar de significación a consecuencia de ínfimos cambios en el detalle de los rasgos, o, por el contrario, conservar la misma significación a pesar de importantes recomposiciones, esta concepción ha sido extendida a la interpretación del mundo físico, por una parte, y, por otra, a la de los comportamientos en el mundo vivo. Ha introducido allí la noción de conjuntos o estructuras, que nada deberían sino a sí mismas, unas distintas de otras, y que han podido ser comparadas con las ideas platónicas. En todo caso el intervalo entre los conjuntos sería neutro y sin realidad.

Opuesta a la psicología de los ensayos y los errores, es una psicología en la que sólo cuentan los éxitos, y en la que éstos se bastan a sí mismos. Los ensayos que preceden no tendrían nada que ver con ellos; los ensayos que no se realizaron serían como inexistentes. La simple observación muestra, por el contrario, que se trasforman y luego, que contribuyen cada uno a modificar el comportamiento del sujeto y a llevarlo hasta el instante de la solución. Sin duda, puede no haber ninguna semejanza aparente ni entre ellos ni con el éxito final. Pero en el mundo físico también se producen cambios repentinos de equilibrio y en el mundo biológico mutaciones que, sin parecérseles, no suceden sin causalidad con los estados anteriores y que los reemplazan cuando una acumulación suficiente de circunstancias torna inevitable la metamorfosis. Es la cantidad que se trasforma en cualidad. Aquí los ensayos, aún infructuosos, no tienen más que un valor negativo. Por ello se procura la fase aguda del acto, aquella en que la falta de éxito agrava el conflicto entre la necesidad, el deseo, la necesidad afectiva o vital

y el obstáculo, de donde resultan la recomposición, la liquidación de reacciones habituales, de antiguas estructuras y el reagrupamiento en estructuras nuevas de factores y circunstancias que se encuentran en el campo de la acción y que ésta es susceptible de activar de manera siempre más selectiva.

La teoría de la "forma" o de la *Gestalt*, de la cual Koehler es uno de los representantes principales, destaca la invención como un hecho original, y creador, pero la torna algo absoluto, un milagro o una predestinación, que se aísla de la vida, del devenir psíquico, y no encuentra más allí su explicación. Queriendo demostrar que es irreductible a un pluralismo de elementos individualizados que se combinarían o se excluirían entre sí casi mecánicamente, remontándose por esta corriente de la distinción entre sujeto y objeto que no es, en efecto, dualismo primitivo sino desdoblamiento evolutivo, ella ha sido llevada a ignorar sistemáticamente la evolución misma, que es una serie de dificultades o de conflictos resueltos. El ensayo y el éxito, el error y el descubrimiento, el esfuerzo y la realización tienen entre sí una solidaridad íntima y necesaria. Desconocer uno es retirar todo apoyo al otro. Cuando la contradicción se impone, es menester resolverla. Esquivarla es hacer todo lo contrario. Una escapatoria es asimilar, como anteriormente, los dos términos entre sí; otra es, como aquí, suprimir uno de los dos.

El niño ha sido enfrentado también con pruebas semejantes a las del chimpancé. Bühler, asimismo, ha llamado edad del chimpancé a la edad de un año, en la cual es capaz de resolver los mismos problemas que el mono. La comparación sin embargo no sería exacta. En la inteligencia práctica del mono entra demasiada agilidad motriz para que el niño de un año sea capaz de rivalizar con él. Por el contrario, pruebas gradualmente más difíciles han permitido a André Rey [7] seguir los progresos de esta inteligencia en el niño hasta los catorce o quince años. Pero en el intervalo se produce entre los dos una brusca desnivelación: es cuando el niño comienza a hablar. No parece sin embargo que al principio el cambio sea siempre en su favor.

[7] André Rey, *L'intelligence pratique chez l'enfant*, Alcan, París, 1935.

El sincronismo entre la aparición del lenguaje y la diferenciación de comportamiento entre el mono y el niño plantea un problema de causalidad: ¿es por la influencia directa de la palabra que se modifica? La acción del hombre está, en efecto, puntuada de consignas verbales o mentales que regulan en todo instante la sucesión de sus fases y de sus medios. Con mayor frecuencia íntimas, elípticas, implícitas en el adulto, se exteriorizan aun en el niño bajo las especies de la "formulación verbal". Si tal fuera el mecanismo que opera la trasformación, entonces la inteligencia práctica dejaría de ser intuitiva para volverse discursiva. Se ejercería por encadenamiento progresivo de los argumentos entre sí. Sin duda, no es posible que la palabra, una vez incorporada a las aptitudes del niño, no se infiltre en los diferentes dominios de su actividad. ¿Pero es esto lo esencial del cambio, y, la inteligencia de las situaciones sufre una completa y verdadera metamorfosis?

El lugar exacto del lenguaje en estas variaciones del comportamiento resultará mejor, sin duda, de una comparación entre los que lo pierden y los que lo adquieren. En los afásicos, también, se ha comprobado un cambio de aptitudes prácticas y más particularmente una regresión en su poder de captar y utilizar las relaciones espaciales. Es la desaparición de la palabra interior lo que Haed destacaba. Si por ejemplo, frente a aquel que examina, el afásico no sabe levantar al mismo tiempo que él el brazo derecho, sino que levanta el izquierdo, mientras que, ambos de cara a un espejo y el operador detrás, ejecuta del lado correspondiente lo que le ve hacer, sería porque no sabe más dictarse a sí mismo "derecha" o "izquierda". Pero las experiencias de van Woerkom, igualmente en afásicos, muestran que el trastorno es mucho más profundo. Se extiende a todos los casos en que el sujeto debe, no ya limitarse a reconocer las posiciones actualmente ocupadas por los objetos y superponerles otras, sino que trata de realizar una posición en el espacio vacío. Por ejemplo, no sabrá colocar un fósforo en posición simétrica respecto a otro ya colocado, ni paralelamente, a cualquier distancia que sea. Pero siempre tiene la tendencia a colocar el objeto sobre o contra el que ya está colocado ,y, más bien que colocarlo plenamente en una extensión vacía, empujarlo hacia el límite o el borde de esta superficie.

Van Woerkom ha puesto igualmente en evidencia alteraciones semejantes en el poder de reproducir ritmos.

He aquí sin duda el lazo entre el lenguaje y la intuición espacial.[8] Como el ritmo, el lenguaje debe desenvolverse en el tiempo. Pero esta sucesión ordenada supone una simultaneidad inicial, una intuición global de las partes que habrán de distribuirse de cierta manera en la duración y que deben ya ocupar ciertas posiciones recíprocas. Esas posiciones son, va sin decirlo, puramente ideales. Suponen un espacio sublimado, mental. Y este espacio, distinto al espacio concreto que se confunde con el que ocupa actualmente el campo de la percepción, es el medio en que deben también poder dibujarse y ser imaginadas posiciones o trayectorias que están aún por realizarse. Un cambio en el orden espacial de las cosas, que no es un dato efectivo y directo de la percepción, escapa a la representación cada vez que no hay intuición de un espacio que sobrepasa lo que es, de un espacio en potencia.

Así pueden interpretarse las observaciones de Boutan, el primero que ha señalado el hecho, sobre el comportamiento comparado de un gibón y de un niño antes y después de la edad de la palabra. Teniendo uno y otro que apoderarse, entre varias cajas alineadas, de la que contiene una golosina, el aprendizaje para ambos pronto les ha hecho poner su elección al abrigo de errores. Pero luego que las cajas son cambiadas de orden, el simio y el niño sin palabra, totalmente desconcertados, no ejecutan más que ensayos al azar y el aprendizaje anterior torna mucho más difícil un nuevo aprendizaje. Por el contrario, el niño que habla no tiene necesidad de muchas pruebas para seguir la caja en sus desplazamientos, si éstos responden a un orden regular. ¿No es evidente que lo debe a su aptitud de trazar idealmente la trayectoria de las posiciones sucesivas ocupadas por la caja? La enunciación verbal de estas posiciones sobrepasaría en mucho a las posibilidades lingüísticas de esta edad. Se trata entonces de una operación más elemental, más próxima aún de la acción que se mezcla directamente con las cosas, pero que posee ciertas condiciones comunes con el lenguaje.

[8] Véase la Tercera parte de este libro.

Antes del año, los actos del niño no parecen sobrepasar la motivación psicológica del efecto, siendo la percepción de su propio resultado la que lo induce a su reproducción, al menos que una curiosidad o un interés cualquiera se asocien a este resultado; es así como alrededor del año deja y hace caer los objetos únicamente para verlos y oírlos caer o para obligar a que los recojan; repite el gesto que ha hecho resonar el objeto que sostiene sobre aquel que golpea. Hacia esa edad aparece el manejo o el empleo de las cosas según ciertos detalles de estructura. Intenta encajar un cuaderno en un sobre,[9] superando pronto la dificultad de no entrecruzarlos (1 año). Intenta introducir en una cerradura las llaves que encuentra. Hojea un libro, hace ir y venir un cajón en su deslizador, y también utiliza toda clase de objetos a modo de adorno. Un poco más tarde sabe encadenar al objeto, empleos que las circunstancias le han hecho descubrir. Utiliza una sillita, no sólo como asiento, sino como escabel, y faltándole su sillita, transfiere este papel a otros objetos más o menos análogos (1;7).* Después de un resfriado que le ha enseñado el uso del pañuelo, el que tiene en su bolsillo le brinda ocasiones para sacarlo treinta veces, estando de paseo, y simular que se suena (1;10). El objeto puede convertirse también en el punto de partida de actos sucesivos que reproducen situaciones más o menos complejas. El acto puede entonces ser sobre todo un acto de imitación o de costumbre. Cuando el niño acaba de volcar una caja de polvos, la vista de un cepillo le hace reproducir por primera vez el gesto de barrer de otra manera que por imitación inmediata (1;8). Habiendo sido retirada la colcha de su cama a causa del calor, la va a buscar, y se mete debajo; necesita algunos días antes de admitir el cambio (1;10). Cuando le preguntan su nombre y apellido, muestra un brazalete-identidad recibido algunos días atrás (2). Este gesto se trasforma en una verdadera estereotipia que dura meses y años. Así su actividad, desde muy temprano, es de fuente muy variada. Está hecha en gran

[9] Ejemplos de Wintsch.

* Según la convención habitualmente adoptada, la edad del niño se señala así: el número seguido de ; indica el número de años, el número siguiente el de los meses; el número entre paréntesis, el número de días. (*Nota del autor.*)

medida de repetición, de adiestramiento o asimismo de imitación. Pero la invención inteligente, el descubrimiento instrumental intervienen también como en la actividad del chimpancé.

Puede observarse una primera diferencia sin embargo: es la tendencia del niño a requerir la ayuda del adulto; el campo de su actividad útil es el ambiente psíquico; pasa mucho tiempo antes de que satisfaga algunas de sus necesidades o deseos, sin que medien las personas que lo rodean. Al comprobar que un objeto le es inaccesible, pero queriendo agarrarlo él mismo, pide ser llevado hacia el objetivo o que se le baje hacia él. El uso de su silla y de la mesa puede demorarse [10]; no lo descubre más que si están ya suficientemente próximas del objeto (3;6). A los 4;10 no tiene todavía la idea de poner la silla sobre la caja, sino que sustituye una por otra. El manejo del escabel no llega a otra cosa que a la utilización individual de los objetos. Parecen tener menos tendencias a fusionar en un soporte único que el animal.

Una segunda diferencia entre los dos es, en efecto, que el niño frecuentemente parece representarse el instrumento antes de utilizarlo. Sabe, recuerda, antes de obrar. Habiendo hecho vanos ensayos para mostrar que no puede trepar, declara: "Yo no quiero, soy demasiado chiquito... Hace falta una escalera... En casa tengo una escalera" (4;). La imagen de la escalera le impide ver espontáneamente que podría emplear la silla a modo de escalera. Asimismo declara, después de algunos gestos en la dirección del objeto: "Hace falta un palo", sin ver que una varilla a su lado podría reemplazarlo. La idea de un determinado instrumento parece ocultarle los elementos utilizables de la situación. Se le muestran las varillas que son demasiado cortas. Las cambia entre sí, aunque sean semejantes; eso, por otra parte, lo hace igualmente el mono. Es preciso aun que le acerquen una silla. Pero se la dejan a 1 metro del objeto. Sube, corre peligro de caerse al dirigir la varilla hacia el objetivo demasiado alejado. No se le ocurre empujar la silla bajo el objeto (4:3). El campo perceptivo, pues, no se organiza para él como para el mono, que es capaz de adecuar la

[10] Ejemplos de André Rey.

distancia del trampolín a la extensión de sus saltos. Otro niño de 4;7 muestra una impotencia aun más marcada en la utilización de los medios que lo rodean. Como se libra a vanos esfuerzos, es necesario hacerle notar que el palo está cerca de él. No pudiendo conseguir nada todavía, arrastra una silla hacia el objeto. Pero es demasiado baja. Lamenta entonces no tener la silla de la clase que, sin embargo, es más baja aún. Siempre tiene presente la imagen de un objeto aún no adaptado. El problema es resuelto a partir de los 5 años, pero con grados. Al niño puede ocurrírsele superponer los banquillos: es el método constructivo. Puede tratar de cambiar una silla más baja por una más alta; es la sustitución dirigida. Sucede por último que sabe ir espontáneamente a buscar una silla, pero que sustituye indistintamente sillas bajas y sillas más altas entre sí.

El error en las dimensiones es, en efecto, muy tenaz en el niño. A los 5; no sabe aún comparar los objetos cuando cambian. El tamaño está aún en su fase precategorial [11]... Queda incorporado a la forma y al conjunto de cualidades que constituyen el objeto percibido. Es así como buscando un escabel que le permita alcanzar el objetivo, el niño cambia entre sí una mesa de 0,50 cm, una silla de 0,45 cm, una mesa de 0,60 cm, una tabla de 1,70 m. Parece haber conflicto entre la longitud óptica y la longitud utilizable, entre la altura y el volumen, las dimensiones y la forma. Mientras que el animal en sus gestos inserta intermediarios de tamaños convenientes, sin parecer detenido por la naturaleza de los objetos mismos, el niño confunde las propiedades del objeto, hasta que aprende a utilizar cada una como un medio de clasificar y comparar los objetos entre sí bajo este punto de vista especial.

Otra ilusión es significativa. El mono, advirtiendo que su palo es demasiado corto, agarra a veces dos que retiene cabo a cabo en su mano y cuyo largo total no puede utilizar, por consiguiente, para alcanzar el objeto. La simple longitud óptica tiene lugar como longitud superponible a distancia. El niño parece proceder más cándidamente todavía. Le ocurre (4;1)

[11] Véase Henri Wallon, *L'evolution psychologique de l'enfant*, parte III, cap. 4, A. Colin, París, 1942.

tener los dos palos uno contra otro en haz. En otra prueba en la cual se trata de pescar en una vasija de vidrio un objeto munido de un gancho, en lugar de poner los hilos demasiado cortos cabo a cabo los ata también. Otro niño sostiene un bastón en cada mano y hace esfuerzos con ambas. La longitud del conjunto no es pues aumentada de ninguna manera. Hay simple conciencia de una pluralidad necesaria, un solo palo o un solo hilo no bastan: la ilusión óptica cede lugar a la ilusión numérica. El resultado parece aun menos satisfactorio, pero tiene por causa la intervención del número, que agrega a los simples datos sensoriales de la percepción un determinante ya intelectual. Así una regresión aparente en el efecto puede ser debida a la influencia de una instancia mental más elevada.

Las combinaciones instrumentales ensayadas por el niño muestran que sus fracasos o sus tanteos son debidos a su incapacidad de llenar mentalmente con los medios de que dispone la distancia a salvar. No sabe imaginar, por ejemplo, que dos escabeles superpuestos pondrían el objeto a su alcance (4;11 y 5;5). Al contrario, otro niño de 5;6 coloca inmediatamente dos sillas una sobre otra, después, en el momento de agregarles una tercera, muda de parecer y se sirve de ella para subir sobre el andamio. Aquí, entonces, se produce un perfecto ajustamiento del instrumento a las dimensiones del espacio. En la asociación del palo y de la silla, un niño de 4;11 ensaya al principio la aprehensión directa, luego el empleo de una silla, a la cual sustituye por una silla más elevada, luego por una varilla sin silla; después se le ocurre combinar la varilla y la silla, pero ésta se halla demasiado alejada; por último sólo triunfa utilizando con la varilla una silla grande que había quedado debajo del objetivo. Esta serie poco metódica de tanteos atestigua una falta evidente de previsión y esta imprevisión, la ineptitud de hacer coincidir en la misma intuición espacial lo que en el espacio percibido no coincide aún: el intervalo a franquear y lo que debe permitir franquearlo. Por el contrario, un niño de 5;10, comprobando la inutilidad de sus esfuerzos con una varilla, pone dos cabo a cabo, pero no teniendo con qué unirlas, advierte de repente una silla, la coloca, sube encima, y derriba el objeto con su varilla. Los procedimientos no faltan cuando se han vuelto conmensurables con la distancia a llenar.

En otra prueba, habitualmente realizada hacia los 5; en que el niño debe mantenerse delante de una caja de claraboya, de cara al tablero del fondo que es entero, y hacer salir con la ayuda de un palo, una cajita, colocada en un cajón, cuyo lado sin borde está dado vuelta hacia el tablero entero, es decir, opuesto al niño, tres conductas pueden alternar, contrariarse, o combinarse: atraer directamente la caja, haciéndole saltar el borde del cajón más próximo al niño; pero la caja, ya cerca de él, es detenida por el tabique cuyas hendiduras son demasiado estrechas; desplazarse y situarse delante de la abertura de manera de poder traer directamente la caja hacia sí; hacerla salir del cajón, ya correctamente por el lado sin borde, ya haciéndole saltar uno de los bordes, después, sin cambiarse de sitio, empujarla con el palo hacia la abertura del tablero izquierdo. En esta última operación, que responde a la solución justa, es notable que la caja no sigue habitualmente la trayectoria más corta, que la haría franquear un espacio vacío entre el cajón y la abertura, pero que ella es llevada contra una de las paredes de la caja, para progresar luego a lo largo de este tabique. He aquí exactamente la misma incapacidad que la comprobada por van Woerkom en el afásico, respecto a utilizar un espacio sin contenido concreto o sin límites perceptibles.

En otra prueba, la jaula en que está el objeto a prender tiene dos tabiques enteros, en escuadra y dos tabiques con barrotes. Es rectangular. El objeto está fijo en una cuerda, una de cuyas extremidades está retenida por un eje en el interior de la jaula. La otra extremidad pasa a través de los barrotes. Si la cuerda sigue el lado más largo del rectángulo, el objeto está fuera de tiro; si por el contrario sigue el lado más corto, el niño puede agarrarlo con la mano a través de los barrotes. Se trata entonces de traer la cuerda de la primera a la segunda posición. Aquí, otra vez, diferentes conductas, de las cuales unas, puramente aberrantes, son simples diversiones accidentales o procedimientos habituales, pero totalmente inoperantes; y otras muestran como anteriormente, un poder aun insuficiente de imaginar traslaciones en el espacio y sus consecuencias. Los niños más pequeños, comprobando las oscilaciones

del objeto tiran del cordel, se dejan cautivar por este efecto y se limitan a sostenerlo; o bien levantan el objeto del suelo dirigiendo el brazo hacia el techo de la jaula. Otras veces ensayan la aprehensión directa esforzándose por introducir el brazo entre el tabique entero y el último barrote. Muchos miran debajo de la mesa, como en el juego del escondite, pareciendo asimilar la solución buscada a un objeto que se sustrae. Los que tienen la idea de cambiar a intervalos la extremidad libre del cordel lo hacen a menudo al azar; algunos hasta siguen la dirección que aumenta la distancia del objeto, en lugar de disminuirla. Si el cordel es desplazado sin que lo sepan, no lo advierten. Los que por último captan en qué sentido debe hacerse la maniobra pasan en general el cordel de barrote en barrote, algunos, que han salteado varios barrotes por inadvertencia, vuelven atrás. Aunque descubierto, el procedimiento no se fusiona entonces con el espacio a recorrer. El camino sigue paso a paso el tabique en lugar de ser imaginado como la libre trayectoria que une la posición presente a la posición deseable del objeto. La solución de la prueba no es hallada antes de los cinco años. Es destacable que según Guillaume y Meyerson, lo sea casi inmediatamente por el mono. El conocimiento que tiene de su jaula sería la causa de ello.

Es cierto que del mono al niño las condiciones de la experiencia deben cambiar considerablemente. El material de hábitos y de aptitudes sensitivo-motrices, la agilidad respectiva, las relaciones que ella implica en sus previsiones inmediatas de acción son demasiado diferentes para no hacer que una situación objetivamente semejante no sea prácticamente la misma para cada uno de ellos. Pero la distinción esencial es, primero, que el espacio del mono es distinto al de sus gestos y objetivos. El del niño no es todavía el medio neutro y abstracto donde los cambios de posición entre objetos pueden ser libremente imaginados, sino que está ya amalgamado a los objetos mismos, como una de sus cualidades fundida en las otras. Luego, que no puede haber representación, aun esencialmente concreta del objeto, sin esta unidad del concepto que trasciende, de alguna manera sus propiedades diversas. Pero, limitado al principio a cada acto o a cada objeto en el instante en que son ejecutados o imaginados, el concepto parece condensarlos, lejos de introducirlos en series donde el juego de las comparaciones, grados y matices les permitiría entrar en relaciones susceptibles de desbordar indefinidamente las relaciones actuales de la experiencia sensorio-motriz. Incapaz aún de conferirles esta movilidad ideal, está en conflicto por otra parte con la movilidad de los actos cuya renovación no cesa de solicitar el mundo exterior. De ahí la tortura frecuente del niño en presencia de situaciones que encuentran fácilmente su solución en las intuiciones sensitivo-motrices del chimpancé. Esta oposición muestra que el origen de los conceptos no podría ser buscado en los esquemas relativos a las reacciones inmediatas que las circunstancias hacen surgir de todo ser vivo, según su nivel de organización. No son el simple calco intelectual de estos esquemas.[12] Pertenecen a otro sistema cuya evolución está vinculada a la existencia de las sociedades humanas.

[12] Véase el capítulo anterior.

Capítulo III

MITOS Y RAZÓN

El estudio comparado de la inteligencia por la cual se enriquece la acción inmediata frente a situaciones concretas y frente a las cuales se expresa, se fija, se transmite en forma de pensamiento, está también dominado por una contradicción. Con toda la seducción de su notable talento, Charles Blondel, en un artículo póstumo,[13] le ha dado su forma más radical. Dos sistemas contrarios están en pugna, o por lo menos lo han estado hasta una época reciente en la historia de la humanidad. El de la acción experimental, de donde nacen las técnicas, el conocimiento de sus principios, la ciencia y la razón. El de los ritos, mitos, creencias y leyendas tradicionales que dan al hombre una imagen irracional de sus orígenes y del mundo. Uno debió, poco a poco, conquistar terreno sobre el otro, haciéndolo retroceder en la medida en que la conciencia del hombre se identificaba más con una concepción física del universo. Se desarrolló como un todo homogéneo y cerrado a expensas de las ilusiones que el hombre perseguía por medio de ceremonias, relatos, instituciones, representaciones religiosas y sociales. El pasaje de la inteligencia práctica a la inteligencia científica sería directo. El orden de las cosas se impondría al espíritu del hombre como si fuera la operación progresiva de un calco sobre la placa sensible del organismo psicomotor. Habría una experiencia en sí; sus leyes serían las de todo pensa-

[13] Charles Blondel, "Intelligence et technique", en *Journal de Psychologie*, julio-diciembre de 1938, París.

miento normal. Así se enfrentarían dos principios, entre los cuales no habría más relaciones que las de exclusión recíproca.

Este mecanismo de la razón y de los mitos tiene su fuente directa en los estudios de Lévy-Bruhl sobre la mentalidad primitiva, que Ch. Blondel ha citado y comentado a menudo. El principio director en el cual Lévy-Bruhl siempre se ha empeñado, ha sido prohibir *a priori* toda tentativa de interpretar con la ayuda de nuestras propias ideas las que otras civilizaciones han podido producir. Lejos de introducir nuestras maneras de pensar, es necesario al principio considerarlas exteriores y extrañas, si no queremos arriesgarnos a alterar su significado. Solamente deben servirnos para comprenderlas, si es posible, las circunstancias objetivas que se asocian a ellas. Lo esencial es recogerlas tal como nos son atestiguadas por sus propios medios de manifestaciones y consecuencias. Sobrepasar lo que éste permite afirmar de ellas, es caer en la ilusión de las explicaciones antropomórficas.

A este principio de método se ha adherido el postulado de un contraste radical entre nuestras maneras de pensar y las que, para mayor comodidad de expresión, Lévy-Bruhl ha calificado de *primitivas*, aunque las instituciones correspondientes tengan un nivel de organización y de complejidad que suponen una evolución social, intelectual y moral ya muy larga. A nuestro mundo intelectual, que se funda en el análisis de lo real con la ayuda de conceptos netamente definidos, ha opuesto un mundo en que todo lo que existe se dispone bajo mitos como bajo las potencias que lo explican y lo hacen existir. A la preocupación que posee nuestro espíritu de encadenar una conclusión a premisas que la contienen exactamente, ha opuesto la mentalidad *prelógica*, que se contenta con relaciones entre términos que no tienen entre sí una medida común y cuya reunión permanece irreductible a los cuadros más corrientes, más indispensables, según parece, donde puedan distribuirse las cosas. Al acontecimiento, cuya causa es atribuida a enlaces de circunstancias que la experiencia muestra dotados de eficacia y de necesidad, opone la creencia en acciones mágicas o místicas, cuyos efectos podrían suscitarse de modo más o menos arbitrario por medio de encantamientos y simulacros. Para explicar esta discordancia entre dos formas de pensamiento que

pertenecen a dos etapas distintas de la civilización humana, ha terminado por oponer a las categorías intelectuales, que estarían fundamentalmente de acuerdo con la naturaleza de las cosas y el curso de los acontecimientos, una categoría afectiva de donde surgirían la creencia y la apelación a las potencias sobrenaturales que el primitivo cree que penetran, modifican, dirigen sin cesar, las acciones de las cuales depende su suerte y su vida.

En el plano individual, Piaget [14] adopta una concepción muy análoga cuando opone también radicalmente el razonamiento del niño al del adulto. De nuevo aquí aparece un contraste entre un pensamiento que mezcla perpetuamente el deseo con lo real; con las ligazones lógicas, necesarias o experimentales el accidente vivido, el incidente fortuito; con el orden objetivo las disposiciones íntimas, el sentimiento, los hábitos, el devenir individual. Es esto lo que Piaget quiere explicar por el *egocentrismo*, aunque el yo del niño esté más bien en estado de nebulosa que de núcleo, disperso y difuso en sus impresiones, enajenado en otros y en las situaciones por que pasa sucesivamente, y lejos de saber apropiárselas, para relacionarlas consigo como lo cambiante y lo diverso con lo idéntico y lo permanente. Un período de participación indivisa con la totalidad de sus experiencias precede a aquélla en que se tornará capaz de afirmar su persona frente a lo que no lo es, con las cosas y los seres, y por consiguiente hacer de ella un foco para sus pretensiones frente a las realidades circundantes.

Sin embargo, del egocentrismo que tropieza con los puntos de vista opuestos o divergentes de otros y obligado a tenerlos en cuenta, Piaget quiere derivar la evolución del pensamiento infantil hacia la fase adulta. Este progreso estaría ligado a un progreso de sociabilidad. El día en que la existencia de los que lo rodean se volviera sensible, aprendería a salir de su aislamiento psíquico, para imaginar relaciones de reciprocidad y sacar de la reciprocidad entre personas la noción de relaciones neutras y objetivas entre las cosas. Pero sin duda es necesario invertir el orden de los factores. El niño comienza por

[14] J. Piaget, *La representation du Monde chez l'enfant*, Alcan, París, 1926.

una sociabilidad estrecha con su ambiente humano, puesto que comienza por estar en estricta dependencia con éste. No pudiendo subsistir sino por él, no teniendo ninguna necesidad, ningún apetito cuya satisfacción pueda obtener sin su intermedio, sin su intercesión, debe orientarse hacia él y sobre él deben modelarse todas sus aptitudes intuitivas. Está impregnado de él en todo nuevo despertar de su conciencia. Lo que necesita no es un progreso, es una disminución de sociabilidad. Debe poder recuperarse frente a otros. Esta delimitación, lejos de dirigir la evolución intelectual, no puede ser sino su efecto. Para disociarse, en las pruebas por que pasa el sujeto, lo que es suyo y lo que proviene de influencias exteriores, es menester un poder de diferenciación, de crítica y análisis que no es afectivo, sino intelectual. En cada edad, la sociabilidad adquiere la forma que el nivel de organización mental le posibilita u ordena; no le corresponde reglar las relaciones que la inteligencia discierne entre las cosas.

Si la maduración del aparato psíquico es la condición, para el individuo, del cambio que le hace pasar de la inteligencia infantil a la del adulto, ¿cómo podrá resolver, en la historia de las civilizaciones la contradicción supuesta entre la inteligencia práctica y los sistemas ideológicos cuyo espectáculo ofrecen las primeras sociedades humanas? Así, para Ch. Blondel como para Lévy-Bruhl, la acción sobre las cosas sería una fuente de experiencias de donde surgiría, por progresos sucesivos, todo el edificio del conocimiento racional y de la ciencia. Por oposición, los mitos, las prácticas místicas y mágicas responderían a la imagen que la sociedad se forma de sí misma, de sus orígenes, su organización, sus destinos. La socialización intelectual del niño, según Piaget, tornaría objetivo su pensamiento; por el contrario la influencia de las representaciones colectivas o sociales según Lévy-Bruhl y Blondel, dividirá el pensamiento del primitivo en prelógico y experimental. Lévy-Bruhl no ha explicado la reducción de uno a otro. Tal no sería, en efecto, su objetivo. Quería, sobre todo, presentar como inconciliables dos tipos de pensamiento, uno de los cuales considera estrictamente racional y el otro esencialmente místico. Los encara de manera estática y no le inquietan las etapas intermediarias

que podrían mostrar cuáles elementos son susceptibles de transformarse y su modo de transformarse.

El problema se presenta mucho más arduo con Ch. Blondel, puesto que al contrario, se ha aplicado a distinguir entre lo que es el origen del conocimiento objetivo y lo que le es contrario. Sin duda ha sentido la punta aguda de una contradicción. ¿No había escrito que la razón es el don espléndido que el hombre ha recibido de la sociedad? Pero no por eso llega menos a oponer la ideología específicamente social de las civilizaciones más primitivas que sea posible alcanzar, al desarrollo de los conocimientos experimentales y científicos que tienden hacia la razón como hacia su límite. Para resolver una contradicción, es más expeditivo abordar los términos irreductibles que asimilarlos entre sí u omitir uno de los dos, tal cual hemos visto hacer anteriormente.

Las condiciones necesarias para el desarrollo del pensamiento se destacan bien si comparamos la inteligencia del niño con la del primitivo. No porque las causas de la insuficiencia sean las mismas, sino porque son inversas. Las semejanzas varias veces puestas de manifiesto entre sus representaciones de las cosas constituyen, en efecto, una paradoja. Cada época tiene su bagaje de conocimientos, que son los únicos que pueden asegurar el acuerdo del individuo con las realidades sociales y físicas de su tiempo. No podemos enfrentar al niño separadamente del medio en que se opera su crecimiento y que lo configura desde que nace. El universo al cual debe adaptarse, sobre el cual modela su actividad y sus impresiones, no es una especie de universo en sí, invariable y eterno; es el conjunto de los objetos propios de la época: su cuna, su biberón, sus ropas, el fuego, la luz artificial; más tarde, los muebles cuyas estructuras manipula, las herramientas que le dan sus hábitos o le enseñan a dar forma a las cosas; las instituciones en que se inserta su existencia y también las técnicas del lenguaje, de la explicación, de la comprensión que reglan sus pensamientos, que le imponen, a través de los cuadros conceptuales o lógicos, el delineamiento de las fuerzas y de los objetos que pueblan el mundo puesto hoy a su disposición por siglos y siglos de civilización, de elaboración material y mental.

Si la actividad del niño es dirigida en sus motivos y sus medios por su círculo actual, ¿cómo podría, al mismo tiempo, ser una especie de primitivo? Y por otra parte, si los sistemas de creencia que se observan en el primitivo son el resultado de elaboraciones ya muy adelantadas, y en relación con sistemas de vida, de sociedad, cuya proyección sería su representación de la naturaleza, ¿cómo podrían volver a encontrarse en un niño cuyo ambiente ignora todos sus ritos y sus simulacros? Habría que escoger una de las tres hipótesis siguientes.

Las etapas que ha atravesado el pensamiento desde los primitivos hasta nosotros es una historia inscripta en la sustancia de la especie, de tal manera que cada individuo debe repetirla por su propia cuenta, aunque a paso precipitado. Es la conocida tesis de la conformidad entre la ontogenia y la filogenia con el agravante de que se aplicaría no sólo a la morfología del organismo sino a sistemas ideológicos, que supondría la herencia de los caracteres adquiridos y, entre éstos, los que parecen menos ligados a las estructuras anatómicas. Eso sería identificar la función con un objeto o un contenido particular y admitir, por ejemplo, que la herencia de la palabra no se limita a la aptitud de aprender un lenguaje cualquiera, sino que procede de todos aquellos que han hablado los antepasados. Los hechos son netamente contrarios a esta suposición. No obstante, ciertos autores, como Freud, creen en la reviviscencia en cada individuo de impresiones provenientes de frases superadas hace mucho tiempo por la civilización y aun de las que han precedido a la civilización. Otros, como Jung, identifican con lo que él llama la *paleopsiquis* un inconsciente que respondería a las creencias y tendencias más antiguas de la humanidad. He aquí una concepción cuyo substrato biológico es difícil de imaginar.

Luego se podría suponer que el sistema mismo de nuestras ideas pasaría por fases unidas por una solidaridad tal, que ninguna de ellas resultaría posible sino después de aquélla de donde procedería según una filiación necesaria. Lo lógico de este desarrollo prevalecería sobre la acción del medio que rodea al niño. Su crecimiento intelectual opondría por mucho tiempo al material verbal, técnico, ideológico de su ambiente, formas de pensar profundamente extrañas. Habría así discor-

dancia entre las etapas sucesivas de su evolución y los únicos instrumentos de actividad mental de que dispondría. Nada parece justificar esta hipótesis. Por el contrario, muchos ejemplos muestran que la influencia del medio puede ser lo bastante inmediata como para reemplazar de repente, de una generación a otra, o en el individuo trasplantado joven, un sistema de ideas arcaicas por otro, cuyo lugar en la evolución de las civilizaciones es mucho más tardío.

En consecuencia, en las analogías entre los modos de pensar del niño y del primitivo, existen tan sólo simples coincidencias, más bien que un verdadero paralelismo. Sus causas no son por otra parte menos interesantes de analizar. En general, podría decirse que las manifestaciones del pensamiento suponen un material apropiado de expresiones verbales, de representaciones intelectuales, de razonamientos. Si el material de que dispone nuestra época ha debido elaborarse, como lo muestra la historia humana, a lo largo de muchos siglos, la situación del primitivo y la del niño pueden en ciertos momentos coincidir por cuanto el primitivo carecía de los instrumentos que utiliza el pensamiento moderno, mientras que el niño no sabe aún utilizarlos, por falta de aprendizaje, y, sobre todo, de maduración.

En el niño, los centros nerviosos de la vida intelectual, es decir, las regiones y los sistemas de la corteza cerebral de más reciente evolución y que son los últimos en mielinizarse, es decir, en poder funcionar, dejan largo tiempo una especie de autonomía a las actividades sensorio-motrices y afectivas, que deberán caer bajo su control. En el primitivo también la preponderancia puede corresponder a la vida afectiva y a la actividad sensorio-motriz, porque el control intelectual no dispone de los sistemas ideológicos y los medios de pensamiento abstracto que la civilización de hoy ofrece a cada individuo. Es, además, todo su régimen de vida lo que los mantiene en primer plano. ¿Cómo, en efecto, su lenguaje le proporcionaría significaciones y medios de evocación en relación con la causalidad impersonal, si no dispone aún de técnicas tan desprovistas de intervención subjetiva como puede ser la utilización ahora común de la electricidad?

La similitud de ciertas reacciones intelectuales en el niño y

en el primitivo, ambos privados de los medios necesarios, uno por una provisoria ineptitud para emplearlos, otro porque estaban todavía ausentes del ambiente en que se formó su espíritu, se asocia también a las dificultades que necesariamente conducen al ejercicio del pensamiento. Dichas reacciones tienen, en efecto, algo esencial, que resulta de una antinomia entre las condiciones de la representación mental y el intercambio vivido de acciones y de reacciones por las cuales se traduce inmediatamente, en la experiencia práctica de cada uno, la existencia simultánea de sí mismo y del medio. Las dificultades con que choca el niño son las que ha encontrado el pensamiento humano en sus comienzos. Es posible comprobar su gravitación hasta en la historia de la filosofía, que pertenece, sin embargo, a un período muy reciente de la especie, en que ya el espíritu humano está en posesión de medios técnicos e intelectuales muy desarrollados: escritura, símbolos que posibilitan la discusión abstracta, poder de analizar las operaciones del pensamiento y las relaciones del pensamiento con las cosas.

Sin embargo, por más notables y frecuentes que sean las coincidencias entre el pensamiento del primitivo y el del niño, no impiden la existencia de diferencias profundas sobre las cuales es bueno insistir, pues hasta ahora la comparación ha sido más asimiladora que diferenciadora. El niño comienza por estar a la vez mucho menos evolucionado y mucho más próximo a nosotros que el primitivo. Más próximo porque entre él y los que lo rodean apenas hay separación. Se adapta al adulto a consecuencia de la necesidad que tiene de él. Adopta sus modalidades por especie de intercambio constante, del cual comienza por ser simultáneamente, luego sucesivamente, polo receptivo y polo activo. Los mismos simulacros expresivos, el mismo lenguaje, los mismos gestos a propósito del mismo objeto, con la sola diferencia de las insuficiencias provisorias que al principio traban su actividad. La realidad que le da forma es la misma que ha modelado al adulto de hoy después que al de ayer. Así se opera incesantemente la convergencia de uno hacia el otro. ¿Es sorprendente que el adulto haya podido equivocarse a menudo en este punto no viendo en el niño más que un simple diminutivo de sí mismo?

Es sin embargo mucho menos evolucionado que el primitivo, porque sus sistemas de pensamiento son mucho más rudimentarios y constituidos por conjuntos cuyas piezas se ajustan mal. Lo demuestra si se le formulan preguntas que lo inducen a dar la explicación de las cosas, o a dar cuenta de sus cambios. Pero sobre todo le falta lo que algunos destacan en el primitivo como un signo indeleble de su mentalidad mística y prelógica: el sentido de las potencias invisibles que mezclarían lo sobrenatural con lo natural, el poder de crear ficciones que darían al mundo sensible un doble mítico y a los datos de la realidad una envoltura de virtualidades diversas. Cuanto más, tiene ilusiones indefinidas u oscuros terrores, cuyo motivo, cuando existe, debe sin duda sus orígenes a ciertos relatos del adulto.

El sueño, por ejemplo, que para el primitivo es un medio de acceso privilegiado al mundo invisible, conserva para él su irrealidad. Aun a los 6; y 6;½ algunos niños, interrogados sobre este tema, parecen apenas saber de qué se trata, seguramente porque no sueñan, sino porque sus sueños no abren perspectivas en su vida mental. Un niño de 6;6 responde: "El sueño es cuando uno ronca". Dos niños de 6; refiriendo su sueño, muestran indiscutiblemente que no los ilusiona.

Uno dice que sueña con lobos: "¿Qué hacen los lobos? ¿Tú los oyes o los ves? — *Los veo.* — ¿Son más grandes que tú? — *Sí, señor* — ¿Son malos? — *Sí.* — ¿Quieres salvarte? — *Sí.* — ¿Dónde están los lobos? — *En el bosque.* — Cuando tú sueñas, ¿están en tu cuarto? — *No, en los bosques.* — ¿Pero cuando los ves por la noche? — *En mi cuarto.* — ¿Entonces están en tu cuarto? — *Yo sueño, ellos están en los bosques.* — ¿Qué es un sueño? — *Uno siente miedo.* — ¿Por qué se sueña? — *Porque se tiene miedo.* — Cuando tú sueñas, ¿hay verdaderamente lobos? — *No.* — Si no es cierto, entonces, ¿cómo puede suceder el sueño? — *Sucede en nuestra cabeza.* — Pero si están en la cabeza, ¿cómo puedes ver el lobo delante de ti?... — ¿Sueñas con otra cosa más que los lobos? — *Sí, con ratas.* — ¿Dónde están las ratas? — *En la cueva.* — ¿Pero cuando tú sueñas, ves la cueva? — *Sí.* — Entonces, ¿dónde estás tú? — *En mi cuarto, en mi cama.* — ¿Y las ratas? — *En la cueva.* — ¿Entonces están en la cueva, no están en tu cuarto? — *Es un sueño, yo duermo.* — Tu hermanita que se acuesta contigo,

¿ve los sueños? — *No.* — ¿Por qué? — *Ella duerme.* — Si no durmiera, ¿vería? — *Sí.* — ¿Dónde? — *En mi cabeza.* — Entonces si estuviera despierta, ¿vería en tu cabeza? — *No*".

Manifiéstase en estas respuestas cierta confusión. El niño se encuentra en pugna con tres clases de lugares que no sabe cómo unificar: el círculo de los animales que ve en sueños, o lugar de la escena, su propio lugar de soñador o lugar personal y por último el lugar del sueño en cuanto sueño, es decir, su propia cabeza. De estos tres espacios, aquel en que se mueve la imagen de los lobos es considerado sin duda imaginario, aunque las fórmulas del niño tengan al principio un giro bien realista. Aquel en que él sabe que duerme, o ha dormido, es necesariamente objetivo, en cierto modo es su propio espacio personal. Aquel que da como asiento efectivo de su sueño lo es también obligatoriamente y por definición, sea que esta localización de las imágenes en la cabeza responda a alguna impresión cenestésica, a una especie de intuición negativa, a un razonamiento o a una simple tradición. Ni por un instante parece ceder a la ilusión de que el sueño haya podido trasladar su ser de los lugares en que él se había dormido, a aquellos donde podría participar personal y realmente en la escena del sueño. Parece pues, más próximo de su contemporáneo, el adulto, que del primitivo. Pero en esto no es ilusión, es creencia. No confunde el mundo de sus sensaciones y sus actos con el de las presencias invisibles, donde corresponde al sueño introducido. Concibe su existencia como implicando relaciones determinadas, cuya clave busca. Si los sueños son para él algo más que simples imágenes, lo son a la manera de nuestras representaciones científicas, que dan a las cosas su verdadero sentido y permiten preverlas o modificar sus efectos. El niño, por el contrario, no sabe aún conciliarlas con los otros planos de su experiencia. Si reconoce su irrealidad, como el primitivo a su modo, queda todavía confundido por la distinción entre la representación pura y lo real.

He aquí las respuestas del otro niño, también de 6: "¿Qué es un sueño? — *Eso quiere decir, que uno se acuesta y sueña, se cierran los ojos y se sueña.* — ¿Qué has soñado tú? — *Soñé que una señora se arrojaba al agua con su bebé.* — ¿Conoces a esa dama? — *No, puesto que estaba soñando.* — ¿Es verdad

FOTOCOPIAS delivery
155-743968/4-222834
fotocopias_delivery@yahoo.com.ar

un sueño? — *No era verdad, pero yo la he visto.* — ¿No es verdad lo que se sueña? — *No, puesto que yo no la he visto más después.* — ¿Dónde está el sueño cuando se sueña? — *Es cuando uno cierra los ojos.* — Pero, ¿dónde pasa eso? — *Cuando uno duerme.* — ¿Pero dónde pasa eso? — *En mi cabeza.* — ¿Tú ves eso en tu cabeza? — *Yo sueño en mi cabeza.* — Cuando tú sueñas en tu cabeza, ¿duermes o no? — *Duermo.* — Pero si eso pasa en tu cabeza, ¿cómo puedes ver las cosas? — *Durmiendo.* — ¿Se puede ver lo que tú sueñas? — *No... Yo he soñado que un señor se pegaba un tiro en el vientre.* — ¿Conocías a ese señor? — *No.* — ¿No se puede soñar jamás con personas verdaderas? — *No.* — ¿Podrás soñar con tu mamá? — *No.* — ¿Por qué? — *Porque yo no sueño.* — Sí, ¿pero podría suceder que tú sueñes con ella? — *No, no puede ser, porque no sueño con ella.* — Pero, ¿por qué? — *Porque yo sueño con otras personas y no con ella.* — Las personas con quienes tú sueñas, ¿son verdaderas? — *Sí, a veces, yo sueño con personas de mi país (Montargis).* — ¿Pero por qué no con los de Boulogne? (residencia del niño). — *Yo no sueño con ellos.* — ¿Pero los demás? — *Yo sueño con los de Montargis a menudo.* — ¿Y sueñas con tu maestra? — *No, nunca, nunca.* — ¿Y con las personas de Montargis? — *Sueño con las personas en cuyas casas he estado. Es un hombre que se llama L.* — Cuando tú sueñas con L., ¿dónde está él? — *En la fábrica.* — ¿En el momento en que tú sueñas? — *Me tira al agua.* — ¿Te despiertas cuando te tira al agua? — *No.* — ¿Pero tú lo ves? — *No, no lo veo, lo sueño".*

Aquí la oposición entre la realidad y el sueño es afirmada de la manera más neta. Dos momentos, dos actos distintos: ver y cerrar los ojos, estar en lo real y *delirar* o *soñar*. Este contraste apuntalado sobre el vocabulario del adulto, sirve aún de medio para esquivar la dificultad de coordinar las relaciones de lugares o de imágenes que plantea la necesidad de empalmar las escenas a las cuales el sueño *incorpora* al que sueña en su verdadera situación de hombre que duerme. Pero el sesgo realista dado a este desdoblamiento muestra hasta qué punto sueño y realidad, representación y hecho están todavía poco disociados y proyectados sobre un solo y único plan. En efecto, por una especie de ilusión negativa, todo lo que es imagen de

sueño, al principio no parece susceptible de tener su doble en la realidad. Después, atenuándose esta exclusión, se siente que únicamente pueden ser personajes de sueño, los personajes de recuerdo, los ausentes, los de afuera y del pasado. Lo que pertenece a la vida presente no puede ser materia de sueño. Al mismo tiempo el niño se muestra incapaz de discernir lo posible de lo que es: *No puede ser, porque yo no sueño con ella.* Fuera de la experiencia actual, no hay más que irrealidad; la imagen, la representación, constituyen un grado hacia lo irreal.

Las relaciones son exactamente inversas en el primitivo. En el mundo de las cosas y en el del sueño se mueven los mismos seres. Tienen una existencia sensible y una existencia imaginaria. La sensible está sometida a influencias que la superan, y la imaginaria es lugar o fuente de eficiencia. Es la más real de las dos porque domina a la otra como la causa domina al efecto. Para el adulto de nuestros días, el sueño no es sino ficción, pero de lo imaginario se ha escindido la imagen racional y científica de las cosas. El niño está aún lejos de hacer la distinción, que refiere la fórmula de lo eventual a la del simple hecho. Los dos planos de la realidad vivida y de la realidad imaginada, preludio de la realidad razonada, son aún indistintos.

En el primitivo, la tentativa de explicar lo visible por lo invisible no es una especie de aberración que lo distraería de lo real y que, a la inversa de nuestro esfuerzo orientado hacia el conocimiento científico, le haría preferir lo sobrenatural a la naturaleza. Es la condición indispensable de todo esfuerzo intelectual, si su objetivo es superar los datos de la experiencia simplemente vivida y descubrir, detrás de los efectos a los cuales nos incorpora nuestra actividad propia, las causas de donde resultan o podrán extraerse procedimientos para obrar sobre ellos de otra manera que reaccionando inmediatamente sólo por los medios sensorio-motores.

Lo que yo he propuesto llamar "la categoría de lo oculto" algún tiempo antes de que Lévy-Bruhl propusiera su "categoría efectiva de lo sobrenatural", traduce esencialmente el esfuerzo del espíritu por pasar de los datos brutos, efímeros, nunca completamente semejantes ni comparables entre sí, con-

fusos y subjetivos de la experiencia inmediata, al plano de la causalidad reflexionada. Esta superación aparece ya muy manifiesta en las creencias y ritos de los presuntos primitivos, tan contrarios a la estructura verdadera de las cosas y a los procedimientos que ellos mismos usan en sus relaciones físicas con el mundo físico, como nosotros podríamos juzgarlos. Entonces sus gestos, sus instrumentos, están en relación con las leyes de la mecánica, con lo que sus percepciones pueden hacerles saber acerca de las propiedades ligadas a las cosas y del curso habitualmente observable en los acontecimientos. Pero utilizan otra clase de instrumentos, cuando tratan de operar sobre las cosas por medio de la representación. Con frecuencia, además, las dos funciones interfieren, de ahí esas herramientas compuestas, semirrituales, semiprácticas, en las que el símbolo se incrusta en la forma exigida por la costumbre.

Entre lo efectivo y lo oculto no hay identidad. La efectividad no puede de ningún modo ser asimilada a un orden intelectual. Más bien se opondría a la actividad clasificadora y discriminativa de la inteligencia. Sin duda no está nunca completamente ausente de la actividad intelectual, sino que es más o menos reducida por las relaciones objetivas que el conocimiento tiende a introducir entre las cosas. Si cesa de ser simple estimulante o adivinación intuitiva para pasar al primer plano, no deja de oscurecer el trabajo intelectual y sustituye el orden del conocimiento por un orden diferente.

Por otra parte, una "categoría de lo sobrenatural" está en oposición con lo que Lévy-Bruhl mismo dice de lo primitivo, puesto que no sabe insistir bastante sobre la confusión que reina en su pensamiento entre lo natural y lo sobrenatural, es decir, entre los testimonios de la experiencia sensorio-motriz y las potencias, para nosotros irreales, con que el primitivo puebla el universo. Estas dos clases de existencia serían tan legítimas, tan naturales una como la otra. Pero la segunda tiene un coeficiente de eficiencia y de realidad mucho más elevado de lo que puede corresponder a lo que es simple impresión o simple manejo de las cosas. La diferencia entre las dos es la diferencia entre efectos que pertenecen al mundo de los sentidos y potencias que se manifiestan en él por efectos, porque están sustraídas en ellas mismas a la percepción sensorial. Límite evidentemente

móvil, puesto que los efectos pueden acabar por traducir integralmente la potencia de la que son resultado. Pero ésta es una distinción inicial indispensable al ejercicio del pensamiento.

Para oponer al pensamiento experimental de nuestros días la superposición que el primitivo hace de lo invisible en lo visible, Lévy-Bruhl cita a Mme. Parker: "¡Qué interesantes tornaban estos negros mis pasos por la maleza! Cada pináculo, cada llanura, cada curva del terreno tenía su nombre y, en general, su leyenda". A lo cual yo objetaba [15]; "Ante esos mismos aspectos del suelo un geólogo puede hacer experimentar el mismo género de maravilla, relatando de qué revoluciones terrestres son testigos. Entre el mundo místico y el mundo de la ciencia hay similitud de función. Uno y otro son el mundo de las causas, subyacente, o mejor, mezclado en el mundo de los efectos sensibles".

"Entre los australianos —decía también Lévy-Bruh!— y aun en muchas sociedades de civilización relativamente «avanzada», los mitos y la mayor parte de las leyendas y cuentos, como se ha visto, pasan por historias verdaderas [...] En nuestro espíritu, por el contrario, esta fluidez aparece incompatible con las condiciones de lo real, tanto lógicas como físicas. Todos, ignorantes y sabios, nos sentimos vivir en una naturaleza intelectual, cuya armazón está hecha de leyes necesarias y de formas fijas, que corresponden a conceptos. Nadie pues puede creer en estos cuentos, excepto los niños pequeños [...] En los cuentos de hadas [...] un gato, que es también un hombre, se convierte en un gran señor sin dejar de ser un gato. En menos tiempo del que se necesita para escribirlo, una calabaza se transforma en carroza, en una rata grande, en un cochero. Estamos aquí en un mundo tan fluido como el de los mitos de Australia y de Nueva Guinea, y no menos incompatible con las leyes de la naturaleza y las exigencias de nuestro pensamiento." [16]

Yo respondía: "La iniciación del niño en las leyes de la naturaleza y las imágenes que nuestro pensamiento llega a dar-

[15] Lucién Lévy-Bruhl, "Le réel et le mental" en *Journal de Psychologie*, mayo-junio de 1935, París; p. 467.
[16] L. Lévy-Bruhl, *art. cit.*, p. 479.

les, en los resultados que éste logra sacar, lo pone en presencia de un todo maravilloso tan sorprendente y hasta mucho más inconcebible para él. Basta, para darse cuenta de ello, tratar de representarle, frente a lo que ven sus ojos, lo que es el sol, en qué espacios se desplaza, qué realidades centellean en el cielo estrellado; tratar de preguntar —con el tiempo evidentemente— cómo el roble ha podido salir de la bellota, mostrarle, detrás de la luz que se enciende dando vuelta el conmutador, o detrás del tren que lo lleva, la caída de agua que «el hada electricidad» ha tocado con su varita. Aquí también la transformación de la cascada en electricidad, de la electricidad en luz o fuerza motriz, es casi instantánea y, a través de sus transformaciones, la electricidad no deja de ser electricidad. ¿Hay «fluidez» más grande en los mitos del primitivo o en los cuentos infantiles que en las metamorfosis de la naturaleza y en las que se deben a la industria del hombre?"

Esta comparación no tiende evidentemente a negar las diferencias inmensas que el progreso de las civilizaciones y del conocimiento han intercalado entre el círculo maravilloso de los mitos y el de las ciencias. Se trata solamente de mostrar que lo absurdo, lo incoherente, no están en lo desigual y en lo cambiante. Para hacer medir a qué distancia de los dos queda el niño, basta indicar la pobreza de sus ficciones y sobre todo su impotencia para sacar una explicación cualquiera de los seres míticos que le entrega la tradición.

Sólo a los 7 u 8 años se torna capaz de crear personajes de fantasía. Aun entonces es dudoso que sepa hacerlo solo. A menudo es en colaboración que se teje una leyenda pueril, o adquiere forma un ser fantástico; la circunstancia o el detalle que suministra uno de los jóvenes interlocutores suscita en otro alguna circunstancia o detalle complementarios. Anatole France guardaba el recuerdo de un personaje feo y grotesco que había modelado imaginativamente con su hermana; era huésped de su jardín, y años más tarde uno de ellos se puso de repente a evocar el nombre para gran alegría del otro y estupefacción de los padres. A veces el mayor desempeña el papel de relator, imitando la actitud del adulto frente a él mismo y ensaya sus efectos, limitándose la colaboración de los más pequeños con frecuencia a su rostro maravillado, a sus preguntas o aun a su

incompresión. Estas historias quedan al margen de la realidad. No sirven de explicación. Es un mundo en que el niño se refugia, lejos de la curiosidad o de las burlas del adulto. Es un juego.

Ocurre, sin embargo, que apremiado por una pregunta, invoca él también potencias supremas: el Buen Dios, el niño Jesús, proporcionados por las enseñanzas de los adultos. Pero su integración con el resto de las respuestas es de las más torpes. Si las invoca, es habitualmente simple impotencia para hallar una causa más pertinente; es una derrota. La mayor parte de las veces, además, se trata de explicar lo que pasa en el cielo de las intemperies o en el de los astros. Es preciso suponer agentes allí en lo alto, donde no hay hombres. El Buen Dios hace caer la lluvia, enciende el sol o la luna, corta el sol en pedazos, con los cuales forma las estrellas. Pero si tiene necesidad de agua, debe sacarla del Sena con ayuda de una cuerda. El niño Jesús trae consigo la mención de Papá Noel, sin duda, por intermedio de los juguetes, pues se siente que ellos dos son quienes los distribuyen. ¿Cómo conciliar entonces sus relaciones y su papel en el Cielo? Luego, Papá Noel lleva al niño Jesús a la escuela. Pero ésta implica muchos niños. Contrariamente a sus primeras afirmaciones, el niño admite que hay varios niños Jesús. Habiendo respondido que ha visto a Jesús en su pesebre, después debe prestarle alas para ir al cielo, lo cual sin embargo es contrario a la imagen que le autorizaba su testimonio. La fabulación es la consecuencia espontánea de una explicación sin consistencia y azarosa. Es, además, muy floja. Se ve al mismo personaje multiplicarse en varios, identificarse con su efigie, siendo imaginado en el cielo y sobre la tierra sólo sucesivamente. Para dar cuenta del pasaje su figura tradicional es modificada.

Hay cierta distancia entre este realismo elemental, cuyo plano de existencia es único, y las ubicuidades frecuentes del mismo ser en las creencias del primitivo. Éstas han sido presentadas como un escándalo de la razón. Denotan aún, en efecto, la indiferenciación de los lugares reales y los lugares ficticios, o más bien la adherencia persistente del realismo local a lo que ya no es más realidad puramente corporal. Pero ya indican la liberación de la representación con respecto a la realidad. El

duende-hechicero que se pasea lejos del durmiente al cual está unido en existencia, es como la emanación de sus eficiencias y de sus potencialidades perversas. Sin duda hay todavía algo carnal, pues en estos vestigios, recientes, de la "mentalidad primitiva", lo visible y lo invisible, el efecto y la eficacia, la naturaleza naturada y la naturaleza naturante, no pueden ser aún imaginadas sino bajo las mismas especies. Lo invisible está siempre en las franjas de lo visible. Deja de ser invisible en ciertos casos, o para ciertos privilegiados, o en los sueños. Es, pues, una sublimación todavía muy concreta de las realidades que sufren en él sus transformaciones. Pero ya es el lugar de sus cambios que está más allá de sus apariencias actuales.

En cuanto al niño, no sabe todavía más que yuxtaponer entre sí los objetos de su experiencia directa. Explica el movimiento del mar por los peñascos o los del Sena por los escalones que descienden hasta él. Del mismo modo atribuye a los barcos la corriente que arrastra al río o las olas que agitan al mar. Tiene la experiencia de los impulsos que se producen de objeto a objeto, pero es tan incapaz de superar su aspecto puramente sensible, que no sabe reconocer en qué sentido operan. Frecuentemente hasta invierte alternativamente los papeles activo y pasivo de un término a otro. Es incapaz todavía de proyectar sobre un campo de fuerzas y de efectos virtuales la representación sistemática de los cuerpos y los movimientos.

La diferencia intelectual entre la edad del tótem y la de la ciencia es menos de nivel que de material y técnica ideológicos. Las potencias invisibles del primitivo evidentemente no guardan semejanza con las fuerzas que mide el físico, pero a su modo desempeñan el mismo papel. Son distintas de lo real, pero se mezclan, lo comprimen, lo invaden, forman parte de él. Son el doble del individuo o de su clan y se proyectan en alguna parte, en el pasado como ascendientes, en ciertos lugares reales o míticos como supervivencia de los muertos, pero permanecen ligadas al presente como espejo o más bien como principio de lo que ahora vive. Es una existencia oculta de donde procede la existencia visible, es el apoyo permanente de lo que está sometido a los cambios y accidentes de la vida. Es el mundo intangible de las causas.

Sin duda están allí los seres que parecen haber ocupado un puesto en la cronología, pero que al mismo tiempo sobreviven como una fuente permanente de acciones y de resultados. Los tiempos muy lejanos en que existían son presentados con frecuencia como anteriores al tiempo, es decir, como lo intemporal o lo eterno. Y parece que esta existencia eterna fuera una concepción que ha precedido a la necesidad de asignar al mundo mítico un lugar en la sucesión de los tiempos. Esta necesidad se ha impuesto cuando el tiempo se ha convertido en un orden de sucesión sistemático. Primitivamente se confundía con el sentimiento de la existencia subjetiva y con el retorno de algunas solemnidades tradicionales, que eran precisamente una evocación de los seres míticos de los cuales dependía el clan, una invocación a aquellos que eran su sustancia, su razón, su eficiencia con forma de imagen.

Al principio fuera del tiempo, el tótem terminó por ocupar su lugar en él con los ascendientes, cuando las generaciones sucesivas, ya susceptibles de contarse, han debido concebirse como la posteridad de seres distintos, a quienes se refería, en la duración ya distribuida de edades, la primera de estas edades. De su inmanencia inicial el doble ha emigrado luego hacia una existencia mejor individualizada, que ha sido necesario hacer retroceder hasta la época de los orígenes, imaginada ésta como distinta. El momento en que fue necesario imaginar una filiación histórica introducía ya una fisura en el mito. Era por lo menos el vehículo del ser, cuyo fundamento debía buscarse siempre fuera de lo que es simplemente probado o tratado, según la ocasión o las necesidades.

Las ceremonias de los primitivos tienden a resucitar la presencia, a provocar la asistencia de estas potencias tutelares. Son técnicas rituales muy rigurosamente determinadas y que dan por su sistematización una especie de coherencia lógica a la categoría de lo oculto. Por obrar sobre lo real, permanecían orientadas hacia lo social más que hacia lo físico; pero servían de lazo primario entre las dos. Su propósito esencial era instituir relaciones entre los hombres, asentarlos sobre el soporte resistente de los clanes y tribus, poniendo así a los individuos y a las colectividades en condiciones de coordinar sus actividades. Pero al mismo tiempo las inscribían en los cuadros del

medio físico, atribuyendo a cada elemento del cuerpo social un territorio y sitio consagrados. Entre los dos se operaba una especie de unión sustancial por medio de analogías y leyendas. Las estructuras propias del mundo humano y del mundo físico les resultaban comunes. Haciendo de puente entre la sociedad y la naturaleza, preludiaban a los conceptos. Así el espacio, medio necesario de toda acción directa sobre las cosas, servía también de fondo a los ritos, creencias y representaciones que intentan superarla. La identificación de lugares delimitados y clanes, de lugares históricos y tradiciones propias del grupo, de lugares consagrados y orígenes totémicos preparaba el terreno para imágenes y sistemas de imágenes mejor desencarnadas, pero que no pueden ser distinguidas y asociadas sino distribuyéndose ellas también en una suerte de espacio mental.

Esta asimilación de los mitos sociales y de la realidad, sin duda introducía en las cosas distinciones tan extrañas a su naturaleza que nos parecen enteramente extravagantes. Y sin embargo, organizándolas en función de las únicas actividades concertadas, regladas, imperativas que esta etapa humana era capaz de aplicarles, dicha aismilación acarreaba un esfuerzo prodigioso de clasificación. Desde el día en que la actividad del hombre ha sido guiada por algo diferente de sus automatismos al servicio de sus necesidades, en que no estuvo limitada a las constelaciones más extensas y complejas, que las estructuras más ricas de su sistema nervioso le permitían realizar de inmediato entre todos los datos útiles de una situación actual; desde el día en que se ha sometido a ritos distintos de la cosa misma, en que ha querido realizar imágenes, expresar conceptos que superaban sus apariencias sensibles, desde entonces, ha comenzado el gran ensayo especulativo que debía determinar que nuestra especie adquiriera conciencia del universo, y, al mismo tiempo, que enriqueciera indefinidamente su propia conciencia, arrancándola a las simples alternancias depresivas o tónicas de los apetitos y su saciedad, de los sufrimientos nacidos de la necesidad, de los impulsos nacidos del deseo y de la apatía sin iniciativa ni espontaneidad que les sigue.

Lo oculto es una categoría, o más bien es la matriz de las categorías por intermedio de las cuales el hombre se ha esforzado en obrar sobre el universo, en pensarlo, conocerlo, juzgándolo distinto de las simples situaciones que pertenecen a la experiencia inmediata y bruta, suponiéndole una realidad más profunda que las apariencias del momento, y buscando otra cosa que la simple ocasión de sus propias conductas habituales o improvisadas, suponiendo principios de constancia, identificándolo con potencias durables, con influencias que hay que recibir o dominar, con razones sin duda previsibles. Colocando la eficiencia, más allá de los efectos sufridos, en seres cuyos poderes latentes se trata de captar y guiar por medio de ritos vinculados a su imagen, la categoría de lo oculto ha ligado por primera vez la acción a simples representaciones. Al principio, comienza por operar mediante la ayuda de la representación como tal, identificada mágicamente con el ser. Pero poco a poco las fórmulas se despojarán de su similitud con el medio humano para identificarse más con las relaciones observables entre el efecto obtenido y la técnica utilizada. Así el concepto se ajustará gradualmente a la cosa y a su naturaleza.

Sin duda, autores como Lévy-Bruhl o como Blondel han señalado que en la época de los mitos la vida práctica del primitivo se plegaba ya a las leyes de una causalidad mucho más conforme con la naturaleza de las cosas de lo que harían suponer sus creencias. Pero esta subordinación a las condiciones del medio se comprueba también en el comportamiento del animal más elemental. Su existencia no podría siquiera concebirse si la estructura de sus órganos o la de sus actos estuvieran en desacuerdo con las leyes del universo. Adaptarse en un grado por lo menos suficiente o desaparecer, es una alternativa a la que un ser no puede escapar. Pero la adquisición de sus leyes y su utilización por medio del conocimiento, es abandonar el plano de la simple concordancia regida por la selección, y por más ingeniosa que parezca esta adaptación, es pasar a un plano muy diferente de la actividad, en que el material utilizado deja de ser la cosa inmediata para ser las imágenes o los símbolos que es posible formar a su propósito bajo la fiscalización de su eficacia. Esta eficacia tiene muchas formas o grados. Es ritual y humana, antes de ser experimental y física. Pero el problema consiste en saber si las etapas inter-

medias no son las únicas que pueden modelar el aparato verbal y lógico, sin el cual la experiencia no podría inscribirse en los cuadros del pensamiento.

El tipo de nuestros conocimientos es hoy el de la ciencia. Sin embargo, bajo este nombre habría que hacer aún muchas distinciones. El tipo intelectual de la ciencia contemporánea no es más el de la ciencia cartesiana. Y si franqueamos sólo algunos siglos hacia el pasado, el tipo de conocimiento varía mucho más profundamente todavía, hasta tal punto que nos sentiríamos inclinados a considerar que no se trata más de conocimientos, sino de ilusiones, prejuicios y, finalmente, mitos. Estas nociones míticas respondían no obstante a ciertas formas de acción, sin duda superadas ahora, pero que han resguardado, durante miles de años, la existencia de las sociedades y protegido, aunque conteniéndolos, sus primeros progresos intelectuales. Representaron ciertas relaciones útiles de estas sociedades con el medio natural. Fueron un modo de agrupar las cosas de la naturaleza, imaginar sus fuerzas operantes, concebirlas, explicarlas, oponer o unir a estas fuerzas las del hombre. Cualquiera que sea la forma en que juzguemos estas representaciones en comparación con las nuestras, es imposible negarles el nombre de conocimientos. Implicaban técnicas. Técnicas más sociales, sin duda, que objetivas, más místicas que científicas, pero técnicas bien regladas, que tenían sus criterios y que permitían una comparación entre el esfuerzo dispensado y el resultado obtenido. Técnicas que han sido indispensables para el devenir, entonces muy lento, de las sociedades y, por consiguiente, del conocimiento mismo. Es a través de estas técnicas que se han elaborado los cuadros iniciales de la inteligencia y la reflexión.

Las relaciones del pensamiento con las cosas han sido referidas por los filósofos y los lógicos a categorías, es decir, a formas o principios de donde resultarían todas las series de relaciones que el pensamiento es capaz de reconocer o establecer entre las cosas. El análisis o la deducción de las categorías se ha operado en general sobre los productos de su actividad. Resulta de ello que se confunden con su estado en un momento determinado de la civilización. Sin embargo, los filósofos pensaban alcanzar, a través de las condiciones o los cuadros más constantes, más indispensables, que eran propios de su tiempo, los postulados de todo pensamiento posible. Es la certidumbre de un Aristóteles o de un Kant.

La consecuencia directa de esta creencia en la necesidad de ciertos principios eternos ha sido tornar dudosa la exactitud de las relaciones entre el conocimiento y su objeto, o aun escamotear al objeto que está detrás del conocimiento, llevando al agnosticismo, o al idealismo. Agnósticos son los filósofos como Kant, que, declarando al espíritu incapaz de captar nada sino a través de categorías *a priori*, lo condenan a volver a encontrar en las cosas su propia estructura y le prohiben el acceso a su ser esencial, a su realidad en sí. Idealistas son los que, partiendo de esta impotencia, se preguntan por qué ha de suponer el hombre un objeto que lo sobrepasa fuera de su conocimiento mismo.

Estos razonamientos se derrumbarían si se estableciera que las categorías actuales del conocimiento no tienen una constancia y una fijeza absolutas, que no han existido siempre bajo su forma presente y que están destinadas aparentemente a evolucionar aún. Sin duda nos parece hoy que entre las cosas tal como son y tal como las imaginamos, la similitud es tan exacta que el pasaje debe ser inmediato, que es necesario. Pero a medida que, alejándonos del tiempo presente, nos remontamos hacia las concepciones del pasado, parece ahondarse la separación entre las concepciones humanas y la naturaleza de las cosas. El ejemplo de los primitivos no es más que un término extremo. Pero examinando sistemas ideológicos mucho más cercanos a nosotros y de los que consideramos que proceden los nuestros, encontraríamos también singulares desemejanzas, por ejemplo, entre nuestras formas de pensar y las de Platón, entre sus concepciones del ser, la causalidad y las concepciones actuales. Sus imágenes, sus *Ideas*, ¿no guardan algo así como un reflejo de potencia mágica, que deja presentir la transición del pensamiento "místico" o primitivo a nuestras formas racionales de pensar? Marca una distinción muy neta entre lo invisible y lo visible, una preponderancia absoluta de la esencia espiritual sobre la apariencia sensorial de las cosas. En éste ve la simple degradación de aquélla. ¿No es de la misma manera que el primitivo, mezclando lo sobrenatural con la naturaleza, las potencias místicas con lo real, atribuía a las primeras una eficiencia

y una existencia soberanas? Con esto, ¿no anunciaba al hombre moderno, que postula la exacta semejanza de sus representaciones y de las cosas y que confía en sus ideas sobre lo real para modificarlo?

¿Se dirá que sólo los conocimientos adquiridos pueden justificar esta pretensión y que también sólo ellos son capaces de dar forma a los cuadros del conocimiento, de suscitar en el hombre la razón? Seguramente por su intermedio ésta se ha desarrollado en el curso de los siglos y cada sociedad ha podido integrar con algo de sí misma la evolución de la inteligencia humana. Sin embargo, no habría que desconocer las dificultades y contradicciones que cada progreso del conocimiento le imponía resolver, en presencia de una realidad otra vez rebelde, y que debía serlo por la reforma del mismo instrumento racional. Hay épocas en que el esfuerzo del pensamiento parece haberse realizado para forjar y depurar los principios de la razón, más bien que para aumentar la cantidad de los conocimientos. Por ejemplo, la época griega, entre Pitágoras y Platón, pasando por los sofistas, cuando el racionalismo busca desprenderse del misticismo y fijar las bases del razonamiento verdaderamente demostrativo; el esfuerzo de Aristóteles, para inventariar, sin duda, los conocimientos de su tiempo, pero con el fin de hacerlos entrar en los cuadros del pensamiento; después esa otra época de áspera y sutil elaboración conceptual, que es la escolástica medieval.

Este trabajo no terminará jamás, en tanto progresen nuestros conocimientos. Hay instantes en que la ciencia está obligada a transformar sus principios esenciales: es el caso de la física en nuestro tiempo. Esta necesidad es un escándalo sólo para aquellos que oponen una ilusoria estabilidad, y los principios pretendidamente definitivos de la razón, a las transformaciones forzosas del espíritu a medida que penetra más profundamente en lo real. La fórmula de las categorías no se da una vez para siempre. Ellas acompañan la actividad humana en su poder de utilizar las cosas. Son en cada fase del pensamiento aquello que los medios de que dispone el hombre quieren que sea. Desde entonces no hay que elegir más entre agnosticismo o idealismo. Éstos ceden lugar a un realismo que no es la creencia en una identidad inmediata entre la impresión bruta que nos

causan las cosas y su esencia, sino por el contrario, la certeza de que progresando y transformándose nuestros conocimientos son, en cada época, el testimonio de las leyes y estructuras que nuestras técnicas nos permiten descubrir y poner en juego en la naturaleza.

Las consecuencias de esta estrecha atadura entre el espíritu y las cosas son de un alcance imprevisible. El ordenamiento de la razón por las necesidades del conocimiento no es irrevocable. Distinciones que parecían haber llegado a ser fundamentales pueden ser invertidas. Ciertas amputaciones de la sensibilidad y de la inteligencia pueden no ser sino provisorias. Puede parecer que tales modos de relaciones intuitivas con los seres, las cosas o el universo estén en regresión. No es seguro que no puedan revivir a resultas de un nuevo rodeo del pensamiento en su contacto con el mundo. A partir de ahora es posible que fecunden oportunamente los esfuerzos más objetivos de nuestras sociedades contemporáneas y de nuestras ciencias. No hay fuerzas que se anulen para siempre, aun cuando debemos considerarlas superadas y pertenecientes a una forma de acción o de mentalidad más primitiva que la nuestra.

Pero si es así, la contradicción no puede ser, como lo suponían Levy-Bruhl, Blondel o Piaget, entre nuestro tipo actual de pensamiento y los otros. Es necesario encarar esa contradicción que opone la inteligencia de las situaciones, donde se fusionan la acción y las cosas, y la inteligencia que opera con representaciones y símbolos, después de haber elaborado este material desde las civilizaciones más lejanas. ¿Se puede captar el pasaje de una a otra? Es un problema muy ambicioso, pero del cual es posible indicar aquí por lo menos algunos factores psicológicos.

FOTOCOPIAS
delivery
155-743968/4-222834
fotocopias_delivery@yahoo.com.ar

Segunda Parte

LOS PRELUDIOS PSICOMOTORES DEL PENSAMIENTO

CAPÍTULO I

LAS PRIMERAS FASES

La complejidad o la diversidad de las soluciones surgidas en presencia de situaciones concretas no pueden llegar a suprimir el umbral que se levanta entre la inteligencia puramente práctica y la que parte de los mitos y ritos, para transformarse, con el progreso de las civilizaciones, en conocimiento racional y científico. Sin duda es imposible que coexistiendo no sean utilizadas ambas sucesiva o simultáneamente por el acto en curso de previsión o de ejecución. Pero, en principio, las distingue una diferencia esencial. Una se agota completamente en las circunstancias que utiliza y en los resultados que produce. La combinación de los medios no es para ella sino la aplicación de recursos actualmente proporcionados por la disposición de los lugares y las cosas. La combinación de movimientos no expresa más que el poder de reordenar el campo operativo hasta hacerla coincidir con el efecto a obtener. Por más ingeniosos que sean los rodeos utilizados, por más sutiles que sean los gestos, su razón de ser se confunde con su ejecución presente. Su sola significación, son sus consecuencias inmediatamente aparentes. Por el contrario, un gesto ritual no significa nada sino en relación con un prototipo, no tiene otro motivo que obtener por su intermedio un resultado cuyas condiciones o posibilidades no pertenecen, totalmente al menos, al campo de las circunstancias presentes. Es menos un acto que figuración de un acto. Las consecuencias buscadas no están en él, sino en las fuerzas que tiende a evocar, es decir, en lo que representa. El rito introduce la representación, y por él la representación se

convierte en el intermedio o condensador de una eficiencia que no radica más en el simple manejo bruto de las cosas, en la simple acción muscular al contacto de los objetos.

La apariencia puede al principio inducir a error sobre el porvenir respectivo del gesto práctico y del gesto ritual. Uno es inventivo, es guiado por una especie de intuición plástica que le hace experimentar y utilizar las cualidades o propiedades de las cosas. Sus tanteos guían el conjunto de las operaciones en las cuales se combinan y se fundan las circunstancias favorables al éxito. Es fuente de una habilidad que puede llegar a ser simple destreza, o posesión latente de procedimientos familiares. El otro es estereotipado de inmediato. A veces, como en el niño, parece resultar automáticamente la tendencia elemental que tiene la fórmula de nuestros actos a repetirse, bajo la influencia de circunstancias análogas o hasta por una suerte de persistencia autónoma. La invención le parece totalmente extraña. Sin embargo, la adquisición de conductas prácticas, aun variadas, no puede renovarse indefinidamente, y su utilización oportuna no puede impedir que se conviertan en rutinas en el animal adulto y que dejan obnubilar su poder de organizar libremente su campo de actividad. Al contrario, abriendo al individuo a las influencias del medio que le proporciona su modelo, el gesto ritual que puede ser de un nivel motor bastante bajo, llega a ser el instrumento de una actividad de motivos tan indefinidamente renovables, como puede producir la evolución de las sociedades.

La distinción verdaderamente crítica entre las dos es que, limitado a su actividad puramente práctica, de donde según algunos, habría derivado su saber técnico y después científico, el primitivo no habría podido disponer jamás de los símbolos ni de las representaciones que eran indispensables, no sólo para registrar, retener y divulgar sus invenciones, sino también para imaginarlas, comprenderlas, analizarlas, hacerles superar el estado de simples conductas concretas de cuya estructura son parte íntima las circunstancias materiales del acto. Por el contrario, el rito más grosero, aquel en que figuración y cosa no se distinguen casi, implica ya, desde el momento en que es rito, el desdoblamiento de lo real y de su representación, del efecto observable y de las potencias, fuerzas o principios que

deben entrar en juego para producirlo. Se inicia entonces todo un ciclo nuevo, el de las combinaciones puramente imaginativas y mentales, sin las cuales el mundo no sería pensado ni conocido, y no podría ser modificado, sino por la simple acción muscular.

Lo que permite a la inteligencia esa transferencia del plano motor al plano especulativo, no es evidentemente explicable, en el desarrollo del individuo, por la simple operación de sus experiencias motrices, que se combinan entre sí para adaptarse mejor a las exigencias múltiples y variables de lo real. Están en juego las aptitudes de la especie, en particular las que hacen del hombre un ser esencialmente social. Desde las fases más elementales de su comportamiento y de sus movimientos, esta influencia se deja sentir. Pero si anticipan de lejos el poder de colocar la actividad motriz al servicio de la representación, no son sin embargo capaces de explicarla por sí mismos.

Es una ilusión frecuente de los psicólogos creer que las formas o transformaciones de la vida psíquica son únicamente reductibles a factores o a elementos psíquicos. Algunos hasta se obligan a no reconocer otras. Sin duda la psicología de la conciencia o de la introspección continúa imponiendo sus límites a ese campo de estudio. Pero la desconfianza de los psicólogos por las conexiones entre lo psíquico y lo biológico debe también fundarse sobre una crítica justa de la primera fórmula que de ellas se dio, en particular por Taine, al comparar sus relaciones con las de un solo e idéntico texto en dos idiomas diferentes, en que los términos de uno responderían línea por línea a los del otro. La investigación de esta exacta correspondencia no podía llevar, en efecto, sino a un disfraz mutuo de lo psíquico y lo orgánico; así la asociación de dos ideas era explicada por la relación de dos elementos nerviosos, y el movimiento por combinaciones de imágenes. Hacer alternar así los dos sistemas no era otra cosa que jugar al escondite con la dificultad.

Cada dominio, morfológico, fisiológico o psíquico, se manifiesta a su manera, y no puede ser estudiado sino con ayuda de técnicas apropiadas y que tienen sus leyes particulares. El crecimiento y la conformación del órgano poseen otras condi-

ciones que las aptitudes de las cuales llega a ser la sede, lo que no impide contarlo a él mismo entre las condiciones de sus efectos. Para afirmar esta conexión, basta comprobar que a la incapacidad de engendrar (*agénésie*) o destrucciones del órgano responden la desaparición o las alteraciones de las aptitudes. Pero este lazo de causalidad no implica que las dos series deben corresponderse en toda su extensión. Lejos de eso, tal vez el cambio, en cierto modo accidental que tendrá en la otra repercusiones esenciales, se deba a incidentes explicables por una de las dos solamente. Una modificación del órgano bajo influencias puramente vegetativas, su aumento de volumen o determinada complicación de su forma puede tornarlo habitable por nuevas funciones, en relación con otros modos de comportamiento y de vida. La actividad del hombre es inconcebible sin el medio social; pero las sociedades humanas no podrían existir sin individuos que poseen aptitudes como las del idioma, que supone una conformación determinada del cerebro, puesto que ciertos menoscabos de su integridad privan al individuo de la palabra, lo mismo que por falta de un cerebro semejante al del hombre, no hay otra especie conocida que tenga un sistema de signos indefinidamente adaptable a circunstancias nuevas, como son los idiomas humanos. Por consiguiente, es imposible decir si es el hombre quien ha hecho la sociedad o la sociedad quien ha hecho al hombre. Pero en el origen de la especie humana hay quizá un accidente de crecimiento, una mutación cuyas causas pertenecen a la histogénesis, que ha tenido como consecuencia las civilizaciones. Así, la evolución no es un sistema cerrado donde los mismos factores reaccionarían perpetuamente entre sí.

Esto vale también, ciertamente, para el desarrollo del individuo. No tiene éste, desde su nacimiento, el equipo de reflejos o de percepciones cuyas combinaciones bastarían para explicar todas sus conductas ulteriores. De edad en edad despiertan a la actividad partes de sus centros nerviosos, cuyo aislamiento e inercia persisten, en tanto que una capa de mielína no ha hecho permeables al influjo nervioso las fibras que unen a esas partes entre sí. Esta maduración orgánica es indispensable para la evolución funcional, en la cual vierte cada vez posibilidades que se agregan al material anterior y que no habrían sido ex-

traídas como un simple efecto de sus mecanismos intrínsecos. El crecimiento del niño se cumple, no según lo que él es a cada instante, sino según el tipo que debe realizar como adulto. No hay actualmente muchos psicólogos que nieguen su papel a la maduración. Varios hasta han intentado evidenciarla directamente, comparando con sus bruscas manifestaciones funcionales el fracaso de un aprendizaje que quisiera anticiparse a ella.

Se suceden así fases cuya existencia se borra evidentemente para quien atiende sólo a las combinaciones de elementos considerados como los únicos materiales de la vida psíquica, y quiere ver allí la preformación exacta de lo que considera el tipo necesario del pensamiento adulto. Además, no bastaría siquiera inventariar, en cada período, todos los factores que se unen, pues lo importante no es tanto su presencia como sus relaciones y su papel. Lo que distingue entre sí las fases, es un estilo particular de comportamiento. Sin duda su sucesión es tan rápida en los primeros tiempos de la infancia, que en sus confines puede haber confusión mutua y frecuentemente también alternancia. Su fisonomía específica es, con todo, bien reconocible y su sucesión global evidente.

Las primeras no pueden ser sino aquellas a las cuales la aptitud simbólica y el poder de representación, tan tardíos en la evolución, les son completamente extraños. Sin embargo, en la medida en que el niño no puede más que ser orientado hacia el medio humano y técnico de donde dependen en todo instante su subsistencia y su existencia, ellas llevan ya el reflejo de las relaciones a las que la palabra y el don de imaginar las cosas sirven de instrumentos indispensables en las relaciones humanas.

Hacia los demás, hacia el ambiente humano, se vuelve aquella fase que sucede a las simples reacciones de apetito alimenticio y de inquietud motriz. El niño atestigua, desde las primeras semanas, una sensibilidad afectiva cuyas manifestaciones se organizan gradualmente a fin de realizar, a la edad de seis meses, el sistema íntegro de las emociones capitales. Mucho más temprano sus sonrisas ya han sorprendido a los observadores por su cualidad expresiva. Ch. Bühler hasta pretende que, desde el principio, no se producen jamás sino en respuesta a la visión

de un rostro humano; que son, en consecuencia, una reacción específicamente ligada a las relaciones de nutrición con las personas de su ambiente familiar. Toman esta significación muy pronto, en efecto; pero las primeras sonrisas parecen debidas a un estado de bienestar subjetivo, tal como una digestión feliz. Es más sorprendente, por otra parte, verlas casi al punto captadas por las relaciones del niño con su madre.

El sello psíquico del comportamiento, en este período, es el de una fusión con el medio humano, del cual el niño depende luego totalmente, siendo incapaz de subvenir solo a sus necesidades más elementales. Concuerda con esta condición fundamental de su supervivencia el desarrollo rápido y completo de sus automatismos emocionales. El resultado esencial de éstos, ¿no es, en efecto, poner en armonía a los que se encuentran juntos en la misma situación y provocar en todos reacciones convergentes, complementarias o recíprocas?[1] Su importancia está atestiguada por su fundamento biológico. Dependen de centros nerviosos especiales. Su aparición en el niño es un hecho de maduración, cuyos efectos pueden manifestarse aún en ausencia de una motivación psíquica notable: es el caso de ciertos idiotas, que son como el teatro de accesos o raptos emocionales que ninguna circunstancia presente parece justificar. Este comienzo del ser humano por la fase afectiva o emocional, que responde también a la impericia total y prolongada de su infancia, orienta sus primeras intuiciones hacia los demás y coloca en él, en primer plano, la sociabilidad.

La fase que sigue, mira, por el contrario, hacia el mundo físico. Pero antes de ser un manejo de las cosas, debe realizar un extenso y diferenciado acuerdo entre las percepciones y los movimientos. Bajo su forma más simple esta conexión es un acto reflejo. A una excitación dada, responde un sistema dado de contracciones musculares, que ha podido ser determinado en parte por las circunstancias, pero que continúa siendo el mismo en tanto la situación no llega a serle radicalmente contraria. Pueden también desarrollarse relaciones mucho más diversificadas y mucho más libres entre la serie perceptiva y la serie motriz. El pío pío común de los pájaros parece hecho de gritos bastante monó-

[1] Véase *Encyclopédie Française*, t. VIII, sec. C. cap. I.

tonos para cada uno de ellos y siempre iguales para el mismo género de excitaciones. Pero en medio del silencio de los otros pájaros, el mirlo se despierta temprano y el ruiseñor espera la noche, a fin de escucharse modular y aprender a diversificar por una fiscalización mutua sus contracciones sonoras y el efecto reconocido y luego deseado por su oído. Así se anudan conexiones automotrices extremadamente variadas y sutiles. El niño no hace otra cosa en su período de balbuceo y trinos, que le permite descubrir, a la vez en su registro fonativo y en su registro auditivo, una gran cantidad de sonidos articulados, de los cuales varios serán utilizados por el idioma que hablará. Ejercicios sensorio-motrices semejantes son procurados entre todos los dominios sensibles y motores: tacto-kinestésico, visual-motor audiofónico. Ellos conducen al doble resultado de ligar familiarmente al efecto perceptible los movimientos adecuados para producirlo o diversificarlo sistemáticamente y, por eso mismo, hacerlo identificar mejor entre los demás. Con esta coordinación mutua de los campos sensoriales y motores se cumple el ordenamiento funcional de la actividad en vista de sus tareas objetivas. Pero esta fase no es todavía aquella en que es capaz de extraer sus temas del mundo exterior y usar las cosas según su estructura propia.[2]

Se presenta más tarde la fase proyectiva,[3] donde la acción motriz dirige siempre la aparición y desarrollo de las formaciones mentales. No se trata más de organizar el aparato de las investigaciones sensorio-motrices, sino de mezclar ya el acto con la realidad exterior. Sin embargo esta realidad no es aún accesible sino a través de la acción orientada hacia ella. No se dibuja claramente en el campo de la representación pura, y sus relaciones con las que, en su sucesión a veces contingente y siempre práctica o subjetiva, introducen allí los actos mismos. El sistema por el cual se opera el contacto con las cosas las arrastra al de las asociaciones entre imágenes y símbolos. Resulta de ahí una figuración motriz que, desprendiéndose de la acción propiamente dicha, podrá tomar cada vez

[2] Véase Henri Wallon, *L'evolution psychologique de l'enfant*, parte II, cap. I, ed. citada.

[3] Véase Henri Wallon, *L'enfant turbulent*, parte I, cap. III, ed. cit.

más el aspecto de un simulacro; pero hay todavía cierta distancia entre él y la representación pura.

La persistencia de esta fase puede observarse en los relatos del niño, donde sus gestos distribuyen en torno de sí las presencias o las circunstancias que quiere evocar, y en sus juegos, cuando convierte objetos cualesquiera, en aquellos que simula manejar. Con frecuencia falta por completo el objeto, y sólo subsiste el gesto.

A los 26 meses una niñita por su cuenta se pone a servir el almuerzo de sus abuelos. Trae una mesita, su silla de muñeca y una sola servilleta. Todo lo demás es ficticio: el gesto de colocar la segunda servilleta, la cuchara; el simulacro de atar la servilleta al cuello de su abuelo. Pasa a la pieza de al lado, su cuarto como si éste fuera la cocina; va a buscar la sopa; trae otros platos de comida; y para cada uno cambia los platos; no olvida el yogur, ni los dulces ni el agua de Evian; luego retira las servilletas y va a lavar la vajilla.

Otro niño de 3;½ se divierte lavando su oso, que es de felpa, pero sólo simula jabonarlo. Ejecuta el gesto de tomar el jabón, tomar una botella, destaparla, friccionar, enjuagar, sin tener entre sus manos nada más que el oso.

El gesto puede entonces tornar presente el objeto ausente y sustituirlo. A veces llega a reemplazar también todo un episodio: una niñita de 9½ meses se pone su gorro de salir y se pasea por el corredor, un día en que llueve y es preciso quedarse en casa. Durante dos o tres días la escena se renueva en las mismas condiciones. Después es provocada por la sola vista del gorro.

El gesto puede ser también un medio de establecer analogías que difícilmente podrían formularse de otra manera. A los 22 meses una niñita que, desde la edad de un año, tenía el hábito de agitar la mano a modo de despedida cuando iba a acostarse o salía de paseo, utiliza el mismo gesto cuando se retira una persona conocida, y. delante de su libro, cada vez que la página, al ser dada vuelta, esconde la imagen de un gato o de un perro. Por conversión de lo subjetivo en objetivo, lo que era signo de su propia partida llega a serlo para todo lo que se va. Algunas semanas después de haber dado vuelta la cabeza para

evitar ser quemada por una cucharada de papilla demasiado caliente, este mismo movimiento se repite, no sólo ante un plato que no le gusta, sino cuando está indispuesta o quiere jugar. Estando acostumbrada a decir 'cú-cú" cuando alguien se esconde, o cuando se ha escondido ella, grita de repente a los 19 meses, "cú-cú" en presencia de un señor cuyo rostro reaparecía detrás del diario que estaba leyendo. Hace lo mismo viendo emerger la cabeza de una persona que se saca la camisa (ejemplos de Wintsch).

En su tendencia a unir entre sí impresiones diversas por medio de un signo común utiliza, por lo tanto, el gesto. Las situaciones, en lugar de seguir siendo particulares, son así agrupadas, a veces más o menos confundidas, en series análogas, cuando se prestan a la repetición de la misma acción con la que se ha familiarizado el niño. Esto sería ya una especie de generalización y figuración, si el gesto no estuviese orientado más hacia la realización de la escena que hacia su representación, y si la expresión que da de ésta no fuera siempre tan especial que no pudiera investirse de una significación en que se superan cada uno de los objetos y situaciones sucesivamente rotulados por él.

Capítulo II

IMITACIÓN Y REPRESENTACIÓN

Una forma de actividad que parece implicar de manera incuestionable relaciones entre el movimiento y la representación, es la imitación. Si se la define como el acto por el cual se reproduce un modelo, la representación del modelo es su condición necesaria: por consecuencia, el poder de formar representaciones sería anterior a la imitación. Pero ésta se señala ya en el niño a una edad muy precoz, en que este poder no existe manifiestamente. Otra definición, de apariencia más objetiva, la deduce de la simple semejanza entre dos actos, si sus autores estaban en situación de observarse mutuamente. Pero entonces es extendida a casos en que la causa evidente de esta conformidad proviene de otras influencias. Aunque auténtica, por otra parte, recubre en realidad hechos que pertenecen a etapas muy distintas de la evolución psíquica.

Su interés es la contradicción que ella obliga a resolver entre su definición, en la que está forzosamente incluida, la imagen de un modelo, y su aparición efectiva desde una edad en que el niño sería incapaz de ordenar, sobre un simple espectáculo exterior a él mismo, sus movimientos hasta ahora suscitados por libres impulsos o por excitantes y situaciones apropiadas. Las etapas sucesivas de la imitación responden, pues, muy exactamente al momento en que la representación que no existía debe llegar a formularse. Obligan a reconocer un estado del movimiento, en que éste deja de confundirse con las reacciones inmediatas y prácticas que las circunstancias hacen surgir de sus automatismos y un estado en que el movimiento contiene

la representación antes que ella sepa traducirse en imagen o indicar explícitamente los rasgos de que debería estar compuesta.

La conformidad mutua de los actos en seres que se encuentran juntos puede tener otras causas que la imitación. Un polluelo recién nacido que picotea al lado de la gallina parece seguir su ejemplo. Pero el polluelo nacido en incubadora y que no tiene modelo, picotea al ruido de un lápiz cuya punta golpea la mesa o de un grano caído desde lo alto. Simple reflejo, por consiguiente, que responde a su excitante específico. Los gatos, a la vista de un ratón, parecen rivalizar entre sí para atraparlo. Es un simple despertar simultáneo del mismo instinto en todos, pues sucede que, en la misma camada, el mismo efecto no se produce en la misma fecha. Yerkes habla de un gatito de cuatro semanas que presentaba el instinto de modo completo: persecución, captura, ronroneo, juego, muerte. Los otros no tuvieron las mismas reacciones antes del fin del segundo mes. Es resultado de la maduración funcional, y no de la imitación.

Al mismo mecanismo se ha imputado el despertar de conductas muy complejas y muy diferenciadas. A consecuencia de conexiones muy estrechas entre el oído y la laringe, el pájaro cantor podría encontrar por sí mismo el canto de su especie. El hecho no es exacto, por lo menos para todas las especies, pues ocurre frecuentemente que el individuo aislado de los suyos, o bien no canta o bien toma su canto de otra especie. Con mayor razón, la tesis de Le Dantec que explica la palabra del hombre por una correspondencia refleja entre el oído y el aparato fonativo, es inadmisible. Establecen esta correspondencia los ejercicios de trinos repetidos y tan diversos, a los que el niño se entrega durante numerosas semanas. La imitación, por otra parte, no figura allí al principio. No interviene sino en el momento en que se tratará de repetir las palabras del adulto. Entonces interviene también la aptitud de dotar de sentido a los sonidos, lo cual es esencial del lenguaje, pero es un orden de hechos muy diferente de las simples asociaciones auditivo-kinéticas

La identidad de objetivo también implica actos semejantes en seres semejantes y la concurrencia puede contribuir a suscitarlos

como es el caso de dos animales frente a la misma presa o la misma tarea. El perro llega a poner el hocico en la misma escudilla, o en el mismo agujero que otro perro. Una rata viene a cavar en el sitio en que ve cavar a otra (Berry). Un mono explora en el agujero en que acaba de hundirse el brazo de otro (Kinnermann). A menudo, una misma ocupación, un mismo juego se generalizan: un chimpancé que baila atrae a otros y forman juntos una alegre manifestación, saltando unos detrás de otros (Koehler). Esta similitud de gestos puede ser modificada por la búsqueda del menor esfuerzo: un pájaro vuela en la dirección de aquel que le abre un camino en el aire; se pone detrás de aquel que sabe abrir la jaula y a veces esboza iguales gestos (Porter). Lo mismo hace la rata blanca que se pega a los pasos de la compañera capaz de encontrar una salida a su prisión (Berry).

Un simple gesto de atención es capaz de orientar hacia el mismo objeto la atención de otros individuos. El perro mira fácilmente en la dirección que mira su amo. Por el contrario, no sabe sino saltar cuando el dedo extendido le designa un objetivo. El niño atiende desde muy temprano a los mismos objetos visuales o acústicos que le ofrece su ambiente (Gillaume). Poco a poco los centros de atención se convierten para él en una señal que suscita una actitud análoga. La reacción, ligada al principio a una convergencia de comportamiento, o a la presencia del objeto se transfiere así al signo aislado. A los 22 meses el niño tiende él mismo la mano en la dirección indicada preguntando "¿dónde?" (Guillaume).

Los gestos de acompañamiento son también muy precoces. Desde las primeras semanas, Preyer ha visto a su hijo dar vuelta la cabeza de derecha a izquierda al mismo tiempo que una lámpara se balanceaba delante de él, no para seguirla con los ojos, puesto que el ritmo de sus propios movimientos era mucho más lento que las oscilaciones del objeto, sino por una especie de identificación perceptivo-motriz que no se puede tomar todavía por imitación. Guillaume ha notado que a los 6 meses el niño se asocia activamente al ritmo del balanceo impreso a su cuerpo. Entre los 8 y 9 meses el de Preyer, viendo que la tapa de un cántaro se levantaba y bajaba alternativamente hace con la mano un gesto semejante. "No se trata aquí —dice Preyer— de

movimientos imitativos, sino de movimientos concomitantes". A 0;10(13) otro niño se traslada de una pieza a otra alternativamente con el mismo balanceo que tienen las nodrizas. A 0;16(22) uniéndose a pequeños camaradas que marchan en fila teniéndose por el delantal, un niño marca el paso al mismo tiempo que ellos. Es una sensibilidad cuyo atractivo es ya muy vivo en la criatura y que ponen en juego el mecimiento y el balanceo ritmado. Después de haberlo experimentado pasivamente, el niño busca el mismo goce activamente. La menor ocasión exterior basta entonces para poner en movimiento su necesidad de realizar sus propios ritmos y, por intermedio de éstos, concordar con el ambiente y extender su sensibilidad subjetiva a los objetos que lo rodean.

Por un mecanismo semejante se explica el contagio del bostezo. Es tanto más incoercible cuando el sujeto, por sus disposiciones del momento, o por su estado de fatiga o de aburrimiento, está más inclinado a bostezar espontáneamente. Pero estos gestos de acompañamiento pueden, gradualmente, transformarse en una preparación directa de la imitación. Por ejemplo, Stricker hace notar que mirando una tropa en ejercicio, sucede con frecuencia que se experimentan sensaciones musculares tan vivas como si uno mismo estuviera sometido a las órdenes. Ante un partido, el espectador siente en su propio cuerpo la agitación de los equipos adversarios y tiene la impresión de hacer íntimamente el gesto correspondiente, o de rectificarlo si es erróneo. Cuando el bailarín de cuerda da la impresión de perder su equilibrio, al espectador le parece que lo restablece por una contracción de sus propios músculos. En el momento en que ve al gimnasta saltar del trampolín tiene en el pecho y en los ojos una sensación de tensión y movimiento. Un orador enronquecido provoca en sus oyentes la necesidad de aclarar la voz mediante una discreta tos. Descartes ha notado que en el instante en que el cantor lleva al límite el volumen de su voz, una especie de esfuerzo concomitante aumenta el efecto en quienes lo escuchan.

Otra forma de esta participación, que implica también, en los individuos frente a frente, reacciones singulares o conjugadas, sin proceder sin embargo de la imitación, es la emoción. Ésta tiene todo un aparato expresivo que la propaga de uno a otro, determinando entre todos una armonía de lágrimas, de risas,

amenazas, violencias o pánico. Su poder de invasión, que precede a toda reflexión, proviene de que sus rasgos aparentes se integran con la totalidad de los automatismos, simultáneamente motores y vegetativos, que constituyen cada variedad de emoción. Pero si son una porción indisoluble de éstos y si implican con ellos, desde que se producen, el proceso total de la emoción, su fuerza contagiosa es la de un sistema expresivo que parece estar constituido para asegurar la comunidad necesaria de las reacciones en grupos de tipo arcaico donde las relaciones entre los individuos eran aún de forma gregaria. Así se explica que la violencia de las emociones aumente con el número de sus participantes y que su desenfreno anule toda posibilidad de juicio, de reflexión, de cálculo intelectual. Nada puede demostrar mejor, sin embargo, que su función ha sido considerada útil, como los ritos y ceremonias destinadas, en las poblaciones primitivas, a hacerles alcanzar su paroxismo y a fundar en un solo torbellino todas las violencias, todos los errores, todas las energías individuales.

La similitud funcional de los automatismos propios en cada emoción explica suficientemente que la imitación no haya tenido que intervenir para suscitar reacciones semejantes en los individuos diversos. ¿Pero cómo ha podido crearse su sensibilidad recíproca, de donde resulta que las manifestaciones de uno despiertan su equivalente en otro? Tal vez haya sido necesario un mínimo de aprendizaje. El acuerdo de sonrisas entre la madre y el niño, por precoz que sea, ha sido precedido por sonrisas en las cuales se expandía solamente el bienestar vegetativo de la criatura. A este bienestar contribuyen tan constantemente los cuidados sonrientes de la madre, que las relaciones entre las dos sonrisas no han tardado en seleccionarse, en fijarse, especializarse entre todas las demás. De modo más general, la emoción ha sido primero sentida en común bajo el choque de un suceso, una situación capaz de suscitar los mismos automatismos en todos los asistentes. Así ha podido operarse la fusión de lo que es simultáneamente reconocido en otros y sentido en uno mismo. El pasaje de uno al otro pronto llega a ser inevitable.

La influencia que ejercen entre sí los individuos que participan de los mismos acontecimientos, de la misma existencia,

del mismo ambiente, es extremadamente sutil y tenue. Puede aplicarse a los lugares y circunstancias cuyos efectos hacen renacer, en tanto que el tiempo parecía haberlos borrado. Elsa Koehler cuenta que el acento de una niñita a los 2;7 presentaba variaciones muy finas según se dirigiera a su madre, que era berlinesa, a su padre, que era húngaro, o a su mucama, que hablaba alto alemán. A los 3;1, al entrar en una pieza donde seis meses antes se había encontrado con una niñita cuyo acento era checo, retoma ella misma este acento y en seguida, además, evoca el recuerdo de su compañerita. Así se constituyen en el niño bloques sincréticos de impresión y reacciones, que, oportunamente le hacen revestir personajes o fragmentos de personajes distintos, según las situaciones por las que ha atravesado y por las que vuelve a atravesar. En esta impregnación por el ambiente hay algo que se parece a la imitación, pero es una imitación sin imagen, si no sin modelos, difusa, ignorante de sí misma, una especie de simple mimetismo.

Las relaciones de semejanza o de participación con lo circundante hacen de estas diferentes actividades el anuncio de la imitación verdadera. Algunos autores, no obstante, siguiendo a W. Stern, quieren hacerla salir de lo que ellos llaman "imitación de sí mismo". Una vez más, estamos ante la ilusión de un yo solitario, cuyas actividades serían autógenas, y que se aumentaría progresivamente anudando relaciones con el medio. Pero un hecho varias veces manifestado debería bastar para mostrar qué intervalo separa el acto de imitar a otros y el de repetirse a sí mismo Desde la 11ª semana, según Scupin, desde la 15ª, según Preyer, después de haber sacado espontáneamente la lengua a su madre o de haber hecho una mueca ante una bujía encendida, el niño llega a ser capaz de repetir este gesto viendo a alguno de los que lo rodean reproducirlo casi en seguida. La intervención de otros sólo ha reactivado una disposición a reincidir, que había sobrevivido al movimiento, como si fuera una especie de huella o de tendencia consecutiva. No puede ser cuestión de imitación. En efecto, cuando, recién al séptimo mes, el niño sabe volver a hacer su mueca según el modelo de otro, su imitación se muestra muy inferior al acto espontáneo. Observación semejante para los sonidos, que son mucho más tardíos y defectuosos, repetidos después de haber

sido solamente oídos, cuando la audición ha seguido de cerca su enunciación espontánea. El movimiento, en su materialidad aparente, no constituye el acto. Un mismo movimiento puede responder a niveles muy diferentes de actividad. Lo que lo clasifica funcionalmente es el conjunto de que forma parte, la orden de que depende. Una cosa es sacar la lengua por imitación o espontáneamente y otra cosa aun por orden verbal; en los niños pequeños o atrasados, frecuentemente no es posible obtener este gesto más que ejecutándolo delante de ellos.

La repetición puede ser un poco incoercible. Se vuelve a encontrar después en el adulto, cuando existen trastornos motores perturbadores de las funciones puramente automáticas del mesencéfalo. Es la *palicinesia*, o repetición reiterada del gesto apenas cumplido, y la *palilalia*, o repetición de la frase enunciada por sí misma. El número de repeticiones es variable, pudiendo llegar a diez o quince. Poco a poco las reincidencias disminuyen de amplitud y se abrevian. ¿Es agotamiento o freno gradual de la excitación inicial, que el primer acto no habría podido emplear totalmente? Sin duda también hay una tendencia de los movimientos a repetirse, que ya no sería susceptible de suspenderse cuando se han roto ciertas conexiones nerviosas. Normalmente, podría ser utilizada, en particular por los gestos ritmados. En la palicinesia están efectivamente afectados los centros nerviosos que controlan el curso de los automatismos, y los trastornos motores que la acompañan conciernen a la regulación del tono, cuyas relaciones con las flexibles modulaciones del gesto son muy estrechas. Hay pues, una repetición del gesto que parece pertenecer a su mecanismo íntimo y es, por consiguiente, de un nivel funcional muy inferior al de los movimientos hechos con intención o según imágenes perceptivas o mentales.

No es tampoco posible asimilar a una imitación de sí mismo los hechos de *perseveración*. La reaparición del mismo acto o de las mismas frases y locuciones no se parece a un mecanismo descompuesto que se desatara y no se dejara manejar. Compromete más la actividad psíquica. Sin duda se impone aún una fórmula motriz, pudiendo impedir así el cumplimiento correcto y rápido del acto o del pensamiento comenzados. Pero es siempre el acto o el pensamiento lo que esta fórmula continúa expresando, aun cuando momentáneamente lo obstaculiza. No persiste y no retorna sino en razón de un desfallecimiento en su formulación mental que se asocia con frecuencia, además, a un estado habitual de lentitud y debilidad psíquica. Aparte de los casos de distracción momentánea, ella es a menudo, en efecto, consecuencia de una indiferenciación insuficiente entre la formulación mental y la formulación motriz. En su fase proyectiva, en que el pensamiento no puede imponerse a la conciencia sino realizándose por el gesto o la palabra, es habitual la perseveración. Es una insistencia en la etapa ya alcanzada, cuando tarda en venir la continuación; es una impotencia para desprenderse del gesto o del vocablo realizador, y empujar hacia adelante la realización; denota el entorpecimiento de la ideación por la expresión concreta y la insuficiencia de las imágenes elípticas o de los signos simbólicos; es el resultado de un pensamiento mal purificado todavía de su ganga sensorio-motriz. Pero no es en grado alguno la copia de una imagen por un movimiento. Sería más bien a la inversa: una imagen prisionera aún del movimiento.

Por "imitación de sí mismo" Stern entendía más bien un mecanismo análogo al de la reacción circular, que entra en juego en la fase sensorio-motriz. El efecto sensorial fortuitamente producido por un gesto arrastra la repetición de este gesto, que tiende a reproducirlo con máxima exactitud o máxima pureza. Tal es el mecanismo por el cual Baldwin quería explicar toda adaptación, tomando por tipo el de la acomodación sensorial; un movimiento del ojo tiene por consecuencia la formación de una imagen sobre la retina, el ojo la rehace al punto para volver a encontrar la misma posición, luego su curvatura, la separación de los globos oculares se modifican hasta que se obtenga la mayor nitidez de imágenes. Así se operaría, a lo largo de la vida mental, el ajustamiento de los movimientos y las imágenes, de las conductas y lo real. He aquí algo que supera en mucho la imitación y que ni siquiera se le parece, a menos de suponer que tomar una imagen de las cosas sea imitarlas.

Pero la reacción circular puede ser tomada en un sentido más subjetivo y más estrictamente psicológico. Así es como da lugar a los ejercicios sensorio-motores de los cuales resulta

el ajustamiento gradual de los gestos al efecto sensorial. Al mismo tiempo se opera la identificación más exacta y más sutil de este efecto entre aquéllos, que otros gestos más o menos diversificados son susceptibles de producir. Se trata de un aprendizaje al que el niño de uno a dos años se entrega con verdadera avidez y cuya importancia funcional es fundamental. Pero ¿puede ser calificada de imitación, esta acción recíproca entre gesto y sensación? Ello persigue el acuerdo, entre ambos, no les propone ningún modelo, ni siquiera una imagen que sea distinta de sus relaciones a menudo cambiantes, puesto que el efecto buscado está lejos de ser siempre el de la simple repetición de la uniformidad. Por el contrario, marcha con frecuencia en el sentido de la diversidad, de la modulación. La uniformidad misma no querría decir, por otra parte, semejanza con cierto modelo, ni desdoblamiento entre un tipo ideal y ejemplar actual.

Lo que está en consideración en la reacción circular es la adecuación de los gestos a una situación subjetiva, o externa, es la búsqueda de ciertas coordinaciones, la realización de ciertas estructuras sensorio-motrices. El devenir de un par sensorio-motriz sigue una ley de desarrollo que puede descubrir o inventar a cada instante, sin tener que proponerse un tema extraño. Basta que una modificación del gesto acarree una diferenciación, una discriminación nuevas de la sensibilidad y éstas, en retorno, dan lugar a mayores finuras motrices. Así se constituye el teclado siempre más rico de las relaciones sensitivo-motrices. Pero lejos de ser un efecto de la imitación él no es utilizable de inmediato por la imitación cuyos resultados comienzan por ser mucho más imperfectos que aquellos ya constituidos de la reacción circular. Exige otros aprendizajes.

Sin embargo, a la reacción circular hay que imputarle hechos, a menudo descriptos como una imitación, y como imitación de otros, no de sí misma, pero que es netamente distinta de éstos por su mecanismo, a pesar de ciertas semejanzas formales. Se trata de reacciones en eco: ecocinesia, ecomimia, ecolalia. La vista o la audición de gestos o de sonidos provoca, en este caso, en aquel que los percibe, su repetición inmediata y literal. Pero es sorprendente que sólo se reproducen los últimos, como si

la percepción, en tanto que se prolonga, impidiera realizar los movimientos que responderían a sus momentos sucesivos. El resultado responde, pues, a la impresión que da un eco, que no devuelve claramente sino los ruidos a los cuales sucede un silencio.

Sobre el fenómeno del eco se han opuesto hace ya mucho tiempo las interpretaciones de Wernicke y de Pick. Para uno, se trata de un hecho psico-motor con punto de partida cortical, dicho de otro modo, la repetición sería la de una imagen sensorial; percibida y reconocida por la conciencia antes de poner en acción el aparato motor. Para el otro, se trataría por el contrario, de una reacción sub-cortical, o automática, que se exteriorizaría por no ser inhibida. Efectivamente, no se produce en el adulto más que en los estados crepusculares, cuando la conciencia, que deriva de la actividad cortical, está completamente obnubilada. Se encuentra entonces al mismo tiempo que los movimientos reflejos de protección y de fuga, suscitados cada vez que un objeto nuevo aparece en el campo visual. Son éstos los automatismos elementales, liberados también por la abolición del control cortical. Los actos en eco serían movimientos que en estado normal este control tornaría ínfimos e inapreciables, pero que responderían a una actividad latente cuya sede sería la esfera de los automatismos.

Seguramente la tesis de Pick concuerda mejor con la observación clínica que la de Wernicke. La ecoprasia supone una actividad despojada de sus motivos psíquicos, de su regulación consciente, no es posible sino en estados de confusión mental que llegan hasta un total estupor intelectual. Sin embargo, se impone una distinción. Los automatismos habitualmente descriptos consisten en reacciones orientadas hacia el mundo exterior. Ya los de protección y fuga, que figuran entre los más subjetivos, aparecen como una respuesta a agentes extraños e introducen un cambio de relaciones entre el sujeto y lo que lo rodea. Mucho más objetivos son la mayor parte de los otros, que son las formas más espontáneas y más corrientes de la actividad en sus relaciones de todos los instantes con las cosas, las situaciones, las fuerzas de que se compone el medio en que es necesario moverse. Con la ecoprasia sucede algo muy distinto. No es centrífuga ni utilitaria. Su réplica a las excitaciones

es la reduplicación, el espejo. Se vuelve hacia ellas y no hacia una modificación útil de las relaciones con el ambiente. Pertenece más al circuito sensorio-motriz que al de los automatismos.

Poco importa aquí saber si la distinción de Pick entre las actividades corticales y sub-corticales no es demasiado absoluta. Aun si no hay automatismos posibles sin cierto acompañamiento de actividad cortical, es verdad que puede ser inverso el equilibrio entre estos dos focos de actividad a la vez conjugados y contrarios, según que el acto sea reflexionado, deliberado, expresable en símbolos y en imágenes o ligado a las circunstancias exteriores por simples realizaciones motrices. En cuanto a la ecoprasia, parece hallarse a mitad de camino de las dos, en el sentido de que la percepción no es más solamente la ocasión, sino también el motivo de la reacción, no obstante que ésta, en lugar de desarrollarse en imágenes del objeto, tiende solamente hacia los movimientos susceptibles de reproducirla. Nada se parece más a una reacción circular, salvo esta diferencia: la percepción de la cual sale el gesto es producida por el gesto de otros, en lugar de que el gesto del sujeto mismo sea su origen.

En la evolución del niño la ecoprasia sigue muy de cerca sus ejercicios sensorio-motrices. Sus repeticiones literales e inmediatamente consecutivas de las últimas sílabas pronunciadas por las personas de su ambiente puede preceder en mucho a su poder de utilizarlas como elementos del lenguaje. Más significativa aún que el intervalo de tiempo es la gran torpeza, la tosquedad, la pobreza de sonidos cuando el niño se adiestra en componer palabras. Es que entonces los fonemas deben integrarse en formas nuevas de actividad y reaprendidos en la misma medida. La ecolalia no pertenece más a la palabra articulada que a la imitación. Se explica mejor como una consecuencia directa de las conexiones establecidas por la actividad circular entre las series perceptiva y motriz. El pasaje alternativo de una a otra termina por dar a los términos de cada una, una especie de ambivalencia: el movimiento es tanto posterior como anterior a la percepción. Llega un momento en que el enlace se torna tan habitual y tan familiar que el ciclo puede ser atraído por la percepción, aun cuando ésta sea de origen extraño. Tal es el origen del poder de traducirse en

movimientos atribuidos a las imágenes o a las ideas. Las "ideas-fuerzas" no son un hecho natural, son el resultado de un aprendizaje.

La ecoprasia es una actividad circular cuyo circuito se ha abierto sobre impresiones de fuente exterior. Es la simple repercusión de estas impresiones en el aparato sensorio-motor. No es reproducción de una imagen modelo, sino secuencia, suerte de epi-fenómeno. Lejos de ser motivada por representaciones, supone su purificación. En vez de obnubilación mental, exige una distracción, un momento de ausencia. Con frecuencia sólo después de la repetición el sujeto repara en la impresión sufrida. A veces hasta es necesario sentir bruscamente una presencia extraña para salir del semi-ensueño que lo transformaba en eco. En el niño la frase-eco es muy fugitiva, porque es muy corto el período en que permanece ligado a sus impresiones sensoriales como tales. Una vez que su reproducción lo ha vuelto fácilmente identificable, el sonido no interesa más por sí mismo. No sirve más que de índice o de signo. El interés se traslada instantáneamente al objeto cuya presencia descubre a la frase enunciada. Su fase funcional y lúdicra es entonces suplantada por la de las significaciones utilitarias y objetivas.

La ecolalia ofrece los ejemplos más evidentes y más completos para estudiar los casos de eco. La orientación que da a la reacción es manifiestamente lo contrario de aquella que podría ordenar la situación. Hay dos modos de responder a una orden. Ejecutarla: es la reacción centrífuga, apropiada a las circunstancias y que exige su comprensión. Repetirla, es indicar una incomprensión que, en ciertos casos, puede ser un simple pretexto de repulsa, pero que resulta habitualmente de una distracción o de la imbecilidad. Cada vez que la impresión es separada de sus repercusiones mentales y permanece aislada en la esfera sensorial, se produce su equivalente motor, que ha quedado estrechamente ligado a ella, como aquello que la ha especificado netamente en la conciencia durante el período sensorio-motriz. La ecolalia sobrepasa la esfera sensorial. Las impresiones sucesivas se desgranan allí en gestos, en la medida en que la percepción, prosiguiéndose, no comprime las primeras con otras más recientes. También las últimas son las únicas que pueden exteriorizarse en movimientos. Su número está

estrictamente limitado por su tiempo de resistencia en la sensibilidad. Sin duda su reproducción muestra, de modo muchas veces muy evidente, una especie de encadenamiento melódico o rítmico, que forma un solo conjunto con la suma de estos términos. Pero esta unidad tiene algo así como el alcance de una medida en un devenir sensorio-motor. Es enteramente extraña a la unidad de una imagen o de una representación. La integración que se opera entre los términos de un acto en eco, es de la especie sensible y dinámica y no posee los rasgos que componen la imagen de un modelo. La ecoprasia y la imitación se desarrollan en dos planos distintos.

La imitación se inscribe entre dos términos contrarios: fusión, enajenación de sí en la cosa o "participación" en el objeto, y desdoblamiento del acto que debe ejecutarse según el modelo. No resuelta, esta oposición explica la oposición de las doctrinas sobre la importancia de la imitación en la evolución psíquica y sobre su naturaleza misma. Según Guillaume,[4] es incapaz de crear un movimiento nuevo. Es sólo una ocasión de repetir aquellos cuyo aprendizaje está ya hecho, dándoles por motivo, por modelo, una imagen visual o auditiva. Implica entonces a la vez la existencia de gestos ya modelados y de imágenes. Su unión misma sería más bien de orden empírico que resultado de conexiones inéditas y de una integración funcional. La imitación es un hecho de ajustamiento completamente exterior entre elementos ya constituidos. No hay que hablar, como lo han hecho algunos, de imitación interior. '¿Qué designa esta palabra, sino una imitación detenida en su realización material por una complicación mental, de suerte que supone una imitación primitiva real?" Suponer en la imitación otros antecedentes que los gestos que aparecen y sus ocasiones presentes no es hacer otra cosa que "sofocar sus orígenes en la noción confusa de un instinto general".

Efectivamente el fundamento que Groos, Lipps, Finnbogason dan a esta imitación interna sigue siendo vago e hipotético. Según Groos, el niño comienza por exteriorizar en objetos inanimados, su muñeca por ejemplo, la actividad, que siente en

[4] P. Guillaume, *L'imitation chez l'enfant*, Alcan, París, 1925.

sí mismo, o la que podría servir de complemento a la suya. Esta proyección respondería a la fase animista de sus representaciones. Concepción centrífuga del animismo procedente de un punto de vista que la psicología ha superado. Lejos de ser él mismo una fuente inmediata y primitiva de conocimientos, de donde sacaría intuiciones aplicables a la realidad exterior, el sujeto comienza por estar confundido mediante su sensibilidad con todo su ambiente. Mediante su unión con éste comienza, no sólo por vivir, sino por experimentar su vida y de esta primera amalgama deberá extraer lo que le será necesario atribuirse para tomar conciencia de su yo y para oponerlo a lo que, simultáneamente, se le presentará como perteneciendo a lo que no es él mismo. Pero esta participación no se hará sin que él deje en las cosas un residuo de sus impresiones subjetivas y sin que de esta manera las haga existir así a su imagen.

En un segundo tiempo, en cierta forma inverso al primero, el niño retomaría la imagen que ha puesto en las cosas para realizarlas mejor en sí mismo, utilizando sus movimientos, sus actitudes, su propio cuerpo como símbolos capaces de darles una especie de presencia efectiva. Ayudándose con objetos cualesquiera, con un palo que entre sus piernas figura ser un caballo, un gorro de papel sobre su cabeza, juega al general. Se imagina ser una locomotora por los gestos mecánicos de sus brazos, sus piernas, sus espiraciones sonoras y ritmadas. Así la imitación sería la consecuencia de una imagen subjetiva que habría dado una vuelta por la cosa imitada y habría sacado de allí sus elementos plásticos.

También Lipps le atribuye un origen subjetivo. Habría una tendencia natural, instintiva a modelarse sobre otros, a experimentar y figurarse los sentimientos de los demás. Este ser en sí puesto en otros o más bien el ser de otros en sí, que ha recibido el nombre de *Einfüblung*, tendría por consecuencia automática las actitudes o gestos que responden a los sentimientos, cada vez que no son inhibidos por una fuerza contraria. Así el hecho primitivo sería el movimiento ligado a la intuición íntima. "La imitación interior" no sería sino una imitación efectiva, que podría ser secundariamente amputada de sus efectos aparentes. No hay nada aquí que pueda servir para explicarla. En cuanto a la *Einfüblung*, que daría a la imitación

su motivo a falta de mostrar su mecanismo, sustituye por la noción en cierto modo absoluta del instinto, la busca de relaciones entre el individuo y el ambiente, de donde podrían deducirse su deseo, sus esfuerzos, sus capacidades de imitación.

Esta teoría es la que Finnbogason ha retomado aunque extendiendo su aplicación. El objeto de la imitación podría ser no solamente los seres vivos sino también las cosas inanimadas. De igual manera que la mano sigue los contornos de éstas, toca a las aptitudes mímicas o plásticas del cuerpo entero dibujarles la forma. Un espectáculo cualquiera, pero vivo y cautivante, parece anular en nosotros todo lo que le es extraño. Hay olvido de sí e identificación con él. Sus detalles, sus peripecias llegan a ser parte de nuestra sensibilidad, de nuestra vida. Los límites del yo y del no-yo están como borrados; el yo se transforma en el objeto. Entonces todo lo que puede experimentarse o ser realizado parece simbolizarse con él, y las reacciones motrices son aquellas que él es susceptible de dirigir. Pero, subraya Guillaume, lo que resulta de ello son gestos de acompañamiento o de enderezamiento, como ante el equilibrista que vacila o ante el orador enronquecido. Los movimientos del espectador no son la reproducción de los que presencia; son más bien aquellos que preveía o que le parecía apropiados para corregir un error, para rectificar la situación. La observación es justa, si se trata de reacciones inmediatas. El excedente de la actitud, en efecto, es el de una acomodación perceptiva que acapara todo el organismo. Son posturas plásticas, una mímica que lleva a la suspensión momentánea de toda otra manifestación motriz. Interpretando, con Lipps, este detenimiento como una actividad despojada de su exteriorización, como un efecto consecutivo, Finnbogason invierte el orden de los factores.

Porque hay una parte de verdad en la descripción que ambos hacían de la imitación interna. Pero ellos no conocían otra alternativa que el movimiento y su imagen. Además la imagen supone antes el objeto, al cual sobrevive como la huella que ha dejado su presencia. Siendo posterior al movimiento, no puede explicarlo. Lo que lo precede, y lo prepara, es otra cosa, es la actitud o la postura, de las cuales la percepción también puede acompañarse. Absorberse en la contemplación de un espectáculo no es quedar pasivo. La excitación no permanece puramente cerebral. Se esparce por los músculos. Aunque pueden no ejecutar ningún movimiento, son sin embargo el asiento de una actividad sentida a veces intensamente por el sujeto, si bien puede ser imperceptible para los demás. Esta impresión no es una pura ilusión. Lo que la origina ha podido ser comprobado, registrado. Es una contracción de los músculos que no acarrea su recogimiento, sino que al contrario, los mantiene en su forma presente y les da un grado variable de consistencia, de resistencia a los desplazamientos; es su función tónica.

La fisiología muestra que el tono no es simple, que tiene, según los centros de donde recibe momentáneamente su influjo, componentes o formas diversas; y sus funciones son igualmente diversas Acompaña el movimiento, brindándole el sostén necesario para su progresión regular, o el dosaje exacto que pueden exigir las resistencias encontradas. Esparcido en todo el conjunto del cuerpo, asegura el equilibrio necesario para la ejecución de cada gesto, realizando la actitud ya estable, ya móvil, que se adecua a las diferentes fases del acto. Así no es sino el soporte del movimiento que se efectúa, prepara su serie, lo mantiene en potencia, y este papel puede llegar a ser exclusivo del movimiento mismo. Entonces introduce la inmovilidad, pero una inmovilidad a veces llena de tensiones musculares, como es la de la bestia en acecho, como puede ser la del corredor, cuando está a punto de darse la señal de partida. La rapidez, el vigor del gesto a hacer, está en este instante en potencia en los músculos endurecidos y recogidos como resortes; su forma está ya dibujada por la distribución del tono en el aparato muscular. En esta acomodación en vista al movimiento se combina estrechamente la del aparato perceptivo, que no está menos tenso en el sentido del objetivo o de la presa, si ésta se halla presente, o si es solamente aguardada, presentida y como diseñada ella también en la actitud del animal juntamente con los gestos propios para capturarla. La función tónica puede así fusionar los dos polos sensorial y motor de la actividad y darles una misma orientación expectante. Se hace a la vez plástica y hormigueo de energía. Inmoviliza temporariamente el gesto, pero fomentándolo según todas las incitaciones perceptivas hacia las cuales el sujeto se ha vuelto más o menos curiosa o ardientemente.

La fusión con el objeto ante un espectáculo cautivante, la *Einfüblung*, se transforma así en algo distinto a una hipótesis o a un epifenómeno. Es un estado combinado de sensibilidad y de movimiento bajo la forma de la actitud, a la cual corresponde precisamente el doble carácter de ser simultánea o alternativamente preparación para el acto y espera, pre-movimiento y pre-percepción. Tan pronto es una fase, tan pronto otra la que puede determinarla. Cuando el animal se lanza sobre su presa, la excitación vuelve al medio para modificarlo por un proceso centrífugo, conforme a las necesidades o designios del sujeto. Cuando se producen gestos de acompañamiento o de enderezamiento, la acción ha llegado a ser simple participación; el drama queda confinado al dominio de las actitudes y el sujeto no es más que un simple asistente, pero el movimiento está siempre listo a surgir, a poco que haya discordancia entre el gesto real, cuya iniciativa y ejecución son por así decir delegadas a otras, y las actitudes con que el sujeto las acentúa y acompaña. Por último, todo movimiento aparente puede ser aplazado, pero la actividad postural está lejos de extinguirse y es de ella que podrá salir la imitación.

Todo demuestra, en efecto, que la atención prestada por el niño a los objetos o a los espectáculos que le interesan no sólo no es pasiva, sino que además no se pierde, por más tiempo que tarde en producir sus efectos.

Cuando asiste a las cosas está en estado de impregnación perceptivo-motriz. Así como se ve, según Conradi, en los gorriones que aprenden el canto del canario, movimientos mudos de la garganta mientras escuchan, la musculatura del niño trabaja también durante todo el tiempo que mira o escucha. A menudo no son más que contracciones insensibles, pero que parecen rumiarse en el intervalo de las percepciones, y que acaban por último en ensayos de reproducción más o menos tímidos, más o menos logrados. El intervalo entre la impregnación y la reproducción puede ser de algunos minutos, de algunas horas, varios días o varias semanas. Pero cuanto más largo es, tanto mejor la fase de incubación demuestra la importancia del aprendizaje mudo que se ha procurado entre las percepciones iniciales y la adquisición del nuevo gesto.

Su duración puede, en ciertos casos, notarse muy netamente.

Dos o tres días después de haber estado en el circo el niño ensayará las volteretas del payaso. A los 2; el hijo de Preyer repite canciones de cuna que nadie en la casa conocía. Se descubre que las había aprendido de una sirvienta que se había marchado hacía más de tres meses. A veces, la diferencia entre la imitación y las percepciones actuales del niño permite descubrir que éstas son aventajadas por un modelo más antiguo. Grammont cita el ejemplo de una niñita en quien las palabras aparecían con una desinencia italiana, a pesar de que su gobernanta italiana se había marchado seis semanas atrás. La impregnación no sólo avanza, sino que puede desbordar ampliamente el poder presente de reproducción. Stern comprueba que, muy pronto, el número de palabras comprendidas por el niño sobrepasa en mucho el de palabras que sabe repetir.

En casos parecidos la imitación, que es la imitación verdaderamente iniciadora, no podría ser literal. No es la copia rasgo por rasgo de un modelo, cuya imagen estaría actualmente presente, ante los ojos, o ante el espíritu. Se adelanta a la representación. Es un ajustamiento de los gestos a un prototipo, que no es una figura, sino una necesidad latente, nacida de las impresiones muchas veces múltiples en su origen, y fundidas en el aparato donde se insinuarían como el estimulante de un esbozo confirmado y rectificado sin cesar. Su resultante es única. Pero no es aún más que un poder concreto y latente, que sólo el acto, reproduciéndose, revela a sí mismo. No es todavía una representación.

Sin esta relación inicial de la percepción con el movimiento, por intermedio de la función tónica o postural, el pasaje de las impresiones visual o auditiva a los gestos correspondientes sería inexplicable. Sin duda, puestas así en contacto con el sistema motor, pueden volver a encontrar las adquisiciones sensorio-motrices de la actividad circular. Pero su utilización no puede ser más que relativa, pues el aprendizaje de los movimientos imitados supone conexiones y un tipo de organización que se procura en un plano psico-motor más elevado. Sólo llegan a ser posibles después de una fase alternada de participación sensorio-postural con otros, y de elaboración postural y gestual. Así toma su significación concreta el rodeo por otros de la reacción imitada que Groos había intuido. La actividad

le da una orientación nueva. En lugar de volverse únicamente hacia el mundo exterior para modificar sus relaciones, se convierte en modificadora del sujeto mismo, cuyas reacciones no son ya solamente modeladas por las necesidades del medio, sino también según modelos exteriores. La conversión que se opera es la de la actividad inmediatamente utilitaria hacia la actividad especulativa.

La imitación no sobreviene antes de la segunda mitad del segundo año. Pues no es posible relacionar con la imitación, las sonrisas que el niño cambia con su madre, ni sus gorgoritos cuando oye cantar, ni la repetición de los gestos o sonidos que acaba de emitir él mismo cuando son, además, reproducidos delante de él. A estas reacciones, que aparecen entre los 3 y 4 meses, siguen, hacia los 6 u 8 meses, gestos convencionales, como batir las manos, saludar, dar vuelta los puños para hacer gracias, golpearse la sien, amenazar con el dedo. Según la justa observación de Guillaume, se trata aquí de simples respuestas a una señal habitual, obtenidas por medio de procedimientos diversos, tales como movimientos pasivos o selección entre los movimientos espontáneos del niño. Hacia la misma época se observan los gestos de acompañamiento, con frecuencia ritmados, frente a un objeto balanceado o de un movimiento alternativo cualquiera. Un poco más tarde, hacia los 9 meses, comienzan las manifestaciones de ecocinesia.

Un período bastante largo transcurre antes de que puedan señalarse hechos auténticos de imitación. Según Detaille, lo que llama "la imitación-copia" comienza a la edad de 2 años. Guillaume, cita desde la edad de 1;4 (22) el hecho de imitar, exagerándola, la marcha de un compañero. Pero según sus propios ejemplos, es preciso alcanzar la edad de 22 meses para ver al niño reproducir los movimientos de elevar los brazos extendidos a la altura de la espalda, lateralmente o adelante —estando en esta posición, llevar los antebrazos verticalmente o llevar las manos a la espalda — elevar la pierna, con la rodilla flexionada o extendida — inclinar el tronco hacia adelante, atrás, de costado — flexionar las piernas con las manos en las caderas — llevar la cabeza adelante, luego atrás, a la derecha, luego a la izquierda. Todos estos ejercicios, ejecutados de pri-

mera intención o después de algunos ensayos, suponen "un esquema corporal" ya muy complejo y destacado. A esta edad, en efecto, los juegos sensorio-motores del niño lo han inducido a establecer las conexiones más extensas y variadas entre sus campos sensoriales o *exteroceptivos* y posturales o *propriocep-tivos*. Son estas conexiones activas, es decir que no se limitan a la adición de relaciones simplemente yuxtapuestas, sino que son el resultado de cambiantes investigaciones y comportan por consiguiente un cierto grado de previsión o deducción. Así se explica la parte de intuición o invención que puede suponer el logro de estas imitaciones nuevas. Más o menos a la misma edad el niño quería saltar viendo saltar a su hermano, pero quedaba en la posición de partida. A 1;11 copia su marcha cómica, con el vientre extendido hacia adelante, o aun la actitud de una persona sentada, con las piernas cruzadas, o el gesto de un niño que se pone el pulgar en la boca y la otra mano en la oreja. En posesión ahora de su cuerpo y de sus movimientos se complace en hacer de ellos el instrumento de lo que ve realizar en torno suyo.

Es necesario entonces esperar hasta los 3 ó 4 años para que se produzca otra forma de imitación, la que Detaille llama "imitación fantástica" (imitación dramática de los americanos). Coincide en esta edad[5] con "la crisis de la personalidad". En la medida en que el niño experimenta la necesidad de afirmarse, se interesa por las otras personas como tales; lo manifiesta imitándolas, que es a la vez tratar de conocerlas mejor e intentar despojarles sus ventajas.

La imitación, al integrarse al comportamiento, recibe su sello y no es más que uno de sus medios. Así, a partir de los 6 años se torna *razonada y reflexiva*. Los intereses diferidos sustituyen gradualmente a los intereses inmediatos. El niño imita para llamar la atención, bien para obtener una recompensa, o un favor de afecto. La imitación se convierte en una demostración, más que en una reacción inmediata de simpatía.

Koffka juzga esencial la distinción entre la imitación por sí misma y la imitación motivada. Llama a una *espontánea* y

5 Véase Henri Wallon, *Los orígenes del carácter en el niño*, parte III, cap. VI.

a la otra *inteligente*. En la primera, el sujeto parece borrarse ante el modelo que actúa en él. Pero el modelo se confunde con el acto imitativo, o por lo menos no podría oponérsele, como un objeto exterior cuya réplica se trataría de dar. Es él mismo íntimo, y esto es lo que lo impulsa a realizarse efectivamente, a fin de completarse y restablecer el acuerdo en el aparato psico-motor, en el cual ha surgido bajo forma de percepción. En efecto, según la *Gestalttheorie*, o teoría de la forma en la cual se inspira Koffka, toda realidad, toda acción consiste en estructuras, es decir se compone de conjuntos organizados de donde los detalles o elementos reciben su sentido y su definición, lejos de determinar la naturaleza del conjunto por sus cualidades particulares. Cada estructura es una cierta ley de organización que puede y debe extenderse a dominios diferentes. Una estructura perceptiva puede y debe tener sus equivalentes motores, o más bien, los elementos motores que ella implica exigen ser ellos mismos incorporados a una estructura semejante pero hecha de movimientos. Toda percepción tiende así a realizarse en el plano-motor. La imitación espontánea es la coincidencia que se realiza entre una estructura perceptiva y la estructura motriz que le corresponde; es un modelo sensible que pasa de sí mismo al estado de movimiento.

Unidad cuya organización es muy superior a la simple sucesión de elementos que traduce la actividad en eco, la estructura que responde a la imitación espontánea no implica aún otras conexiones que las intrínsecas de donde resulta el pasaje de la percepción al movimiento. Entre las dos hay mucho menos dualismo que complemento recíproco y equilibrio. El modelo perceptivo no se opone al movimiento como un objetivo o una norma exteriores, aun si el acuerdo con la estructura percibida no se realiza de inmediato y si debe buscar la suya a través de algunos tanteos. Estas hesitaciones pueden anunciar ya la desunión entre lo que debe y lo que puede ser, no es sin embargo todavía más que una necesidad buscando realizarse, un resultado que se opera a través de una materia rebelde, una forma que ordena sus elementos. Despojada de sus postulados teóricos, esta comprobación de un modelo que empalma con el acto que lo expresa encuentra su explicación natural en la participación perceptivo-postural del ser vivo con las

cosas, cuando su actividad no puede consumirse inmediatamente en gestos modificadores del medio.

En la imitación inteligente el modelo, en lugar de imponerse, se deja elegir. Es el "querer" o "deber imitar" que se superpone al "poder imitar". Los motivos del acto llegan a ser extraños al acto mismo. Pueden ser comparados con él y tienden por consiguiente a hacer distinguir entre el acto del cual tórnase lícito decidir o no la ejecución, y el modelo que es ofrecido en deliberación. Tiende, pues, a hacerse una disociación entre lo que es percibido, imaginado o querido, y lo que es efectuado. Al plano de la acción pura, va a poder oponerse el de la representación. Al mismo tiempo el sujeto se percibirá más como distinto de sus actos y representaciones. Desde el momento en que él se opone al modelo como una cosa a imitar o a no imitar, es necesario que el sentimiento de su propia persona lo conduzca momentáneamente al acto encarado. Esta clara identificación de sus actos, de sus representaciones y de sí mismo supone que identifica correlativamente la persona de otros, de donde saca modelos y en cuyo émulo se convierte. Así la imitación participa de las etapas de la evolución psíquica, sometiéndose a su ley, o contribuyendo a su progreso.

Es fundamental para el futuro intelectual del niño, como lo ha sido para la especie, el pasaje que se opera desde su fusión con la situación o el objeto por medio de sus constelaciones perceptivo-motrices o de su plasticidad perceptivo-postural, hasta el momento en que puede darles un equivalente compuesto de imágenes, símbolos, proposiciones, es decir, de partes articuladas en el tiempo y gradualmente mejor descomponibles en sus elementos individuales. Colocada entre su participación en el modelo y la copia que termina por oponer a éste, la imitación está destinada a mostrar las formas y las condiciones de este desdoblamiento.

Sin duda, éste al principio tiende a operarse con respecto a otros. Aquí el niño, dominado desde sus primeras impresiones por sus conexiones con las personas de su ambiente, ejecuta sus primeras elecciones. Pasado el período de la imitación automática o espontánea, su imitación no se dirige indistintamente a todas, sino a las que, por un motivo cualquiera, se le im-

ponen más. En el origen, es un deseo más o menos total de unirse a ellas por una especie de participación efectiva. Freud ha indicado el sentimiento de ambivalencia que puede inspirarlo. El canibalismo daría la imagen de ello: absorber el objeto amado o admirado, lo mismo que analógicamente la madre devora a besos su criatura y casi la mordería, aniquilándola así, para sacrificarla a sí misma. Inversamente absorberse también en él de cualquier manera, en vista de una asimilación más íntima, hasta renunciar a sí mismo y anularse. Las dos tendencias pueden permanecer frente a frente, estimularse, eclipsarse mutuamente, sucederse una a otra. Así ocurre en el niño.

Este drama es el que Freud ha simbolizado con el complejo de Edipo. Parece que su alcance debe ser generalizado para responder mejor a la realidad. Su significación está lejos de ser siempre o únicamente sexual, y el padre no es necesariamente su objeto. Sin ser erótica, la rivalidad puede no obstante asociar tendencias asimilativas y homicidas, al modo de los celos, que no se produce sin una confusión de sí con otros en la imagen del regocijo, al mismo tiempo que parece necesario el aniquilamiento del rival para atribuirse el regocijo solamente a sí mismo.[6] Según Freud, el niño comenzaría por querer disputar su madre a su padre, deseando verlo desaparecer. Después, al obrar el remordimiento, lo tomaría por objeto de su admiración y por modelo a imitar.

En realidad, el orden es inverso. Acontece que aquellos hacia quienes el niño se vuelve, y que puede no ser su padre, sino seres con respecto a los cuales el apego que siente por su padre no es susceptible de inspirar ningún sentimiento de rivalidad, cautivan su interés por razones diversas: prestancia, señales de solicitud, de autoridad o melindres frente al niño mismo, atención o consideración de que son objeto. El prestigio que él les concede lo lleva a una necesidad de acercamiento y de semejanza que halla en la imitación su medio esencial. Pero este deseo de asimilación no se presenta habitualmente sin envidia, sea que haya sentimiento de fracaso, o voluntad de hacerse preferir, sea, en fin, que la imitación se dirija hacia la sustitu-

[6] Véase Henri Wallon, *Los orígenes del carácter en el niño*, parte III, cap. VI.

ción del modelo por el yo como hacia su realización total. La fusión al principio imaginaria quiere transformarse en real. Pero la fusión real acarrea la oposición con el ser real que es el modelo.

Este cambio no es privativo del niño. Existen sujetos que comenzaron por una completa devoción a la vida y destino de otro, que se sacrificaron, contentándose con vivir a su sombra o con no recibir más que los reflejos de su gloria, y que un día se levantan contra él como si fueran adversarios irreductibles. Todo lo que habían acumulado de él alimenta bruscamente todo lo que quieren llegar a ser. La personalidad del otro, lentamente interiorizada y el deseo, nacido en sordina, de hacer valer su propio yo, motivan que su sola evocación les resulte intolerable y tornan imposible toda coexistencia. La oposición es de aquellas que no admiten compromiso. El discípulo o el fiel no pueden soportar ni siquiera la imagen del maestro o del jefe. Una fidelidad absoluta corre el peligro de cambiarse en deseo de supresión. En el niño esta evolución no tiene la misma intransigencia sistemática, pues sus impresiones son móviles y múltiples; pero al parecer le hace adoptar los modos de su ambiente para oponerles después su propio yo, tomando así conciencia de sí mismo a través de otros. Queriendo ser semejante al modelo, se opone a la persona y debe terminar por distinguirse también del modelo.

La semejanza es una noción que agrega al desdoblamiento del yo y del otro el desdoblamiento de los objetos sobre los que recae el juicio de semejanza. También a ella le es necesario desprenderse de un confusionismo inicial. Claparède la ubica en el origen de la imitación, explicando a ésta por un *instinto de conformidad* que impulsaría a los individuos a parecerse entre sí. Esta necesidad de conformismo, bastante próxima, parece, del instinto gregario, distingue sin embargo ya, a los individuos de su conjunto, cuyo ejemplo recibe cada uno. Entre la conformidad, a su vez, y el sentimiento de semejanza hay una distancia que la imitación, precisamente, se encarga de franquear.

Invocar el instinto es renunciar a explicar. La conformidad es una cierta acomodación mutua posible ya de comprobar en

el animal. Dos perros que viven juntos llegan a ser complementarios uno del otro. No sólo sus hábitos les son comunes, sino que pueden compartir sus papeles, y este compartir es una participación de cada uno en la acción del otro. Nos da una prueba de ello la brusca adopción de los modos del otro, si le acontece ser privado de su compañero. Una perrita tenía la costumbre de acentuar con breves ladridos irregulares, los aullidos vocalizados de un perro cuya existencia compartía constantemente. A la desaparición de éste, ella hizo durante algún tiempo ensayos de ejercicios de vocalización, aunque estaba poco dotada para este género de gritos. En una acción de dos o varios, es la intuición de su totalidad la que realiza el acuerdo de los participantes. Si el puesto dirigente queda vacante, encuentra para ocuparlo a uno de los que desempeñaban un simple papel de acompañamiento. Así el asistente del cirujano aprende a suplirlo eventualmente, a pesar de no ejecutar sino los actos accesorios de la operación. Cualquier similitud de gestos en la colaboración tornaría respectivamente explícita la conformidad antes latente.

De este ajustamiento necesario de las actividades o de los comportamientos entre sí, acabará por desprenderse la noción de conveniencia recíproca o de semejanza, pero está lejos de implicarla y se comprueba bien antes de que se manifieste. Recién a los tres años, edad muy importante de esta crisis en que el sentimiento de su personalidad se afirma, el niño comienza a hacer gestos cuyo propósito es indicar una semejanza. A los 3; (15) hablando de una naranja grande, infla los carrillos para dar una idea. A los 3:2 imita con un movimiento de la mano el movimiento vertical de los caballitos de madera. Un poco más tarde, su gesto expresa la rotación de la máquina que los pone en función. Aquí no hay más simples movimientos de acompañamiento, sino gestos descriptivos en ausencia de la cosa. Indicar una semejanza y reconocerla son dos cosas distintas. Desde su segundo año el niño reconoce en una imagen o en una fotografía las personas o los objetos. Por difícil que se haya juzgado la interpretación de una perspectiva proyectada sobre un plano, es un hecho que en el niño es muy precoz y se observa también en ciertos animales como el mono. Pura cuestión de aptitud perceptiva: el reconocimiento es tan directo

como lo sería en presencia de la realidad misma. Muy diferente es la operación si se trata de indicar o imaginar una semejanza. Desde la edad de 15 ó 20 meses el niño es capaz de garabatear con un lápiz trazos visibles sobre un papel. Pero sólo a partir de los tres años ofrece sus mamarrachos, de cualquier clase, como el retrato de un animal o de un hombre. Así se realiza el desdoblamiento entre la cosa y lo que se siente que la representa o se le asemeja.

Esta figuración parece suponer la existencia previa de la representación. Está lejos sin embargo de realizar todas sus condiciones Las conexiones de la imagen y el objeto sufren un lento progreso. El niño se contenta con poco. Circunstancias de las que resultan una concomitancia o afinidades cualesquiera pueden reemplazar para él la similitud auténtica. La sucesión o la simultaneidad de sus impresiones concretas prevalecen por mucho tiempo sobre su poder de seleccionarlas a fin de elevarlas a su tipo perceptivo o ideal. El emblema, con frecuencia sin analogía apreciable con el objeto, precede a la necesidad de una efigie fiel. La representación es el fruto de un trabajo, del cual la imitación puede ser considerada como su preludio, y también como su antagonista.

La imitación se distingue de la ecoprasia, porque en su fase perceptiva es, al mismo tiempo que acomodación plástica al objeto, resistencia provisoria al movimiento. No es más la simple atracción sucesiva de ciertos gestos por la impresión correspondiente; es un registro de la escena en su totalidad de tal manera que reproduzca el acto entero, y no algunos términos que no tienen otra ligazón mutua que el orden en que han sido percibidos. Cuando un período de incubación precede a la reproducción, la imitación se aproxima a la representación, primero porque manifestándose mucho tiempo después del espectáculo original, exige un modelo íntimo que se haya independizado completamente de las influencias mismas de donde ella procede, y luego porque no ha podido realizarse de otro modo que por la congregación en forma íntima y latente de impresiones diversas y a menudo dispersas en el tiempo, por su reducción a una especie de resultante única.

De la misma manera todo acto de representación o de concepción debe, en sí mismo, ser simple y de aprehensión inme-

diata. Toda imagen, toda idea consiste en fundir en la simplicidad de un momento único de la conciencia un contenido múltiple de impresiones. Todo pensamiento es un sistema en el cual se halla una diversidad amorfa de experiencias, que adquiere figura y unidad para la conciencia. Imagen o idea, sea cual fuere la complejidad de las realidades de las demostraciones que le responden, no son otra cosa que el sistema simplificado bajo el cual la conciencia los capta de un solo golpe, en lo instantáneo, en lo inmediato del momento actual. En el plano intelectual también. Descartes pensaba que los razonamientos discursivos, por los que es preciso que pase nuestro espíritu en busca de la verdad, no pueden dar una sensación directa e irresistible de ésta, a menos de ser repetidos suficientemente para que sus términos sucesivos lleguen a reabsorberse entre sí y finalmente a identificarse en una fórmula, en que el espíritu pueda captarlos todos a la vez en el instante que se la representa. Así la intuición mental de donde resulta una representación concreta, o abstracta de las cosas, recoge lo que estaba desparramado, lo constituye en un estado más o menos denso de desarrollos virtuales, pero único y simple. Es exactamente lo que ocurre con la imitación en la fase de registro. Las escenas que han captado el interés del niño son reabsorbidas en un poder o en una necesidad de reproducirlas, que reducen la multiplicidad de sus detalles o de sus repeticiones a la simplicidad.

Entre la imitación y la representación hay, no obstante, esta diferencia; la representación pura integra la experiencia difusa en una fórmula que parece imponerse a la conciencia como definitiva y completa en el instante mismo en que se presenta, mientras que la imitación se realiza solamente en el tiempo y por una sucesión de actos en los que debe reproducirse la sucesión percibida. El resultado del registro que conduce a la imitación es una fórmula global, dinámica, un acto en potencia que no tiene otro modo de manifestarse que desarrollándose en el tiempo. La representación es una fórmula estática, bien delimitada, y que parece bastarse más o menos a sí misma en el momento en que es pensada. Sin embargo, para la imitación, la vuelta a la sucesión no es tan simple como podría

parecer y la representación no escapa tanto como parece a la necesidad de un retorno hacia lo sucesivo.

Lo que las opone más es su concurrencia, que las torna más o menos exclusivas entre sí. La imitación es más inmediata en el niño que en el adulto, y más frecuente en los adultos de inteligencia débil en quienes los medios de representación, imaginación, invención, las aptitudes para descubrir conexiones nuevas son débiles, que en el hombre cuya vida intelectual ofrece a las impresiones registradas vastas posibilidades de desarrollo y transformación. Por no poder emplearse en operaciones mentales puras, la excitación ligada a las impresiones vuelve a los gestos. Se resuelve, en seguida, o al final, en reacciones exteriores y liquidadoras. En el niño, cuyos poderes de inhibición son débiles, se efectúan fácilmente actos elementales a cambio de operaciones diferidas y complejas. Es así que la imitación misma tiene sus grados: o inmediata y fragmentaria, o recogiendo y organizando los elementos de una conducta de peripecias múltiples, en el curso de una incubación prolongada.

La integración, que reduce las impresiones o momentos distintos a la simplicidad de un prototipo dinámico o de una imagen, plantea un último problema, el del movimiento inverso, el del retorno a la duración, a lo sucesivo. A primera vista, no hay dificultades con la imitación, en la cual parecería que el orden de los gestos estuviera implicado en su esquema registrado. Y el problema no parece existir siquiera para la representación, que es la fórmula terminal en que se han insertado y delimitado los aspectos del objeto. En realidad, dicho problema obliga, en los dos casos, aunque en grados diversos, a remontar hacia un nivel de actividad que sobrepasa la simple apariencia material de los gestos efectuados.

En la medida en que hay modelo, hay un conjunto, es decir algo organizado e indivisible. El enlace recíproco de las partes y su enlace con el todo tornan difícil volver a encontrar aquella que atraerá el desenvolvimiento correcto de las otras. Los actos, reflejos o automáticos se desarrollan en el orden de los estímulos exógenos o endógenos que los ordenan. El acto de imitación responde a una impresión global que debe ser desmenuzada en sus términos sucesivos. Los primeros ensayos,

cuyos fracasos pueden prolongar el período de incubación, muestran entre los gestos a ejecutar una implicación mutua que obstaculiza su exteriorización en el espacio y en el tiempo. Se obstruyen entre sí, en lugar de progresar por etapas. Pueden estorbarse recíprocamente, mezclarse o aun bosquejar trueques irregulares. El éxito de una imitación no se obtiene sino en el instante en que el acto es capaz de resolverse en fracciones provisorias, y de articularse en gestos que tengan cada uno su topografía y su momento, sin dejar olvidar en el proceso de realización su totalidad ni su devenir. Algunas veces esta redistribución espacial y temporal en función del conjunto es imposible. Es lo que se observa en la apraxia. El niño comienza por ser apráxico, tanto cuando imita como en sus actos intencionales y de fuente intelectual.

La imitación más literal, la de un modelo copiado rasgo por rasgo, no escapa a esta dificultad. En lugar de actos a reproducir por sus propios gestos, la tarea puede ser modelar un objeto sobre la base de otro. De subjetiva la imitación pasa entonces a ser objetiva. Puede parecer que la conformidad con el modelo sea de realización mucho más elemental, cuando la comparación puede yuxtaponerle la copia en el mismo campo sensorial. En realidad, todo trabajo de comparación exige un desdoblamiento que la convierte en una operación ya compleja. El esfuerzo debe dividirse entre la ejecución y el *control*. Cuanto más exteriorizado queda el modelo más necesaria es, para asegurar el acuerdo, una imaginación capaz de extensión, de tenacidad, de autonomía. No hay transcripción, por mecánica que parezca, que no exija una transposición mental, un pasaje perpetuo del ejemplo al ejemplar, por medio de esquemas donde sin cesar esté confrontado el detalle actual con el todo. El trazado radical minucioso de rasgo por rasgo no llevaría sino a lo informe y a lo incoherente. Aquel que reproduzca un dibujo partiendo de un extremo hasta el otro, tendría que delimitar cada segmento y cada elemento de segmento en relación con las proporciones contiguas y elegir entre los detalles que se alinean de una a otra. Sin cesar tendría que evitar transgredir su progresión sistemática, a la que podría incitarlo el gesto o el detalle en vías de realizarse. Poco a poco

es el conjunto entero quien controla y ordena la ejecución de las partes.

Así el acto visible tiene por guía un poder de intuición, previsión y distribución que opone al espacio empírico del gesto, el medio ideal en que se dibujan las relaciones a realizar. Sin duda no es cuestión de fragmentar en una serie de imágenes la actividad dinámica. Es una transformación continua de estructuras, que tienden a unir y unificar la impresión del modelo y la de la copia. La operación es compleja y bipolar. Exige que el sujeto sepa subordinar su actividad sensorio-motriz a formas desprovistas de realidad sensible. La representación está allí en potencia.

La discordancia más o menos prolongada y sentida, entre la intención y sus efectos puede ayudarla a despejarse. Simple desacuerdo al principio entre ensayos y fracasos, indefinible, íntimo, pero que tiende gradualmente a disociar dos términos: la materia rebelde del objeto o de los gestos a modelar y el límite que los atrae, que los hace transformarse en vista del modelo a realizar. Este límite, germen de representación, se opone a los diferentes ensayos como lo que es perfecto, estable, definitivo, se opone a lo indefinido, a lo inasible, a lo informe. Con dicho límite apunta la objetividad. Si en efecto el pensamiento del niño permanece tanto tiempo dominado por sus impresiones sucesivas, si es esencialmente concreto y sincrético, es decir, impotente para analizarse, para diferenciar las relaciones que existen entre las cosas, es por no poder distribuirlas entre sí de una manera distinta a aquella en que nos son dadas en cada experiencia particular, por no saber formar imágenes distintas y diferentemente combinables, ni tener un camino de representaciones donde hacerlas evolucionar.

Así, cada representación, término al cual tienden y donde se integran impresiones correspondientes, no es un término aislable ni último. No está delimitada sino por sus relaciones con el conjunto de las representaciones, no se desarrolla sino por comparación y por oposición. Estancada e inerte se torna confusa, inadaptada a las exigencias de la acción o del pensamiento, infecunda, inútil. La patología verifica estados de no ideación, sin déficit intelectual, en los cuales la idea no puede desarrollarse ni renovarse. La impotencia resultante muestra cómo un

pensamiento normal debe poder desmenuzarse, analizarse, llegar a ser discursivo para subsistir y utilizarse. El orden del pensamiento no es dado por los acontecimientos. Ha de realizarse mentalmente. No se trata de estados que se desenvuelven en la conciencia como una película, sino de un orden abstracto que se superpone a la sucesión empírica, y del cual el espíritu debe disponer en el encuentro de las contingencias.

Pero estas relaciones entre las representaciones no son posibles sino por su retorno a la duración, con lo que surgen dificultades semejantes a las de la imitación. Es la misma implicación mutua de los términos que deberían sucederse, la misma impotencia, no sólo para hallar en qué orden colocarlas, sino para separarlas unas de otras, para disociarlas entre sí. La imagen sensible no es el único elemento constitutivo de la representación; se realiza aquí recibiendo una denominación que la clasifica entre las otras imágenes y le asigna su significación objetiva. Se ha dicho que es el primer grado del símbolo, pero es porque tiende ya hacia el lenguaje, el instrumento mejor sistematizado y más expeditivo del pensamiento que maneja, no las cosas, sino los símbolos, o que maneja las cosas por medio de símbolos.

Mediante el lenguaje las representaciones pueden desarrollar sus relaciones y volver a entrar en la duración. Su dificultad en el niño y en el afásico, que pierde su uso, es la de desmenuzarse en el tiempo. La realidad lingüística es la frase, no la palabra, que no existe sino por descomposición de la frase. Un semianalfabeto apenas sabe dividir en palabras la frase que escribe, une varias e inversamente corta la misma en dos. Según una observación de O. F. Cook, los *golabs* de Liberia [7] no saben que hablan con palabras dotadas cada una de un sentido constante en sus diferentes combinaciones: siendo la frase la unidad para la conciencia, cada una de ellas les parece cada vez exactamente adaptadas al original. Sin embargo, el niño no habla al principio sino por palabras, que son, es cierto, palabras-frases. Y la estructura de sus primeras palabras es de las más rudimentarias, es habitualmente la misma sílaba repetida. La intención que él quisiera expresar no llega a desarrollarse

[7] Citado por Lucien Lévy-Bruhl.

en términos sucesivos. El momento que llega a unir dos palabras es considerado por Oscar Bloch como una etapa fundamental. A partir de entonces, muy pronto sabe construir proposiciones de términos múltiples. Al mismo tiempo tórnase capaz de captar las relaciones entre sus representaciones, y por su intermedio, entre las cosas.

Aunque la imitación y la representación se desarrollan en dos planos distintos, una en el plano motor, la otra en el de las imágenes y los símbolos, y aunque así tiendan a entrar en conflicto, tienen sin embargo condiciones comunes, que se refieren a su comunidad de origen y a la similitud de su papel. Ambas se desarrollan, en oposición con las reacciones modificadoras del medio que son la consecuencia directa de excitaciones exteriores y apetitos, como una aptitud plástica de configurarse a sí mismo según el modelo de las cosas. He aquí su fase esencial. Los gestos o los símbolos que siguen son un retorno al mundo exterior y al movimiento, pero conservan de dicha fase su significación. Ambos son la reducción de impresiones más o menos esparcidas a una especie de fórmula única y como intemporal. A ambas incumbe resolver luego esta intuición global en términos sucesivos. Estas analogías no son sino formales; implican ciertas conexiones de acción recíproca.

Capítulo III

RITOS Y REPRESENTACIÓN

El análisis funcional de las relaciones entre la imitación y la representación puede encontrar su ilustración en prácticas habituales entre los tipos de civilización más alejados que nuestro conocimiento haya alcanzado. Entonces ya la representación aspira a modificar o a dirigir el curso de las cosas. Pero su dominio es aún demasiado restringido para que pueda sacar técnicas apropiadas. Retorna, pues, al gesto imitativo, para encontrar sus medios de acción y el acompañamiento concreto, que es indispensable, para que eche raíces definitivas en la conducta de los individuos.

Los mitos de que están penetradas la vida y la actividad de los primitivos, responden a prácticas que son un esfuerzo deliberado del hombre por constreñir las fuerzas de la naturaleza. Sus técnicas son un ritual trasmitido por los ancianos de generación en generación. No es otra cosa que un conjunto de imitaciones y de simulacros consagrados por la tradición y estilizados por la religión.

He aquí, por ejemplo, el antepasado totémico, un animal generalmente, que ejerce una acción constante sobre la vida del clan y sobre la de los individuos por toda su posteridad. Para simular su presencia y su influencia emplean exactamente el mismo medio que el niño frente a las personas con quienes intenta identificarse por imitación. "Vemos al antepasado —dice Lévy-Bruhl— representado por los actores bajo su doble forma de animal y de hombre. Su vestido (cuando lo tienen), sus adornos, sus danzas y sobre todo su interpretación recuer-

dan el comportamiento del animal. Imitan sus movimientos familiares, mientras el coro recita y canta los motivos esenciales del mito. Los movimientos del animal son reproducidos con la fidelidad que sólo un negro puede alcanzar". A menudo sus atavíos y una máscara completan la semejanza y por ende la participación. A veces la máscara es escogida con sumo cuidado, a fin de mostrar por momentos al hombre bajo el animal, es decir su unidad de vida bajo dos aspectos diferentes, o mejor la unificación de lo que ya se ha desdoblado: el ser en su realidad sensible y la imagen de la potencia que sostiene su existencia.

Nada mejor que esa máscara podría servir de símbolo al papel de intermediario que desempeña la imitación, para dar al objeto un doble que le sea idéntico, pero diferente. Es la paradoja, la contradicción, aún sentidas y destacadas entre la cosa y su representación. Considerándolas fundamentalmente unidas, es necesario evitar confundirlas, so pena de recaer en el dominio empírico de los puros efectos sin causa, de los seres anónimos sin prototipo, de lo simple vivido sin principio clasificador. El realismo ritual más estricto, el más elemental debe desempeñar su parte en la ficción si quiere salvaguardar lo que es el postulado del rito: distinguir de lo que es, aquello que lo hace ser lo que es preciso invocar para mantener o desarrollar su existencia. La ficción es un paso indispensable del pensamiento, desde que éste tiende a desprenderse de la percepción bruta. Las ilusiones del juego en el niño tienen por contraparte exacta el sentimiento y el deseo continuos de la ficción, como Janet lo ha notado justamente. Si presenta un pedacito de papel como un manjar suculento, la separación misma de los dos objetos es un estimulante de su placer. Sus juguetes preferidos son con frecuencia los más informes, aquellos por los cuales las condiciones de lo real dejan de dominarlo a expensas de sus veleidades imaginativas. Es el modelo íntimo que lo eleva sobre los datos de los sentidos, la representación que se hace valer o que quiere en sus comienzos situaciones delimitadas para conocer mejor la extensión de su poder.

La imitación ritual, no es siempre la de un ser vivo, un animal o escenas que pertenecen a su comportamiento, sino también imitación de situaciones deseables y de circunstancias que

se relacionan con ellas. "Se trata de hacer cesar la sequía... la operación consiste esencialmente en imitar lo que sucede cuando llueve. Un agujero se llena de agua, las ranas croan, los patos y otras aves sacuden sus alas y gritan; las mujeres se defienden lo mejor que pueden contra el chaparrón que las moja (el polvo de cristal que los hombres arrojan contra ellas)... Análogamente, en ciertos días, los nagas del N.E. de la frontera de la India descienden el sendero que viene de sus arrozales, a paso lento, la espalda curvada, como si cedieran bajo el fardo de su cosecha... Imitando la posición que llevarán si ella es abundante, la persuaden de que lo sea, consiguen que lo sea". La figuración imitativa quiere aquí constreñir al efecto a realizar la previsión, el voto. La representación que expresa se confunde aún con el deseo o la voluntad y no perderá su poder mágico sino en el momento en que ella misma sepa desarrollarse en principios positivos de acción.

La imitación puede también operar en sentido inverso, es decir que la acción es real, pero recibe la apariencia de una imitación, a fin de que el personaje imitado ejerza sobre ella una acción favorable. Por ejemplo, el feliz término de una navegación parece ligado a la navegación legendaria que se siente repetida. La navegación legendaria es el modelo tutelar de las navegaciones actuales. El piloto vuelve a vestir el traje del héroe, se pone en su actitud, reproduce su comportamiento. "Imitándolo, participa así de él tan íntimamente que no se distingue más". Consagrar su conducta a un ejemplo heroico o divino. hoy no se hace más que con una intención moral, y el imitador sabe bien que sólo puede comulgar con su modelo a gran distancia. Una nueva disociación se ha operado, pues, entre la representación como tal y los poderes que le eran atribuidos inicialmente. Sin embargo, luego no hace sino delegarlas a sus propias prolongaciones, es decir a los modos operativos en los cuales posibilita formular las experiencias pasadas.

Preludiando a la representación, la imitación puede también serle contraria.[8] La ilustración que de esto nos da el ejemplo

[8] Véase Henri Wallon, "De l'experience concrète a la causalité", en *Journal de Psychologie Normale et Pathologique,* mayo-junio de 1932; XXIX, 1-2, 134, París.

de los primitivos tiene aún aquí un gran relieve: "La razón de ser esencial de la ceremonia y de la danza —dice Lévy-Bruhl—, para aquellos que la celebran como para los que asisten a ella, es la comunión, la fusión mística que las identifica entonces, según los casos, con el antepasado místico o totémico, hombre-animal u hombre-planta, o con los «genios» de las especies animales y vegetales... Por el hecho de que el bailarín, en sus movimientos y gestos, imite, con la mayor fidelidad posible, al ser que intenta representar, se identifica con él... Bajo la influencia de la música y la danza que la acompaña, se ha visto a hombres y mujeres caer en un estado de ausencia completa, olvidar el mundo que los rodea y perder aparentemente la conciencia de éste. Estáis delante de ellos y no dan la impresión de reconoceros. Les habláis y no obtenéis otra respuesta que una mirada fija... Es en tales momentos que se realiza la comunión entre los actores de la ceremonia y las potencias o seres sobrenaturales... para quienes se celebra, quienes asisten y toman parte en ella".

Seguramente estos efectos tienen algo paroxístico. El gesto, sus ritmos, las salmodias, los cantos, la música acompañante, han terminado por reducir más o menos la actividad psíquica a las solas impresiones de la cinestesia, a los solos éxtasis de la gesticulación y de las actitudes. Sus influencias puramente subjetivas se sumergen hasta la conciencia de la figuración que les sirve de tema. El elemento propio-perceptivo del movimiento por sí mismo anula la naciente imagen ligada a la acción del mimo. Pero precisamente su dosis variable mantiene sin cesar la imitación entre el efecto motor y la representación. Están en un continuo conflicto. En el niño tampoco es excepcional ver que la exaltación del juego anule la conciencia de su ambiente y de su propia persona. Así, la imitación que tiende, por intermedio del gesto, a la identificación y a la sustitución, destruye, después de haberla preparado, la representación, que es una respuesta de donde debe desaparecer el movimiento.

Entre la imitación y la representación puede introducirse el simulacro: "Un medio de desembarazarse de una mala influencia alejándola... consiste en realizar, uno mismo, más o menos completamente, la infelicidad que se sabe inminente...

uno ha soñado que era apresado por el enemigo y torturado según la costumbre; al día siguiente hace que sus amigos lo aten a un poste y les ruega que le inflijan crueles heridas. Otro que ha visto en sueños su casa en llamas, le prende fuego al día siguiente, pero sin dejarla quemar hasta el fin, etc.... ¿Un battak ha soñado que lo zurran? Al día siguiente se hace dar algunos golpes por un amigo, para escapar a la verdadera paliza". Entre el simulacro y la realidad no hay aún aquí sino una imitación a voluntad de las consecuencias. Pero el simulacro, permaneciendo ligado a objetos materiales, puede emigrar al plano de los símbolos. "En Nueva Pomerania, cuando llueve demasiado, los sulka, para que cese la lluvia, ponen piedras sobre el fuego, pronunciando algunas palabras; cuando están calientes, las llevan afuera, siempre pronunciando fórmulas. Las gotas de lluvia, al caer sobre estas piedras se queman y entonces la lluvia cesa".

El progreso hacia la representación es evidente. Más que la escena mimificada el simulacro tiende a desprenderse de la actividad personal. Aparte del encantamiento, la acción del hombre no interviene más que para provocar un efecto natural. Un paso más y obra la más simple semejanza entre objetos, es decir, cualidades que, desprendiéndose de ellos, permiten unirlos, aunque sean distintos y aun en otros aspectos diferentes. Evidentemente, para el primitivo, la semejanza implica cierta comunidad de existencia y de sustancia, una especie de participación. Esto puede ser hasta un estimulante para descubrir semejanzas. Pero en la medida en que la semejanza conviene a ciertos objetos, tiende a convertirse en la representación que se desprenderá de cada uno en particular. En la medida en que ella permita asociarlas es, en potencia, categoría.

"En la época de las cosechas —relata Lévy-Bruhl— se enterrarán en el suelo de la plantación ciertas piedras cuya forma imita la de los tubérculos que se espera obtener. Estas piedras que se ponen cuidadosamente a un lado después de cada cosecha deben obrar a modo de modelos... Todo pasa como si los tubérculos fueran a la vez solicitados y obligados a conformarse según las piedras y alcanzar el mismo tamaño, y como

si el grosor de sus modelos mágicos se comunicara a ellos".[9] Aún aquí la eficiencia queda implicada en la imagen: es, en efecto, el estimulante necesario para determinar, en esta fase lejana del pensamiento el trabajo de comparación que exige el descubrimiento de semejanzas. Es necesario que sean una especie de virtud operante en las cosas para ser distinguidas y aisladas. Su extensión de un objeto a otro no es al principio categorial sino real; se hace por una especie de participación material. Sin embargo ya son la forma y la dimensión que se comunican. Después de haber sido la fuerza que constriñe las cosas, se transformarán en una cualidad para clasificarlas.

"Entre los papúas de Nueva Guinea, antes de la caza se invoca a ciertos cangrejos. Lo mismo que con sus patas, extraen los peces y otros animales de los agujeros en los corales, este poder que tienen debe obrar sobre la caza en la selva y «extraer en espíritu» a los jabalíes de sus guaridas, de tal manera que se pueda verlos y sacarlos". La desmaterialización de la representación es aquí un poco más impulsada; la semejanza entre objetos cede lugar a la simple analogía entre acciones de resultados semejantes. La participación material se convierte en un poder que se ejerce simbólicamente. Estas distinciones anticipan evidentemente las que el primitivo mismo podría concebir entre la acción material o mágica, entre lo real o el símbolo. No por eso marcan menos grados en su poder de imaginar los seres y sus cualidades.

La semejanza, la analogía, consideradas como eficaces, pueden ser además, provocadas y artificiales. Es la razón de ser de los adornos en los instrumentos de los primitivos. "Los mariudanim,[10] como tantos otros, adornan regularmente los objetos que fabrican con rasgos sacados del rostro y del cuerpo del hombre... Sin duda no obedecen sólo a la necesidad de satisfacer su gusto artístico. En la mayor parte de los casos quieren aproximarse así a los objetos de su prototipo mítico... que tenía también la forma humana... Se provee casi siempre a los remos de ciertos adornos —líneas espirales— que son ojos; lo mismo para ciertas flechas, para mazas, cestas y otros ob-

[9] Véase Henry Wallon, "Le réel et le mental" en *Journal de Psychologie...*, mayo-junio de 1935; XXXII, p. 464.
[10] *Ibid*, p. 464.

jetos trenzados, espátulas de betel, tambores". La abertura del tambor es la boca; se distribuyen sobre su tela gotas de resina para figurar los dientes; sin ellas no resonaría bien. La individualización de la imagen ha hecho en este último caso un nuevo progreso. Después de haber trasladado gestos humanos en la cualidad de los objetos, la semejanza se transfiere a una figura que es ya literalmente un símbolo.

El lenguaje, por último, tiene también su gran papel en los mitos y en las ceremonias rituales. Mientras el actor imita al antepasado, los iniciados hacen el relato de sus hazañas. No sólo explican los gestos del mimo, sino, según la función específica del lenguaje, enuncian lo que no puede ser imitado, lo que no es actualmente realizado o realizable, lo que pertenece a otros lugares o a otros tiempos.

Entre lenguaje y representación parece haber, en efecto, un lazo esencial. Una representación que no fuera connotada por palabras, sea por una simple consigna hablada, o por la expresión verbal, de una intención, no podría ser fijada por la conciencia. No podría, en todo caso, proseguir hasta ella ni encontrar las asociaciones necesarias para sus cambios. Pero siendo de origen social, el lenguaje introducido en la conciencia, impone a los datos de ésta, los cuadros de convenciones o experiencias tradicionales que derivan del grupo y de su vida colectiva.

Están ahí tan necesaria, tan estrechamente combinados, que no hay estados de conciencia que no se hablen espontáneamente ellos mismos. Cuando permanecen silenciosos, es que su manifestación oral está reducida. Pero si se afloja el control, ellos se anuncian. Así los labios se ponen a cuchichear en los momentos de distracción, y la obnubilación mental se acompaña de lo que Pick llama la "formulación verbal", retorno del lenguaje interior al lenguaje manifiesto. Entonces la poca actividad de que aún es capaz el sujeto, se formula en consignas simples simultáneamente ejecutadas. Si el acto se repite automáticamente es también su fórmula, a modo de letanía. Y su conjunto puede recordar el aspecto de prácticas rituales.

En este nivel de simple enunciación oral, las asociaciones quedan bajo la dependencia del gesto simultáneamente efec-

tuado y del lenguaje mismo. Tienen algo de simulacro. Simples analogías verbales reemplazan a la analogía real. Asonancias, rimas, la morfología de las palabras se adelantan al sentido y lo dirigen. Cuanto más pobre es la ideación, y más reducidas las relaciones que le son propias, el lenguaje parece poseer más poder intrínseco, virtud profética o mágica.

Puede así, en ciertos casos, estar en el origen de una leyenda, modificar una creencia no obstante fundamental, por más escrupulosamente conservadores de sus tradiciones que sean los primitivos: "Un clan los *sapi-ze*, llamados así por un antepasado mítico *Sapi*, ha recibido hace poco tiempo un nuevo padre totémico: la bestia de cuernos, simplemente por que este animal se llama en malayo *sepi* y ha sido conocido recientemente bajo este nombre por las mariud, que habitan en los aldededores de Merauke".

Así, aun en la palabra, gesto y contenido de la representación quedan frente a frente, buscando su equilibrio en una especie de conflicto latente. Esto muestra la dificultad de la evolución que ha podido mover al hombre a realizar la independencia de sus representaciones y de su pensamiento, a darles el pleno dominio de los gestos que les son necesarios para formularse después de haberlos precedido y preparado.

Tercera Parte

LOS PRIMEROS FUNDAMENTOS DEL PENSAMIENTO

CAPÍTULO I

LAS RELACIONES DE LO SIGNIFICANTE A LO SIGNIFICADO

Indispensable para pensar las cosas, la representación introduce nuevas conexiones entre ellas y el hombre. Ausentes, las torna presentes en el espíritu; presentes o ausentes, les hace posible establecer otras relaciones que las de la experiencia bruta e individual. Pero es al precio de una sustitución que pone en su lugar algún efecto sensible adecuado para significarlas. Poco importa teóricamente la naturaleza de este efecto, siempre que pueda ser tenido por una de las relaciones o por uno de sus aspectos, de sus propiedades, de sus consecuencias, en todas las circunstancias en que se trata de prever más allá de la realidad inmediata, evocar alguna cosa del pasado, o imaginar combinaciones hipotéticas.

La relación entre significante y significado no puede ser la simple resultante automática de la actividad práctica. No puede salir por vía de la complicación y unificación progresiva de simples combinaciones entre esquemas sensorio-motores.[1] No puede tampoco suceder por filiación directa de las reacciones inmediatas que suscita el medio. Sean ingeniosas o complejas, un abismo las separa del pensamiento que procede por representaciones o símbolos. El mono superior puede ligar el instrumento a sus movimientos y sus movimientos al instrumento, sin ofrecer jamás la prueba de que utiliza representaciones. Sin duda el palo, que al principio han hecho entrar en el cam-

[1] Véase la Primera parte, cap. I, de este libro.

po de su actividad las relaciones que el objetivo les hizo percibir, es pronto manejado por sí mismo. El animal descubre con alegría sus diferentes usos: sacudir por su intermedio los objetos alejados de su alcance, golpear en el agua de la cubeta para salpicar a sus vecinos, molestar a un pollo que pasa, etc. Pero no hay aún allí sino encadenamientos de los automatismos y ocasiones con el palo. Este no ha adquirido existencia por sí mismo. La diversidad de sus efectos maravillosos ha podido hacerlo comparar con el palo mágico. Sin embargo, la diferencia es grande. En su palo mágico el primitivo ha hecho converger su industria a veces muy sutil, para dotarlo de propiedades sorprendentes y, en todo caso, hace de él el soporte de poderes que se fundamentan en sistemas definidos de representaciones y creencias. La identidad del palo tiene algo de único. Sus poderes no son un efecto de las circunstancias, sino que los detenta él mismo. Ocupa un lugar determinado en un aparato ritual que está completamente penetrado de significaciones simbólicas.

Una prueba de que el chimpancé no obra todavía según la representación de los objetos, es su conducta con las cajas que no sabe colocar perpendicularmente debajo del objeto suspendido demasiado alto. No sólo no capta netamente su forma y equilibrio sino que no las aproxima más que a la distancia justamente necesaria para completar el alcance del salto que él es capaz de dar. No son nada más para él que una posición y un punto de apoyo en relación con la intuición o la experiencia que tiene de sus propias aptitudes motrices. ¿Cómo esta actividad práctica, que no conoce del medio más que los estímulantes y los medios inmediatamente utilizables que le proporciona el medio, podría dar cuenta de la representación?

La psicología tradicional alimenta una ilusión inversa. El umbral que distingue la representación y la realidad concreta está aún oculto, pero en sentido contrario, porque la representación es imaginada como anterior al objeto mismo. Es lo que aparece en la fórmula famosa de Taine sobre la sensación, definida como una alucinación verdadera. En una psicología que parte de estados de conciencia, es decir, del análisis de la conciencia por sí misma, la imagen es lo que parece el dato primero y esencial. La realidad le sirve de simple ocasión ex-

terior y de complemento, siéndole finalmente sacrificada e identificada. Tampoco aquí debe rendir cuenta del pasaje entre la actividad concreta y la representación. Ubicada en el punto de partida, la representación no da lugar a que se la considere como el resultado de un desdoblamiento entre el objeto y lo que puede llegar a ser su signo.

Sin embargo, por el contrario, es posible buscar cómo y en qué momento se opera este desdoblamiento. Un hecho muy general y muy importante, que podría ser considerado como su preludio, es la anticipación. Su papel es esencial desde esa primera imagen de las cosas que es la percepción. Muchas veces se define la percepción por su correspondencia estricta con lo real, como si fuera su calco en el momento en que se produce. Pero su análisis ha mostrado con frecuencia que el excitante que la evoca está muy lejos de responder a su contenido. Dicho excitante es la ocasión para una reacción compleja que es, esencialmente, una actitud, una preparación para el acto con todo el conjunto de imágenes que puede implicar la situación correspondiente. Esta tiene algo de inusitado y de ambiguo: la actitud evocada y su cortejo de imágenes pueden o no concordar con ella. Si el resultado defrauda la espera del sujeto, es preciso que la percepción se modifique, y así se producen alternativas, que muestran la falta de identidad inicial entre lo real y la percepción. El sujeto tiene que reaccionar ante una circunstancia exterior mediante un sistema perceptivo, que no tiene la prueba intrínseca de una exacta similitud entre ambos. La reacción perceptiva anticipa la situación o más bien su conocimiento, que es simplemente el acuerdo secundariamente comprobado entre la reacción perceptiva y la situación. En las condiciones ordinarias, la relación empírica, pero invariable, entre tal estimulante y tal sistema perceptivo crea una coincidencia que es naturalmente tomada por una identidad necesaria. Sin embargo, aún entonces, son inevitables cada vez, las pequeñas rectificaciones. Hasta tal punto se vuelve corriente y prácticamente instantáneo el ajuste de nuestros sistemas perceptivos a la diversidad de lo real que ellas se operan más habitualmente de lo que nosotros lo sabemos.

A pesar de esta disociación en potencia entre lo real y su imagen que se observa en la percepción, no se le podría atribuir

tampoco al simple mecanismo de la anticipación, que es su causa, la oposición entre la representación y su objeto. Hay orígenes mucho más lejanos en la historia de los seres vivos para dar la explicación de hechos que sólo aparentemente datan de la especie humana. El mecanismo comienza con simples engramas * o registros que efectúa la materia viva de reacciones cuyo ciclo, al principio ligado a circunstancias exteriores, termina por reproducirse en sí mismo: tal es el ejemplo de la lapa que prosigue, en el acuario, abriéndose y cerrándose según el ritmo de las mareas. A un nivel más elevado, la anticipación se torna más selectiva. No es ya la simple consecuencia automática de las influencias sufridas, sino que guarda contacto con situaciones variables o fortuitas. Está ligada a una circunstancia, de la que depende que se ponga en juego antes que haya podido realizarse objetiva o subjetivamente la situación en su totalidad. La parte tiende así a suscitar los mismos efectos que el todo. Antes de que sea presumible la existencia de la percepción, es necesario suponer en los organismos el poder de repetir integralmente reacciones anteriores, aun cuando el actual estímulo no reproduce la totalidad del estímulo primitivo.

Un ejemplo de este caso ha sido estudiado experimentalmente por Pavlov y su escuela bajo el nombre de reflejos condicionados. Por ellos una circunstancia, en sí misma indiferente, se vuelve eficaz después de una asociación suficientemente repetida con el excitante específico del efecto a obtener. El conjunto de los dos excitantes puede compararse con una situación global en que lo fortuito estaría mezclado con lo esencial. Pero entonces interviene el poder diferenciador de la corteza cerebral, que Pavlov considera esencialmente un instrumento de análisis. No hay solamente transferencia de influencia entre el todo y la parte, entre lo específico y lo ocasional, sino que lo ocasional mismo puede ser seleccionado, delimitado gracias a un mecanismo activo de inhibición, que priva gradualmente de eficacia a aquellos matices o circunstancias cuyas repeticiones

* Término que se aplica a un estado de alteración permanente del tejido vivo, producido por un proceso de excitación temporal, que formaría la base de la memoria fisiológica y la herencia. (*N. del T.*)

no han estado jamás asociadas al excitante específico. Así el excitante condicional puede alcanzar una precisión creciente y reducirse a un rasgo extremadamente particular, cuya acción llega a ser la misma que la de la situación global. Por consiguiente provocará la respuesta a esta situación en su ausencia, es decir, también por anticipación, o antes de que haya podido ser completamente realizada por el sujeto. Parece entonces haber tomado el valor de una señal.

En la noción de señal parece que está implicada la de significación. Y, por esta razón, es un término que ha servido de unión entre casos muy dispares disimulando el umbral que los separaba. Una etiqueta de papel blanco pegada sobre una caja puede modificar suficientemente su aspecto para que una educación conveniente induzca al mono, o aun a otros animales menos evolucionados, a "reconocerla" entre varias otras cajas, por otra parte semejantes, es decir a ligarle exclusivamente la reacción utilizada por el adiestramiento. Esta misma etiqueta puede ser para el hombre una marca que responde a una consigna y a un medio de clasificación. Puede ser que exteriormente los gestos del hombre y del animal tengan cierta similitud. Y sin embargo las operaciones mentales de donde resultan no son manifiestamente las mismas. No obstante, se emplea corrientemente el término "señal" en las experiencias de adiestramiento para designar toda circunstancia destinada a diferenciar entre sí dos objetos o dos situaciones, como se emplea para las señales codificadas que debe tener en cuenta el conductor de una locomotora.

Si se acepta el término para casos semejantes al del excitante condicional es preciso, por lo menos, delimitar cuidadosamente el acto psíquico que le responde. A menudo se funden ahí los puntos de vista de quien instituye la señal, la elige entre otros efectos sensibles, para asociarla a una situación que comporta una respuesta determinada, y de quien debe conformarse a ella. El acto del primero consiste en la combinación, en la reunión de dos términos primitivamente distintos. Es de naturaleza discursiva. Con frecuencia se admite también semejante dualismo inicial para el del segundo. Pero entonces son posibles dos hipótesis contrarias. La convención puede adoptarse como

ha sido concebida, y el acto del paciente reproduce el del experimentador; pero los procedimientos empleados le indican suficientemente que tal no es el resultado de un adiestramiento. De lo contrario, la experiencia tendría por efecto unir, como dos eslabones de una cadena, dos reacciones psíquicas primitivamente extrañas una a la otra. Así, la formación de reflejos condicionados es frecuentemente referida a una "asociación" hecha desde el exterior entre elementos que tendrían una especie de individualidad previa. Igualmente, también ciertos autores se representan la importancia creciente del acto psicomotor como la unión o la asimilación mutua de un esquema motor y de una impresión sensorial que tendrían al principio una existencia separada. Es, sin duda, un hecho demostrado que corresponde a la evolución y a la maduración del sistema nervioso causar fusiones e integraciones funcionales más o menos extensas; pero que el aparato psicomotor o que la sustancia nerviosa puedan adquirir, por adiestramiento o por acción exterior, características que unirían lo que era distinto y discontinuo, es una representación atomística y mecanicista de la vida psíquica cuyo desacuerdo con la realidad se ha hecho patente.

Ni acto de intelección discursiva, ni simple agregado de un excitante a una reacción, "la señal" saca su poder, al contrario, de su fusión inicial con la situación de que forma parte. Aun en las condiciones artificiales en que se constituyen los reflejos condicionados, donde además se procuran ciertos adiestramientos, la estrecha unión del excitante elegido con el comportamiento total del sujeto es fácil de reconocer. Quedaría sin efecto y la reacción no se produciría, si lo esencial de la situación fuera modificada. En la criatura saciada o en estado de repugnancia hacia ciertos alimentos, el movimiento de succión no se efectuará, aunque el niño sea puesto en posición de mamar; y se sabe qué conjunto de condiciones negativas son minuciosamente verificadas en las experiencias de Pávlov, para evitar el menor cambio en la situación. Todas las circunstancias son mutuamente solidarias y están simultáneamente en el círculo del apetito, de la necesidad, de la función en juego. Entre ellas, la que servirá de señal, es aglutinada a las otras por las tendencias entonces despertadas y de donde todas reciben el poder de evocarlas más tarde. Resulta de ello un conjunto que recuerda

mucho más un todo indiferenciado que una asociación mecánica.

La señal tiene en este caso algo de concreto, de vivido. No es arbitraria en sí misma. Es la parte que induce el todo del cual no es aún ni puede ser distinguida. Es necesario, entonces, guardarse de darle, en esta fase, un valor significativo. Se establece por simple repetición de concomitancia, y se anula por repetición de no concomitancia. No está unida u opuesta a lo que provoca o impide por una operación autónoma de discriminación. La reacción de la criatura a la circunstancia que nosotros distinguimos e identificamos como una señal no implica de su parte intelección ni interpretación. El conjunto de sus primeros hábitos, que desempeñan un gran papel en su psicogénesis, es anterior a toda comprensión, a las relaciones de lo significante a lo significado. Aun en la conducta del adulto pueden observarse conexiones que aparecen sin que imagine su sentido ni su causa, sino fuera de tiempo, cuando por casualidad llega a reflexionar sobre ello.

En el mismo caso que la señal se halla el índice. Pero en lugar de estar en relación con la actividad del sujeto, está ligado a la situación. No implica necesariamente la representación, sino sólo la realidad perceptible. Es un dato sensible que no es ya el incentivo de una reacción, sino más bien la actitud de vigilancia con respecto a acontecimientos o presencias más o menos próximas, pero provisoriamente inactuales. No es sólo el detalle que hace anticipar al todo; es un vestigio distinto del todo, si bien tiene alguna relación natural con él. No está, pues, tan estrechamente ligado a la acción ni a la situación global como la señal. La anticipación se halla a más largo alcance. Inducciones y razonamientos pueden ser necesarios para llenar la separación entre el índice y el hecho correspondiente. La literatura se ha aprovechado de este tema para construir la novela policial, que sin descanso plantea problemas a la ingeniosidad adivinadora del lector. En estas combinaciones imaginativas, no obstante, las circunstancias desempeñan un papel mucho más decisivo que la naturaleza misma del índice, la conclusión a obtener es muy particular y el indicio, en apariencia al menos, trivial; las pistas están enredadas. En fin, y sobre todo, el resultado buscado no pertenece

más al dominio de las realidades actuales, sino que es una construcción para rehacer en el pasado, es decir, en lo que pertenece ya al plano de la representación.

El índice no opera por sí mismo esta transposición. No supone en absoluto un desdoblamiento entre la cosa y la imagen. Por más desunido que pueda estar de su objeto en el tiempo o en el espacio, es estrictamente una pertenencia de él. El animal que ha percibido su presa puede, en el curso de la persecución, no percibir más que un olor, sonido o huellas en el suelo o en la maleza. A través de estas impresiones divididas percibe sin embargo toda la presa. Con la ayuda de la experiencia, avivada por sus apetitos y sus tendencias naturales, hará pronto el camino en sentido inverso, y de una simple huella surgirán todas las reacciones, todos los automatismos que a la percepción total corresponde suscitar.

La señal y el indicio no tienen necesidad de ser conocidos por aquel a quien guían. En realidad, aislados momentáneamente del conjunto que anuncian, no son por eso aislables, y la relación que los une a él no necesita ser formulada. Basta que acarreen una reacción apropiada; su enlace con ella será confirmado por el solo hecho de que no hay fracaso sino éxito. De muy distinta especie son el símbolo y el signo. El desdoblamiento se consuma entre ellos mismos y aquello que indican. Son un instrumento de significación. Superponen ya la representación a lo real. Oponen lo significante y lo significado, pero de modo bastante diferente.

El símbolo en el sentido estrecho de la palabra es un objeto, pero un objeto sustituto de otras realidades —objetos, personas, acciones, instituciones, clanes, agrupaciones cualesquiera, etc.—, cuya propia realidad cambia por las que él representa. Se convierte en una significación. No es en sí mismo una representación, puesto que es algo concreto. Pero su función es ya representativa. La representación queda aún enajenada en un objeto: no es todavía formulable por sí misma. A menudo hasta la realidad correspondiente es de las que se sustraen a una intuición inmediata, concreta, precisa; por ejemplo, cuando se trata de entidades ideales o inasibles, a no ser a través de un largo desarrollo histórico o una multiplicidad más o menos difusa de acontecimientos, prescripciones, o seres más

o menos anónimos. De ahí el papel eminente que puede desempeñar el símbolo en las relaciones de la conciencia con el acto. Es el término concreto y su objeto lo abstracto. Presenta además numerosos grados. De simple emblema evoluciona hasta un símbolo matemático, que por sí solo puede representar conjuntos de operaciones no efectuadas pero ya previstas y regladas. Sin embargo reúne entonces, por su expresión gráfica, ciertas formas del lenguaje propiamente dicho.

El signo que da acceso al plano de la representación verdadera, puede no tener con el objeto correspondiente ningún lazo de pertenencia, ni de semejanza o analogía. No sería nada más que sonoridad hueva o grafismo arbitrario, incomprensible, sin la representación que tiene el poder de evocar y de la cual recibe su contenido, su papel y su verdadera existencia. Es un símbolo, depurado hasta el punto de no pertenecer más al mundo de las cosas. Al mismo tiempo que llega a serle totalmente extraño, es preciso que la representación, de la que es sustituto, tome con respecto a su propio objeto una verdadera independencia. Artificial en la medida en que su forma y su significación se hacen más abstractas, su origen mismo no puede ser buscado más en las cosas. Implica algo así como una complicidad, un entendimiento con otros. Tiene necesariamente por matriz la sociedad.

La explicación de los signos, y también en gran medida la de los símbolos, sólo podría ser histórica. En cuanto a su lugar en la evolución a tan grande distancia de la señal y del indicio, puede ser jalonado por el simulacro, que parece ocupar una posición intermedia. Este no es más ya, en efecto, el objeto mismo. Es su doble, tan pronto más semejante, tan pronto más estilizado, y de intención ya más práctica, ya más lúdica o estética. Pero se relaciona aún con el objeto de modo muy concreto por la acción que torna como concreto el objeto hacia el cual tiende. Aun cuando el signo y el símbolo son relativos al objeto por medio de la representación a la que están unidos en existencia, el simulacro es lo que realiza la representación en la medida en que ella se forma al lado del objeto, o con mayor frecuencia, en participación con él. Y por eso está más lejos de la representación objetiva. El simulacro es el acto que puede llevar a ella. Además, se mezcla muy íntimamente

con los símbolos en los mitos de los primitivos. En la evolución mental del niño ocupa también un lugar importante mediante los múltiples juegos que se inspiran únicamente en él.

Es difícil decidir si las etapas funcionales marcadas por la señal, el índice, el simulacro, el símbolo y el signo son etapas genéticas. Como en toda evolución, es posible constituir la serie progresiva, pero es mucho más hipotético indicar de qué modo se hace el pasaje. Sin duda, las actividades que se despliegan en la imitación y se ejercen en el simulacro, tanto en el niño en el curso de sus juegos, como en la especie en el curso de las civilizaciones más lejanas, oponen a las relaciones directas de acción recíproca, que son perpetuas entre el ser vivo y su medio, otro tipo de acción, que se realiza a imagen de las cosas y que acabará en la representación y el pensamiento transformándose en la imagen de las cosas. Pero esta filiación directa que lleva de la imitación a la representación y del simulacro al pensamiento simbólico y hablado, induce a plantear el problema en términos demasiado estrechos. El desarrollo de una función no se hace por y para ella misma, sobre todo cuando se trata de una función psíquica, y cuando esta función está tan estrechamente incorporada al cambio radical que ha significado para la especie humana la existencia de sociedades fundadas en la conservación en común, en el intercambio, en las transformaciones siempre posibles de las representaciones e ideas, cuyo poder de modificar su medio vital ha crecido día a día.

Las mismas causas que han hecho del hombre el animal social que es, le han dado su aptitud para formar representaciones. No es poca la importancia de definir entre sí las funciones que determinan o que contribuyen a la representación. Se inserta en todo un conjunto que en sentido amplio ha podido ser denominado función simbólica. La noción de símbolo fue extendida hace poco al lenguaje en todas sus formas, para reaccionar contra una concepción estrecha o más bien falsamente realista, que la identificaba con sus elementos y los pretendidos elementos de sus elementos, palabras e imágenes sensoriales o motrices de la palabra. Pero también para la representación sería valiosa una crítica semejante. Pues ella es erróneamente identificada con los elementos de la percepción,

como ésta con sus elementos sensoriales. La representación no está ligada a las cosas por una especie de similitud esencial. Ocupa su lugar en una cadena en que se suceden los sustitutos de las cosas, que permitirán manejarlas tanto mejor cuanto que se prestarán más a menudo para el manejo de las operaciones mentales. La representación sólo utiliza la función simbólica del lenguaje, y ella misma es cierto nivel de éste y de la función simbólica. Sin embargo, el lenguaje propiamente dicho es el ejemplo más demostrativo que las discusiones ya clásicas han brindado para dar cuenta de esa función simbólica.

Su carácter específico ha sido subrayado a propósito de la afasia, aun cuando el antiguo esquema del lenguaje adoptado por los neurólogos se ha revelado definitivamente inepto para dar razón de los hechos bien observados. Consistía en confundirlo con la serie de palabras que lo componen y las palabras con las imágenes auditivas y motrices de que estarían compuestas, de manera que si una lesión cualquiera destruía el centro de su inscripción en el cerebro, las palabras oídas no podían ser más reconocidas, y las que responden a las ideas o a las intenciones del sujeto no podían ser más articuladas. Según tales hipótesis, los estragos consistirían en la pérdida material de los constituyentes propios de cada palabra.

Algo de esta concepción sobrevive en aquellos psicólogos que piensan que el loro hablaría si agregara a su flexibilidad la vocalización, la inteligencia del chimpancé, e igualmente el chimpancé si su inteligencia estuviera servida por la garganta del loro. Esto es volver a reducir el lenguaje propiamente dicho a simples conexiones entre las actividades auditiva y fono-kinestésica, y juzgarlo un instrumento exterior al pensamiento, al cual podría servir o no sin causar ninguna modificación esencial. Sin duda, a pesar de la monotonía de sus gritos, el chimpancé les agregaría las acciones accesorias necesarias para elaborar un lenguaje, si estuviera orgánica y funcionalmente constituido de manera de poder sustituir a las cosas por imágenes o símbolos. Lo que se ha llamado el vocabulario del chimpancé se limita a una treintena de gritos tan diferenciados entre sí, como diversas son las situaciones a que responden, pero que no se producen jamás sino en su presencia. Por consiguiente, están ligados a ellas en la medida en que lo están al grupo de reacciones

que estas situaciones tienen el poder de provocar. Además, no parecen deber nada a la influencia del grupo sobre los individuos, mientras que lo propio del lenguaje humano es ser una creación colectiva a la cual cada uno debe adaptar sus aptitudes lingüísticas.

La teoría asociacionista y atomística del lenguaje ha terminado por ser denunciada, no sólo porque no concordaba con los trastornos del lenguaje mejor estudiados ni con lo que se observa en el aprendizaje de los idiomas, sino también porque postula la existencia de imágenes, como elementos de la palabra, en partciular de imágenes motrices, cuya realidad es casi inconcebible o por lo menos enteramente extraña a la ejecución efectiva de los movimientos. Hecha de estas imágenes, que eran más o menos asimiladas a estructuras o asimismo a elementos del sistema nervioso, la palabra misma recibía de ellas una especie de individualidad incambiable, que constituía como el fundamento absoluto del lenguaje.

Lejos de ser el elemento inicial y último de éste, las palabras no son, por el contrario, sino su efecto. Tienen en él una existencia en cierto modo contingente siendo lo esencial la función que permite sustituir el contenido real de las intenciones o de los pensamientos y las imágenes que lo expresan por sonidos, gestos, o hasta objetos, que no tienen con ellos otra relación que el acto por el cual se opera el enlace. La función simbólica se reduce a este poder de sustitución. No es la simple suma de gestos determinados. Es lo que establece una ligazón entre un gesto cualquiera, a título de significante y un objeto, un acto o una situación, a título de significado. No es por otra parte adición, sino desdoblamiento. No es la asociación de dos realidades primitivamente desunidas. El error del asociacionismo es querer recomponer la vida psíquica en sus comienzos con elementos que es posible aislar bajo forma individual solamente al término de su evolución y diferenciación. La función simbólica es el poder de hallar a un objeto su representación y a esta representación un signo.

Seguramente los idiomas constituidos parecen imponerse desde afuera. Es preciso aprender a reunir cada término con la noción correspondiente. Pero lo que posibilita este aprendizaje es la función simbólica misma. Cuando falta, la ensambladura

permanece particular y precaria. Es un simple hecho de adiestramiento, estrictamente limitado a las circunstancias que lo han hecho nacer y del cual está ausente toda significación. Los ejemplos de mutismo psíquico sin degradación intelectual lo señalan bien: es posible inducir al sujeto afectado a enunciar cierto conjunto de sílabas cuando se le muestra cierto objeto; es mucho más difícil hacerle conocer el objeto ante la audición de estas mismas sílabas [2]; pero sobre todo es una adquisición que se pierde pronto si no es mantenida, y que no logra generalizarse ni operar la sustitución del objeto por la palabra.

Entre el aprendizaje de los idiomas extranjeros y el del idioma materno hay, por otra parte, una diferencia. Este último no comienza por oponerse al sistema formado de las intenciones y pensamientos como un instrumento rígido, cuya estructura y uso no conocería el niño. Éste inicia su acceso como a algo que está estrechamente incorporado a las relaciones de su ambiente con él, y que se incorpora también estrechamente a sus necesidades y deseos, después que le resulta una fuente de informaciones y revelaciones diferentes y mucho más vasta que las debidas a su experiencia directa de las cosas. Son éstos, asimismo, dos mundos que no llega siempre a conciliar sin conflictos ni contrasentido.

Cuando los signos se subordinan a la función simbólica, se advierte su relatividad. Su significación supera su existencia puramente formal. Entre ciertos límites pueden intercambiarse, modificarse, alterarse sin que el pensamiento sufra necesariamente un detenimiento o una deformación. La palabra puede dejar lugar al simple gesto. El lenguaje manual habría precedido al lenguaje oral. La mano habría sido el primer instrumento para expresar relaciones y Cushing pretende haber reconocido en los primitivos, vestigios de conceptos manuales. La voz no habría hecho, al principio, sino dar una puntuación afectiva a los gestos descriptivos de la mano. En el empleo de las mismas palabras subsiste un gran margen de relatividad. Para el adulto, sin duda, que está fijado en cierto sistema

[2] Véase Henri Wallon, "L'interrogatoire chez l'enfant", en *Journal de Psychologie*... enero-marzo, París, 1924.

lingüístico, el pasaje de un idioma a otro parece producirse literalmente como con ayuda de un diccionario. Pero en este caso el conocimiento y el uso del idioma resultan penosos e inapropiados. Lo ideal es "pensar" en el idioma empleado, es decir que la palabra, pasando al segundo plano, debe seguir automáticamente al pensamiento. En un niño bilingüe, con quien las mismas personas utilizaban el mismo idioma. Tonjat ha podido comprobar que los dos idiomas coexistían sin que el niño lo advirtiera. Las palabras diferían según la persona a quien se dirigía y él creía repetir exactamente lo que su padre acababa de decirle cuando lo traducía a su madre. Es la anulación del signo ante la significación.

Pero, bajo su aparente identidad, el lenguaje hablado está lejos de presentar una exacta identidad funcional. Es necesario distinguir planos diferentes, cuya existencia se desconoce con frecuencia, porque, en la práctica, es frecuente el pasaje de uno a otro. La afasia puede sin embargo abolirlo en sus formas superiores y respetar la más primitivas.

Es, para comenzar, el *grito*, que pertenece al complejo de reacciones psicofisiológicas provocado por la situación crítica del momento. Posee entonces un valor expresivo, pero deja fuera de él todo el contenido representativo. El equivalente es, en el lenguaje del adulto, la exclamación, que puede ser un medio de acuerdo entre los individuos, y desarrollarse como una especie de participación o de comentario emocionales, mientras que evolucionan la situación, la escena, el relato. Subraya los cambios de éstos, y, por sus modulaciones variadas, puede tornarse simbólica del acontecimiento, a medida que es vivido. Puede también señalar una necesidad. Es el lenguaje optativo e imperativo, primera forma del lenguaje en el niño, para quien sus relaciones con el mundo exterior exigen con gran frecuencia la intervención de otros. El lenguaje es así su procedimiento habitual de obligar a la realización de sus deseos. No hay nada de sorprendente en que se haya apelado a su carácter mágico.

El lenguaje está, pues, estrechamente mezclado con la sensibilidad del sujeto que habla. Tiene algo de irreflexivo y primitivo que lo pone bajo la dependencia de las circunstancias

y que, por consiguiente, no plantea el problema del orden el cual debe desmenuzarse. Pero también, sea cual fuere su valor expresivo para otros, no tiene para el sujeto mismo sino un débil valor representativo. La representación, en la medida en que puede existir, está en el conjunto de la situación y de las reacciones suscitadas, más que en la expresión oral aisladamente tomada. Las cosas cambian cuando el lenguaje ya no es más el simple efecto de las circunstancias o del deseo, cuando se transforma en una consigna, es decir, cuando acompaña, no las impresiones recibidas, sino el acto a ejecutar. Entonces él puede traducir y dirigir el orden que debe poner en el acto. Por ende debe él mismo presentarse bajo forma de sucesión y esta sucesión plantea problemas.

Pero un caso más difícil aún es cuando no hay más sostén recíproco entre un acto que se desarrolla y los comentarios o consignas que lo acompañan; cuando el lenguaje es, por así decir, librado a sí mismo, y debe evocar una situación o un objeto, sin que éstos sean la ocasión para otras reacciones, como son, por ejemplo, las reacciones sensorio-motrices que podría suscitar su presencia. Es entonces cuando el orden de sucesión entre los términos por los cuales deben expresarse la idea, el conocimiento, el pensamiento, va a exigir un progreso decisivo de la función.

Basta, para demostrarlo, recordar las etapas que sigue la adquisición del lenguaje. Como en los casos de imitación no literal sino innovadora, aquí hay todavía impregnación, y media un largo período de incubación, integración y discriminación de múltiples impresiones recibidas por el niño. La duración de esta adquisición latente puede ser medida por el tiempo que transcurre entre el momento en que el niño capta el sentido de lo que se dice alrededor de él y el momento en que se mostrará capaz de articular palabras. Ciertamente, su comprensión se conserva global por mucho tiempo. Puede estar más ligada a las entonaciones, al corte de frases, a las situaciones que éstas acompañan, que al detalle de las palabras. No obstante, se puede hacer gradualmente el inventario de las locuciones que el niño llega a comprender, mientras que es aún incapaz de formularlas.

Luego viene el momento en que el mismo busca expresarse

de otra manera que con ayuda de gestos o exclamaciones. Pero las palabras que enuncia son una condensación del objeto, de las acciones o deseos que responden a éste. Son, para comenzar, vocablos aislados, es la palabra-frase, al principio compuesta de dos sílabas semejantes o ligeramente diferentes: *dodo, lolo, papeau* (por *chapeau*).

El paso que debe después dar el niño tiene algo de esencial. Su palabra deberá necesariamente desmenuzarse en el tiempo, aun cuando la cosa a expresar responda a un rasgo momentáneo de su conciencia. La distribución en el tiempo de lo que se presenta al principio como simple intuición momentánea de la conciencia es, sin duda, la operación más crítica del lenguaje y del pensamiento discursivo. Es un caso familiar a todos el embarazo experimentado en una descripción o un razonamiento para saber por dónde emprenderlos y en qué orden proseguirlos. La misma dificultad se vuelve a encontrar en la evolución del lenguaje en sus diferentes niveles. Sucesión y coordinación de las proposiciones en la frase: por mucho tiempo el niño no sabe hablar sino con frases yuxtapuestas y por proposiciones principales. Asociación de palabras en la proposición; más pequeño, las une simplemente, sin partícula ni forma de enlace; es lo que se llama agramatismo o hablar como un negrito. Más pequeño aun, sus frases no tienen sino una palabra y sus palabras una sola sílaba repetida.

La comparación con los afásicos muestra que este poder de organizar la duración en función de la representación mental es una condición fundamental de la palabra. Pues, al mismo tiempo que se cimentaba el edificio supuesto del lenguaje con la ayuda de imágenes y que su definición como función simbólica pasaba al primer plano, las antiguas distinciones de la afasia en sensorial y motriz, según pareciera más ligada a la pérdida de imágenes auditivas o de imágenes motrices, daban lugar a otras distinciones donde, según su nivel, el orden sintáctico de las palabras en la proposición o el de los fonemas en la palabra, sustrayéndose al afásico, lo tornan incapaz de ir de los sonidos al sentido, o del sentido a los movimientos de articulación.

Pero otra observación de gran alcance es la simultaneidad

frecuentemente comprobada entre los trastornos de la palabra y los de la aptitud para distribuir los objetos en el espacio. Como los elementos de las palabras o de la frase, también ellos tienden a aglomerarse, a fusionar sus posiciones, en lugar de colocarse en los intervalos o en las direcciones indicadas. No se dejan más ubicar en un orden determinado, aunque fuese un simple alineamiento. Frente a estos hechos, ¿es posible no recordar que la inteligencia práctica está también ligada al poder de reconocer, utilizar, modificar las disposiciones del campo perceptivo? Los contrastes señalados entre la inteligencia intuitiva de las situaciones y la inteligencia discursiva, que necesita de la palabra para enunciarse, no impiden entonces que dependan, en niveles diferentes, de condiciones semejantes. Las relaciones en suspenso son, para el afásico, las de los objetos a colocar en el espacio objetivo. El chimpancé, que quiere alcanzar su presa a pesar de la distancia o los obstáculos, debe reorganizar las relaciones en el espacio en función de sus propias posibilidades motrices: permanece entonces atado a las realidades sensorio-motrices. Cuando, por el contrario, las relaciones de los objetos en el espacio se han tornado extrañas a quien las percibe, pueden ser sublimadas y convertirse en poder latente de distribuir ante sí no sólo las cosas sino también los momentos del pensamiento. A pesar de esta diferencia esencial son, sin embargo, conflictos análogos los que han de ser superados en los dos casos. Los de la inteligencia práctica oponen al deseo, que empuja al animal directamente sobre su presa, circunstancias que es preciso seleccionar y tornar utilizables combinándolas. Los conflictos de la inteligencia discursiva se verifican entre la intuición mental, que tiende a expresarse globalmente, y un material de locuciones o de fórmulas entre las cuales es menester igualmente hacer una selección, e introducir el orden que conviene.

Órgano de esta expresión, el lenguaje no está sin embargo ligado al pensamiento como si no fuera más que su calco sensorio-motor. También presenta diferentes niveles funcionales. Si se agrega a la representación como un medio de evocarla, como su sustituto en las operaciones mentales y, en fin, como una delimitación que le permite clasificarse diversamente en

sistemas diversos de representaciones, puede igualmente permanecer extraño a ella y no tomar significación sino en la afectividad del sujeto. Es, pues, también una fuente posible de reacciones contrarias entre sí, según es fácil darse cuenta, con frecuencia, en las discusiones o en las improvisaciones verbales.

CAPÍTULO II

EL PENSAMIENTO SINCRÉTICO

Lo mismo que cada término del lenguaje debe, en la opinión común, estar dotado de un sentido definitivo y estable, con frecuencia el pensamiento es encarado como un sistema de conceptos estrictamente delimitados. Fundarlo en principios necesarios e invariables ha sido el objetivo de los filósofos que, como Aristóteles y Kant, han intentado deducir las categorías de la inteligencia. En nuestros días, aun Lévy-Bruhl ha opuesto el pensamiento de los primitivos que estimaba "prelógicos" al pensamiento "conceptual", en el que veía no sólo el tipo de nuestro pensamiento moderno, sino también de todo pensamiento susceptible de alcanzar el conocimiento del mundo. Es evidente que son indispensables definiciones estrictas para comprender y no confundir, pero su forma conceptual y estática es causa incesante de dificultades y contradicciones, que pueden resolverse de modo diferente según las épocas, los casos o inclusive las personas. La idea que nos hacemos del concepto y de sus relaciones con lo real ha de modificarse necesariamente.

Desde el estadio más concreto del conocimiento, la inevitable tendencia a estabilizar la representación de las cosas en imágenes constantes y de alguna manera normativas, donde la variabilidad de los aspectos bajo los cuales se ofrecen en el campo perceptivo se reduce a una estructura fija, muestra una diferencia entre el niño y el adulto. Éste logra mucho mejor no tener del mismo objeto más que una sola imagen, cualquiera sea la variabilidad de sus aspectos. Esta imagen tiene una potencia de comprensión mucho más grande, llega a ser capaz de

absorber todos los modos percibidos o eventuales del objeto. En el niño, al contrario, subsiste una especie de discontinuidad entre las diferentes imágenes de una misma realidad. Son a la vez más múltiples y más estáticas. La identificación se efectúa por islotes, sin aptitud para trasmutarlas unas en otras y reducirlas entre sí.

Resulta de ello que las representaciones del niño son mucho más condensadas, menos adecuadas y, en un sentido, más abstractas. Incapaz de acomodarlas a la variabilidad de los aspectos que toma el objeto, opone a menudo lo que sabe de él a lo que ve. También diferentes autores les han aplicado la distinción hecha por Luquet a propósito de sus dibujos, entre el *realismo intelectual* y el *realismo visual*. Dibuja los objetos no tal como debería verlos, sino tal como los conoce. De una casa alineará en el mismo plano, dos o tres de sus fachadas, aun cuando debieran estar necesariamente en abanico, o bien representará lo que ella contiene, como si las paredes fueran trasparentes. Muchas veces además se limita a yuxtaponer los elementos del objeto, a medida que los recuerda, tan pronto en el interior, tan pronto en lo exterior de su contorno; por ejemplo, lado a lado, en la misma cara un ojo de perfil o un ojo de frente, o bien la cadena de una bicicleta a la derecha, a la izquierda, o debajo de las dos ruedas. El realismo visual consiste, por el contrario, en representar la cosa tal como las leyes de la perspectiva pueden ofrecerla a la mirada. Según Piaget, el realismo visual y el realismo intelectual coexistirán en el niño, uno sobre el plano sensorial donde respondería a los datos de la experiencia, el otro sobre el plano de la representación mental donde no tienen acceso sino con retardo, debido a la ley de desencaje, no alcanzando las operaciones más difíciles del espíritu sino sucesivamente, la misma fase que las más elementales.

La asimilación del plano sensorial a aquel en que la experiencia estaría ya completamente realizada es, sin duda, demasiado simple. La inteligencia práctica, que se despliega en el plano sensorial o plano sensorio-motor, se muestra en efecto muy diversa en el niño y en las diferentes especies animales, según la complejidad de las combinaciones que es capaz de efectuar. Las relaciones geométricas o mecánicas que pone en juego no son un dato bruto de su contacto con las cosas. Están ligadas

a un poder de constelación y organización mental, cuyo nivel se eleva del animal al hombre y cambia según los individuos. Toda estructura realizada entre diferentes partes del campo sensorial es ya un acto de inteligencia. No es, pues, posible tratar al dominio de los sentidos como si fuera el suelo donde se encontrarían incluidas todas las relaciones que será sucesivamente lícito descubrir mediante el análisis y expresar en fórmulas intelectuales. El campo sensorial se modifica con el poder de estructuración de que dispone el sujeto actuante o pensante.

No significa sin embargo que las sensaciones sean una construcción del espíritu, ni que la realidad sea una proyección del pensamiento. En todo el proceso de las reacciones prácticas o de la evolución mental, las constelaciones intelectuales están subordinadas a la estructura real de las cosas. Siendo las reacciones, desde las más elementales a las más especulativas, el medio de obrar sobre las cosas, es necesario que se modifiquen si son inadecuadas, que se precisen y afinen si son insuficientemente adecuadas. Es esto precisamente lo que puede observarse en el niño que aborda el mundo con un bagaje de esquemas al principio demasiado parciales y demasiado groseros para la variabilidad de la experiencia y cuyo progreso intelectual consiste en una acomodación gradual de sus representaciones a las cosas. Los mismos grados permitirían, por otra parte, distinguir a los adultos entre sí. Los hay limitados a patrones ya intelectuales, ya estéticos o morales y que viven en una rutina hecha de pequeñas cosas. Son los que no saben descubrir ni innovar nada en un dominio cualquiera. Por el contrario, son originales los que saben reconocer mejor la discordancia entre los esquemas aceptados y la realidad.

Sin esos desacuerdos, que muestran las oposiciones de la realidad y de las imágenes imperfectas que, al principio, el espíritu se forma de ella, sin esta anterioridad de la realidad exterior respecto a la conciencia, el mundo sería pronto una imagen congelada, como lo era, por otra parte, en las civilizaciones primitivas, donde las combinaciones sociales marcaban con un sello dominante las conexiones intelectuales con las cosas, donde las representaciones místicas y no las representaciones naturalistas reinaban en la conciencia que el hombre tenía del

mundo. El ideal era entonces la tradición, la inmutabilidad de las fórmulas. En realidad, las mismas creencias persistían muchos siglos. Desde que la actividad se orientó hacia el estudio de las técnicas que se insinúan en la estructura de las cosas, se han introducido cambios rápidos en las concepciones del hombre.

La oposición del realismo visual o sensorial y del realismo intelectual no puede ser tomada como la de una experiencia en sí y un retardo en concebirla en toda la diversidad de sus aspectos y relaciones. Desde el plano sensorio-motor, donde se despliega la actividad práctica, puede haber pobreza o riqueza de relaciones utilizadas, fijeza o renovación apropiada de las conductas, simples automatismos y rutina o invención. La esquematización estereotipada del realismo intelectual tiene su equivalente en el campo de las reacciones sensorio-motrices.

La oposición está en otra parte. Si en los dibujos del niño el realismo visual sigue frecuentemente de lejos al realismo intelectual, no es necesario atribuirlo a que sólo cuando concibe este último el niño tornaríase capaz de representarse las cosas bajo su aspecto verdadero. Entonces debe más bien haber aprendido a inmovilizarse, a discernir cada aspecto momentáneo entre todos aquellos que le presentarían arbitrariamente sus ojos. Es necesario que él tenga conciencia de poder poner bajo esta imagen toda la realidad, toda la significación de las cosas, sin dejarse arrastrar inmediatamente a añadirle aspectos complementarios. La imagen única no es el punto de partida. La percepción comienza por multiplicar los puntos de vista, para las necesidades de la acción práctica en que ella se reabsorbe al principio. Después de haber realizado mentalmente la identidad del objeto bajo todos sus aspectos posibles, se la puede reconocer bajo una forma accidental, atribuyéndole sus constantes perceptivas, que son un hecho de conocimiento. Lejos de confundirse con las fuentes espontáneas de la sensibilidad y de la experiencia, el realismo visual supone un poder ya desarrollado de selección, identificación y simbolización.

En la fase del realismo intelectual el niño estaría inquieto por copiar el objeto. Lo dibuja de memoria o más bien según ciertos esquemas muy simplificados y más o menos estereotipados. Lo refiere a medida que evoca sus detalles, en un inventario más fortuito que sistemático. Colocado ante el objeto que debe reproducir, no lo mira más desde que se ha dado cuenta del "motivo"; y lo describe como sus medios le permiten traducir lo que tiene en el espíritu, sustituyendo éstos con frecuencia al modelo mental como al modelo objetivo. La comparación entre la trascripción gráfica y el modelo percibido supone, en efecto, un poder de desdoblamiento y control muy complicado. Cuando la trascripción llega a superar los simples procedimientos convencionales y tiende ya hacia una representación efectiva del objeto, se asocia primero a su aspecto ortoscópico, que es el que mejor responde a su estructura de uso. Porque es aún difícil al niño realizar el equivalente entre esta estructura tipo y todas aquellas que pueden gravitar alrededor de ella. Por último, procede por simple yuxtaposición; las fachadas de la casa son desplegadas lado a lado, en el orden de sucesión en que las recuerda. Lo mismo para los objetos que contiene o para las partes de la cara. Su reunión no responde a sus relaciones locales, no constituye una estructura, sino que muchas veces es determinada por el sitio que queda por llenar en el papel.

El realismo intelectual es, pues, en el niño, una forma aún rígida, más o menos dispersa y estereotipada de la representación. Sin duda supone ya una integración entre sus impresiones sucesivas, pero es una integración que las absorbe sin hallarse en estado de dar eventualmente a cada una su significación. Neutraliza sus diferencias, anula su individualidad. Responde a la necesidad esencial y elemental de reconocer prácticamente la cosa en sí misma, y no en sus relaciones variables. Debido a que tiende a esto solamente, no es capaz de unificar todos sus aspectos, cuando no son demasiado divergentes. Sustituye así la diversidad no sólo de los aspectos, sino la de las cosas por una imagen que su fijeza rígida torna necesariamente convencional. Cuando Bühler declara que el niño no percibe las cosas, sino que éstas son ocasión para que perciba sus propios recuerdos, expresa en términos inadecuados un hecho exacto. No se trata propiamente hablando de recuerdos, sino de ese extracto que permite, en oportunidad de cada impresión nueva, reconocer lo esencial de las situaciones o de las cosas y que no es todavía ajustable a cada caso particular.

En realidad, el niño no obra de modo distinto al del adulto, quien también, a propósito de cada impresión, comienza por identificarla con todas sus experiencias pasadas. Pero las fórmulas de su experiencia tienen, al mismo tiempo que una precisión mayor, el poder de expresarse en imágenes o símbolos más variables. El poder de identificación se extiende con el de interpretar las formas y de darles una significación.

Estas relaciones del realismo intelectual, y del realismo sensorial permiten resolver otra contradicción: la de lo individual y lo general. ¿Qué es lo que el niño percibe y concibe al principio?

Seguramente vive en lo concreto, en lo actual, que muchos confunden con lo sensorial puro. Parece más o menos incapaz de traspasar la impresión presente. Sólo lo ocupa el objeto que llega a ofrecerse a su actividad. Una comparación verdadera entre objetos está por encima de sus medios. Si pasa de uno a otro es, como ha dicho Stern, por *transducción*,* es decir, únicamente trasladándose de uno a otro sucesivamente. Si establece entre ellos una relación, es de orden puramente subjetivo o práctico, es una asimilación que depende de sus disposiciones, de sus necesidades o de ciertas impresiones entre las cuales no sabe diferenciar. Si reconoce semejanzas, son un simple reconocimiento, en el objeto presente, de experiencias pasadas, pero no pueden inducirlo a ordenar el caso actual, entre muchos otros eventuales en el cuadro de un rasgo dado, de una categoría. Si extiende de un objeto a otro una fórmula común, es por la *transferencia* entre estos objetos de una experiencia puramente concreta y práctica. Procede por vía de *analogía*, es decir que asocia sustancialmente objetos entre sí, pero no como los ejemplares de un concepto o de un tipo en sí mismo anónimo. En este sentido no percibe sino lo particular. Pasa de lo individual a lo individual.

¿Pero es capaz de captar lo individual como tal, distinguir entre sí a los individuos? ¿Qué percibe en realidad del individuo, sino precisamente lo que le hará confundir a los individuos? En lugar de clasificarlos, los asimilará de modo más o menos grosero, y sólo el acontecimiento le obligará de tiempo en tiempo a verificar distinciones de hecho. Así, comienza por llamar a todos los hombres "papá", hasta el día en que, si no es su padre, vea defraudada su espera a la respuesta más habitual. Cada vez que pasa de un objeto a otro, según él asimilables, atribuye al nuevo todo lo que sabía del primero, pero de manera confusa y de tal suerte que puede agregar al segundo algo que no está incluido allí, u olvidar en su presencia algo que formaba parte del primero. Así le acontece a la vez evitarse contradicciones y forjarse ilusiones, "inventar" se dice comúnmente. En realidad, se limita entonces a no eliminar del objeto nuevo lo que no le pertenece, y que proviene de experiencias anteriores. En suma, sólo lo completa indebidamente, sea según cierto hábito antes adquirido, sea bajo la impresión de una estructura bien definida, una estructura límite, como aquella en que se funden todas sus impresiones, en tanto dura su impotencia para realizar las estructuras diferenciales de los objetos que tienen alguna semejanza entre sí. En este sentido, las percepciones y las ideas del niño desbordan lo individual, y es por no poder ajustarse con precisión suficiente.

Nada en esto responde a la oposición de lo general y lo individual. Pues lo general supera lo individual en la medida en que el individuo puede ser ordenado bajo un rasgo netamente definido y por su intermedio compararse con otros, es decir, ser eventualmente diferenciado. Se trata más bien aquí de un enlace genérico que la sensibilidad o el pensamiento del niño anudan entre las cosas, asimilándolas más o menos entre sí. La semejanza que él les descubre resulta sobre todo de su propia actividad intelectual, perceptiva o afectiva. Las impresiones, los hábitos, los designios, las experiencias que procura en ellas, constituyen su sustancia común. Las une en la medida en que sus intereses y su conducta le hacen participar de su realidad en forma semejante; en la medida también en que puede olvidar, en el curso de la experiencia presente, algo de las experiencias anteriores, atribuyéndoles a veces indebidamente algo de las antiguas. El niño no alcanza ya lo general como no alcanza lo individual. Su imagen de las cosas

* Según Stern razonamiento (anterior a la inducción) por pasaje de lo particular a lo particular (*Nota del Revisor*).

es a la vez dominada por sus tendencias espontáneas y adquiridas y por las circunstancias del momento. No es analítica y conceptual. Es global y personal.

Se ha dado a este conjunto de rasgos el nombre de *sincretismo*. El sincretismo se opone simultáneamente al análisis y a la síntesis, que son dos operaciones complementarias. El análisis no es posible sin un todo bien definido. No hay síntesis sin elementos disociados, luego combinados o recombinados. El beneficio de la operación consiste en saber exactamente de qué está hecho el conjunto que resulta de la síntesis. Todo el esfuerzo del conocimiento o de la lógica tienden a esta determinación estricta de las partes, factores, argumentos, que entran en un objeto, un proceso o un razonamiento. El sincretismo del niño permanece ajeno a este doble movimiento de disociación y recomposición.

Las impresiones que él debe a cada situación o a cada objeto forman un conglomerado, donde se mezclan los motivos afectivos y objetivos de sus experiencias, sin que sepa habitualmente distinguir entre los dos. Uno de estos factores puede, según los casos, conducirlo al otro, un motivo particular eclipsar momentáneamente el resto, tanto que entre tales situaciones o entre tales objetos, el niño puede establecer apariencias que tienen sentido solamente para él y que el adulto considera irregulares o absurdas. Lo fortuito toma muchas veces el lugar de lo esencial, o más bien no hay ni esencial ni fortuito, no hay sino el todo simultáneamente vivido por el niño. A veces le parece a él que todo está en todo, que puede pasar de no importa qué a no importa quién. Pero inversamente, no hay ninguna medida común entre objetos o entre situaciones. Son conjuntos a través de los cuales la conciencia y la conducta del niño pueden, sin que él lo note, transformarse a medida que pasa de uno a otro.

Una de las consecuencias de estas variaciones desconocidas, es que el niño no tiene más que una idea confusa de los cambios propios de las cosas. Vive en una especie de metamorfosis difusa y continua, que explica en parte su facilidad para admitir las metamorfosis de los cuentos. El pasaje radical de una cosa a la otra es, tanto como la reducción global a lo idéntico entre diferencias eventuales, incompatible con la noción

verdadera del cambio, que supone la estricta identificación de lo que es idéntico, al mismo tiempo que la percepción de las diferencias graduales y específicas. Se necesitan términos fijos, señales, y, para comenzar, se necesita la fijeza del sujeto mismo con relación a lo que él observa o a lo que compara. Luego el niño se modifica a medida que pasa de una experiencia o de una observación a otra.

Creyéndose fijo, cree en la fijeza de todo. Sus representaciones tienen cada una algo de absoluto y estático. Metamorfismo y fijismo, son dos casos intercambiables.

Para salir de esta conciencia exclusiva y global que tiene al principio el niño de cada situación en el momento en que la vive e imagina, para desprender del objeto la representación, para articular entre sí las circunstancias que él encuentra confundidas, experimenta dificultades que le son sin duda comunes con las primeras civilizaciones, pero que no es cómodo imaginar, pues no es posible formularlas sino utilizando los términos con ayuda de los cuales, precisamente, se hallaron nivelados. No serían expresables si no se supusiera resuelto el problema. El niño, sin embargo, cuenta con esta gran ventaja sobre el primitivo: la solución está completamente lista, para el instante en que la maduración de sus aptitudes intelectuales le permita servirse de ella.

De estas dificultades, una de las más aparentes en el comportamiento del niño, y que pueda ya dar lugar a algunos ejercicios propuestos por el adulto, es la distinción de *lo uno* y *lo múltiple*. Supone la individualización, en la masa compleja de las impresiones y de las cosas, en su sucesión indefinida, de lo que debe constituir la unidad, de lo que debe ser susceptible de agregarse a sí mismo repitiéndose. La percepción no proporciona sino conjuntos, que deben justamente a su estructura unificante el ser percibidos. Asimismo una cantidad actualmente dada como tal comienza por ser percibida en su totalidad cualitativa. La numeración de los primitivos muestra que antes de ser enumerada unidad por unidad, una suma es primero descompuesta en grupos, cada uno de los cuales tiene sus medios de representación y propiedades mitad aritméticas y mitad místicas. Son los conjuntos-números de Lévy-Bruhl. Su existencia

no está fundada en creencias solamente, sino también en las necesidades de la intuición perceptiva e intelectual. Será necesario resolver su heterogeneidad inicial para encontrar por fin la unidad, esa abstracción siempre semejante a sí misma, sean cuales fueren las combinaciones numéricas de que forme parte.

Con la distinción de lo uno y lo múltiple se emparenta la de la *parte y del todo* que supone el poder de reunir en una realidad nueva lo que al principio de la experiencia práctica, sensible o intelectual, ofrece esparcido y sin cohesión o, inversamente, descubrir en lo que se presentaba como global, sin partes distintas ni disociables, elementos yuxtapuestos o articulados entre sí. Estas dos operaciones contrarias parecen condicionarse mutuamente, pero si hubiera prioridad de una sobre otra, la detentaría la segunda. El niño se muestra, en efecto, mucho más capaz de separar los elementos de un todo que le es dado en una vez, que reunir lo que su experiencia le ha hecho encontrar separado, y hacer de ello deliberadamente un agrupamiento nuevo. Sin embargo, fragmentar un todo no puede llevar a la concepción de las partes sino a condición de saber ya mantener la noción del todo. Y la dificultad se invertirá más tarde, cuando el niño deberá, no ya recortar concretamente de un objeto o de un grupo sus partes, conservando la imagen del conjunto, sino imaginar abstractamente el conjunto y confrontarle las partes que hay que sustraerle. En sus capacidades aritméticas la adición precede de lejos a la sustracción, pero en su manejo de las cosas la parte se desprende del todo antes de ser agregada a otras para constituirlo.

Otra dificultad ya supuesta por las precedentes, pero que las prolonga, es la que plantea la comparación de lo *idéntico y lo diverso*. Antes de poder descomponer y recomponer una realidad, es menester haber podido identificarla, es decir saber distinguirla de lo que no es ella. Inversamente, además, este trabajo de descomposición y recomposición desarrolla la facultad de identificación; obliga a reconocer lo que no es solamente distinto, sino semejante y más o menos semejante. Operando en el plano de las realidades prácticas y sensibles, pone en evidencia conveniencias e inconveniencias de hecho, pero su interpretación cualitativa abre un proceso muy vasto de definición y clasificación.

Aun más elemental parece ser el problema de *lo mismo y lo*

otro, que la conciencia evolucionada del adulto estimaría inexistente desde luego, siendo el principio de identidad el postulado mismo del pensamiento. Presenta por el contrario al niño una dificultad muy ardua, para quien ni lo individual ni el objeto como tales son un dato primero, sino que sus tendencias, sus necesidades, sus hábitos, inducen a proseguir o acoger indistintamente todo lo que es susceptible de convenirles. El margen de confusión puede continuar siendo muy grande, mientras no sobrevienen circunstancias que lo obligarán a una elección más estricta y más discriminativa.

La distinción de lo mismo y lo otro es necesaria para la identificación de todo objeto. Supone el poder de distinguir entre la cosa y sus cualidades, de clasificarla entre otras cosas según el grado o la variedad de sus cualidades, de ver variar sus cualidades o sus grados sin perder de vista su identidad. Le ocurre al niño ser incapaz de ello. Atribuye desde luego a cada objeto una realidad en sí, mientras no sabe distinguirla de otros objetos más o menos semejantes, y le ocurre fragmentar lo mismo en varias partes, si lo vuelve a encontrar o si lo debe imaginar bajo aspectos diferentes. No obstante lo mismo y lo otro parecen tomar su fuente en una distinción mucho más primitiva, la oposición especial de *aquí* y *allí*. Para el niño pequeño es una etapa el momento en que aprende a advertir que un objeto ha desaparecido y a buscarlo, sin dejarse distraer por los otros, en el lado que ha desaparecido. Un progreso semejante deberá cumplirse en el plano de la representación para que el objeto conserve su identidad entre los otros a pesar de sus alternativas de variabilidad o de inexistencia perceptivas.

Tomar todas estas nociones por datos *a priori* e indiscutibles es vedarse el conocimiento de los conflictos de donde ha surgido el pensamiento, y que se imponen al niño estimulando su esfuerzo. Cuando con el cálculo aprende algo así como la gramática de las relaciones sobre las cuales reposan la existencia de las colecciones, su crecimiento y su disminución, la existencia del todo y las leyes de su composición o de su descomposición, dicho de otro modo, su estructura numérica, es que ha resuelto ya concretamente el problema de lo uno y de lo idéntico. Ha resuelto ya contradicciones esenciales, al menos bajo

su forma más simple, pues ellas son susceptibles de reaparecer cuando se trate de operaciones más complejas y de objetos más abstractos.

Es preciso saber reconocer los diferentes aspectos de las contradicciones con las que tropieza el espíritu del niño, cuando se entrega a su laborioso trabajo de identificación y clasificación a través de los datos de la experiencia. Identificar la unidad, es decir, aislarla del conjunto en que era percibida y en la cual su existencia era confundida. Identificarla como unidad distinta en lugar de la unidad global, y sospechar o descubrir que ella misma es un conjunto. Identificar el objeto consigo mismo, aun cuando cambia; identificar el biberón vacío y el biberón lleno; reconocer que se trata de la misma leche, aunque sea objeto de deseo cuando el niño tiene hambre, y rechazada cuando está saciado. Entre las variaciones perpetuas que traducen las disposiciones modificables del niño, identificar la diversidad de los objetos, las trasformaciones de lo mismo, y percibir a la vez la identidad persistente de cada cosa y la generalidad posible de cada carácter.

El poder de superar tantas contradicciones supone el de atribuir a los objetos y a sus propiedades una existencia en cierta medida superior y anterior a la que es momentáneamente experimentada por sí mismo o por cualquiera. Es necesario haber llegado a ser capaz de rehacer la síntesis del objeto y de sus propiedades, después de haberlas opuesto. Los tanteos, las ilusiones prolongadas del niño muestran lo que esta operación supone de experiencias y de maduración mentales. A la realidad tal como le es dado vivirla, debe saber oponer la imagen de esta realidad. Es una sustitución que no se efectúa sin choques ni contradicciones. Por su naturaleza, la representación es antinómica de lo que tiene sin embargo por función expresar y traducir. Abre al niño toda una serie nueva de oposiciones que deberá reducir.

Capítulo III

LAS CONDICIONES ELEMENTALES DEL PENSAMIENTO DISCURSIVO

Las oposiciones de la inteligencia práctica y la inteligencia discursiva no les impiden tener algunas condiciones comunes. Pero este fondo común, transportado a sus planos respectivos de actividad, no les evita conflictos y contradicciones. El lenguaje, sostén necesario de las representaciones, al menos cuando deben ordenarse libremente entre sí para hacernos superar los datos inmediatos y actuales de la experiencia —lo cual es la condición misma del pensamiento y del conocimiento—, supone cierto poder de intuición espacial. La inteligencia práctica es tanto más desarrollada cuando se funda en una aptitud más extendida de captar relaciones geométricas o posiciones entre objetos simultáneamente captados en el campo de la percepción.

El espacio está implicado en todo movimiento ordenado con la serie de lugares en que él se despliega. Este orden, según Piéron, está inscripto en el sistema nervioso. Las localizaciones directrices que responden a los reflejos resultan de conexiones anteriores a toda experiencia, a todo aprendizaje. El movimiento, a menos de ser incoherente, supone en efecto una organización elemental, que por intermedio de las excitaciones a las cuales responde puede ser puesta de acuerdo con la organización de las cosas entre las cuales se desarrolla. El mismo hecho de que no haya concordancia sin aprendizaje, supone en el movimiento una topografía intrínseca y fija que sea capaz de ajustarse a la topografía del medio. Estas estructuras localizadoras

pertenecen a todo ser dotado de actividad motriz, algunas veces sin duda bajo formas extremadamente elementales, como en las reacciones llamadas tropismos; a veces, al contrario, bajo formas muy complejas, como en los automatismos diferenciados que ofrece la conducta de las especies superiores. En el hombre, en particular, la implicación de un orden espacial en el movimiento mismo es evidenciado por el trastorno que sufre su ejecución si este orden es imaginado en vez de ser abandonado a su realización espontánea. Entonces, todas las dificultades del aprendizaje reaparecen: por ejemplo, en el pianista que de pronto tratara de representarse los desplazamientos de sus dedos sobre el teclado.

Entre el espacio imaginado y el espacio motor puede haber pasajes, pero también oposición; su realidad es distinta. El aprendizaje de gestos nuevos parte de la configuración visual de ambos, pero no se cumplen sino después de la sustitución de su distribución óptica por una distribución dinámica, cuyas realizaciones y formas obedecen a influencias musculares y a ritmos que las hacen gradualmente diferir del prototipo-imagen. Lejos de ser idénticos o de coincidir exactamente, los dos campos tienen algo de heterogéneo que los pone fácilmente en conflicto. Con los automatismos espontáneos las estructuras miopsíquicas se anticipan a la representación. El niño en busca de su equilibrio necesitaría un gran esfuerzo para representarse los gestos que debe hacer para restablecerlo. El arreglo de los automatismos supone su subordinación exacta a las relaciones del espacio y del cuerpo; pero el espacio le es dado más por el laberinto que por los ojos. Lo que se podría llamar el espacio objetivo, es decir, aquel en que el sujeto puede oponerse a sí mismo en el mundo exterior y del cual puede hacer el punto de partida para su conocimiento de las cosas, se remontará, por el contrario, casi siempre a referencias visuales.

Este es el umbral entre la actividad psicomotriz y la actividad mental: dos planos distintos aunque en relación necesaria. "El pasaje de uno al otro parece producirse en el instante en que la noción del espacio, dejando de confundirse con el espacio de nuestros movimientos y del cuerpo propio, parece sublimarse en sistemas de lugares, contactos, posiciones y relaciones independientes de nosotros. Los grados de esta sublimación van

de lo más concreto a lo más abstracto y se hallan en la base de los diferentes esquemas con ayuda de los cuales nuestra inteligencia puede clasificar y distribuir las imágenes concretas o los símbolos abstractos con los que se torna capaz de especular".[3]

Con la inteligencia práctica, el espacio ya está en parte exteriorizado. Desborda el esquema dinámico del cuerpo propio. Pero si extiende su radio a las relaciones entre objetos que son independientes de nosotros, es no obstante estrictamente a los que, integrándose a nuestros movimientos, les permiten llegar a resultados que superarían su alcance natural. Entonces aparecen ya sistemas de movimientos que van a tener que modificarse en función de las relaciones percibidas entre las cosas. Pueden diferenciarse totalmente de los gestos espontáneos de apropiación directa y moverse en cadenas de operaciones que serán dirigidas por el instrumento o por el rodeo tanto como por el objetivo. Sin embargo, la intuición espacial no es aún la de las relaciones entre objetos tomados en sí mismos. Está implicada siempre en los movimientos a ejecutar; los instrumentos permanecen incorporados a los gestos y no son sino su prolongación.

También es diferente del espacio objetivo la intuición espacial subyacente en el lenguaje. Ella permite distribuir las partes del discurso en su orden de sucesión. Tampoco existe por sí misma. Permite solamente prever el orden correcto por una especie de evocación simultánea, cuyo fundamento no puede ser más que una yuxtaposición, es decir, el espacio. Pero esta distribución se opera sin ser percibida salvo en caso de duda o de dificultad, cuando es necesario, por ejemplo, pronunciar un nombre poco familiar o cuando, habiendo cometido una falta por el automatismo habitual, es preciso corregirse.

Sin embargo, esta intuición es ya de un nivel superior a la que supone la inteligencia práctica. Con ésta, por más complejos que puedan tornarse los problemas a resolver, los elementos de la constelación de donde saldrá la solución, son dados en el plano de la percepción. Es una percepción subordinada

[3] Henri Wallon, Congrès de Psychologie de París, 1937. Vol. de *Comptes rendus*, p. 131.

todavía a los movimientos capaces de modificar la situación para hacerla coincidir con el resultado buscado. Si hay realización de relaciones nuevas, todo se verifica en el plano concreto de relaciones y poderes actuales. Cuando se trata, al contrario, del orden a introducir entre los elementos sucesivos del discurso, la intuición que es a cada instante su soporte, no tiene nada de perceptivo. No puede ser sino mental, y su nivel puede medirse según este hecho: los animales, ya en posesión de una inteligencia práctica muy desarrollada, no conocen aún más que signos ligados directamente a la situación presente, y no saben construir un lenguaje que tenga su estructura propia y sea independiente de las reacciones inmediatamente suscitadas por las cosas experimentadas ahora.

La intuición propia del lenguaje no posee notas actuales en el mundo exterior. Se desarrolla en un plano de iniciativas puramente abstractas. Los trastornos que responden a los suyos en el plano del espacio exterior conciernen también a la acción. No incumben al poder de reconocer las relaciones efectivas de las cosas entre sí, sino al de colocar un objeto en una posición prescripta, aun cuando, por otra parte, la prescripción sea todo lo concreta posible. La ineptitud en los dos casos, se refiere a agrupar o ubicar según un orden determinado.

Aunque de un nivel superior de evolución, esta intuición se reabsorbe en el automatismo del lenguaje desde que la palabra se vuelve corriente, mientras que con la inteligencia práctica las combinaciones se renuevan, y se producen constelaciones inéditas entre estructuras perceptivas y estructuras motrices. El gasto de ingenio que exigen estas invenciones puede entonces parecer mucho más grande que con el ejercicio de la palabra. Pero lo que habría que comparar, no es el empleo de expresiones triviales y estereotipadas; es la adquisición del lenguaje por el niño, son sus ensayos para modelar las palabras y utilizar la sintaxis; son, en el adulto mismo, los esfuerzos que puede intentar para repartir en un cuadro apropiado de proposiciones o de ritmos, la lógica o las imágenes de su pensamiento.

Implicada en el automatismo del lenguaje y eventualmente evidenciada por sus insuficiencias propias, la intuición espacial

es igualmente necesaria en el juego normal de las representaciones, como sirven para demostrar otra vez aquí ciertos trastornos de su función, que les hacen regresar hasta las dificultades de su primer establecimiento y que muestran las contradicciones de las que ha debido triunfar. Las ideas fijas u obsesionantes son un caso límite que puede servir de ejemplo. Sin duda, ellas han sido explicadas de modo muy diverso. Para unos son el resultado de un trastorno afectivo que perturba la actividad psíquica, de una angustia que impone la presencia de ciertas imágenes. Invocan la inquietud del obseso y el alivio provisorio que puede experimentar, cuando le ocurre satisfacer su obsesión por un acto apropiado, o torcerla por un procedimiento derivativo o de defensa. Otros han insistido más en su aspecto intelectual, en la rumia mental que la acompaña, en los temas representativos que desarrolla, en la preponderancia de los temas ideativos que la constituyen.

Relacionándola con la psicastenia, P. Janet la define como una regresión de la actividad mental. En lugar de una conducta que responde efectivamente a las circunstancias, necesidades y fines de la vida real, se produce una agitación que, en el plano intelectual, toma la forma de ideas manifestándose por sí mismas con una intemperancia irreductible y monótona. A esta explicación mecanicista, Freud opone la de una motivación. La obsesión sería la satisfacción desviada, disfrazada, de ciertos deseos. Sería para los impulsos del inconsciente que la censura rechaza, un medio de hallar, no obstante, acceso a la conciencia, bajo la máscara de representaciones o prácticas que ocultarían su significación real.

En cada una de estas teorías hay cierta parte de verdad. Puede, en efecto, que las obsesiones tengan un carácter simbólico, y precisamente en esta medida pertenecen a la actividad ideológica bajo su forma primitiva, que no es lógica sino más bien imaginativa y en la cual las representaciones se combinan entre sí por lazos de afinidad y de contraste afectivos, o simplemente según circunstancias propias de la vida personal del sujeto. No es dudoso que la inquietud y reacciones emocionales a veces intensas acompañen a las obsesiones. Pero, en su forma y sus efectos, las obsesiones pertenecen a la vida intelectual. Son un equivalente ideológico de la afectividad. Marcan el

instante en que los afectos ocupan el plano de la ideación, pero tienen todavía a las ideas bajo su estrecha dependencia, lo que explica la oscilación que se observa en los obsesos entre sus reacciones afectivas y sus reacciones ideológicas, el eclipse frecuente de unas por otras. En este sentido las obsesiones responderían a un estado de regresión. No dejarían de tener cierta analogía con una fase infantil del pensamiento en que, encontrándose sin cesar la conciencia en la alternancia de imágenes que responden a ciertas aspiraciones y de estas aspiraciones mismas, las imágenes, en lugar de poder desarrollarse ideológicamente, persisten o se extinguen al punto.

Como las del niño, por otra parte, las representaciones del obseso presentan ciertos rasgos que las ponen en conflicto con las exigencias de la experiencia corriente, y en particular, con los datos bien ordenados del espacio o con las relaciones del yo en el espacio. La imagen, en efecto, parece suprimir la distancia y confundir el objeto con el sujeto. Presente en el espíritu parece presente en el ser mismo. Lo que permitiría la diferenciación, la intuición de un medio que se interpusiera entre la imagen misma y su motivo exterior, se ha anulado. Tal obseso, por ejemplo, no puede volver a contemplar un entierro sin que se sienta literalmente tocado, como si experimentara su contacto físico. Al mismo tiempo interpreta esta impresión, que no puede responder a ninguna realidad inteligible, bajo la forma de una relación con su propia vida o con las de sus semejantes. Sin duda, podría decirse que el hecho primitivo es afectivo y que la impresión local es la traducción imaginada, embargante, del sentimiento experimentado. Pero la distinción no parece fundarse en el origen de la sensibilidad y de la ideación. El espacio no es primitivamente un orden entre las cosas, sino más bien una cualidad de las cosas por relación a nosotros mismos, relación en la cual es grande el papel de la afectividad, de la pertenencia, del acercamiento, o de la acción de evitar, de la proximidad o del alejamiento. En lugar de suponer en el sentimiento del obseso una interpretación, una trasposición, parece más justo ver en él el retorno hacia un estado anterior a la exacta diferenciación de la impresión y su objeto, del yo y sus impresiones.

Otras obsesiones dan un ejemplo aún más neto de perturbaciones en las relaciones de espacio. El fóbico o el obseso, frecuentemente se torna incapaz de apreciar las distancias y las velocidades, de tal manera que teme efectos que todas las previsiones de orden espacial hacen imposibles. A punto de atravesar una calle, cualquiera sea la distancia a que perciba un auto, tiene la impresión que está ya sobre él. Es, luego, la confusión local del objeto percibido, y de su propia persona. Por un regreso a las sensibilidades más globales, lo que ve o imagina se expresa también en contacto físico. No es capaz de espaciar cada cosa a su distancia, ni sobre todo de oponer a su yo sensible los objetos de su sensibilidad. No sabe ya utilizar el espacio como un medio diferenciador.

Otro ejemplo más sorprendente aún es el género de fobia o de obsesión que parece ser el fundamental, que traduce la incertidumbre de nuestra estabilidad propia entre las cosas, de nuestro equilibrio en el espacio, o dicho de otro modo, la agorafobia o miedo a los sitios amplios. Consiste en la imposibilidad que experimenta el sujeto de atravesar un espacio libre. Siente, en el momento de aventurarse por allí, una angustia irrefrenable, sus piernas tiemblan, su equilibrio le abandona. Parece que se tratara de una regresión a la fase de su primera locomoción. No obstante, el niño pequeño puede vacilar y caer sin que la angustia acompañe sus primeros pasos. Por el contrario, a menudo se lanza con temeridad directamente adelante. El espacio que lo separa del sillón al que podrá agarrarse no es un abismo al borde del cual lo sobrecoge el vértigo. En la agorafobia hay algo que supera la simple insuficiencia motriz, y es precisamente la representación incoercible, inoportuna, rígida, rebelde a los ajustamientos de la acción. No existe ningún sentimiento de seguridad para el agoráfobo, a menos de flanquear los límites del espacio que ve extenderse ante sí.

¿No es un trastorno análogo al del afásico que no sabe colocar un objeto sino contra los bordes de la mesa sobre la cual opera? Igualmente, el niño muchas veces no puede comenzar su dibujo sino en una punta de su papel. En cada uno de estos casos la representación parece condensarse en el objeto o el accidente concretos; las distancias vacías pierden toda realidad y, por consiguiente, no pueden servir para constituir el soporte

común que les permitiría identificar y medir las posiciones respectivas de los objetos entre sí y con el sujeto. Es, en suma, impotencia para tornar real el terreno en que deben disponerse las cosas o los actos. La sola diferencia entre el afásico y el agoráfobo es que las relaciones anuladas en el primero son relaciones objetivadas en el segundo, quien se pone a dudar de su propia posición, de ahí el trastorno de los automatismos que la dirigen. Teniendo en cuenta la diferencia entre la actividad objetiva y la actividad subjetiva, la dificultad en los dos casos reside en distribuir los actos y los objetos en el espacio, por impotencia para imaginar el espacio vacío, es decir, el espacio como simple sistema de señal entre los objetos de la percepción o entre nuestros movimientos y el medio. Por otra parte, todo esto pasa en el plano de la representación; los impedimentos del fóbico están ligados a la intervención indebida de la representación en los automatismos.

El principio de esta dificultad no escapó a los primeros pensadores que investigaron cómo podrían estar de acuerdo la realidad y la representación. Justamente a propósito de un obseso, Chaslin y Meyerson pudieron recordar las famosas antinomias de los eleatas. Es imposible, dice Zenón, que la flecha lanzada en el espacio alcance jamás su objetivo, porque entre cada una de sus posiciones sucesivas y el objetivo hay una infinidad de posiciones sucesivas que para franquearlas necesitaría una infinidad de momentos sucesivos. Es decir, que la divisibilidad al infinito del espacio y del tiempo tornan todo movimiento imposible. Y por otra parte, ¿cómo imaginar su desplazamiento, si a cada instante debe ocupar cierto lugar con exclusión de otro? La imagen concreta de los objetos en el espacio hace inconveniente su cambio de lugar, lo mismo que la representación del devenir en general.

Los otros argumentos de Zenón llegan a una conclusión semejante. Por pueriles que parezcan, han sido discutidos con cuidado por los filósofos y los matemáticos. Recuerdan la afirmación retomada por Bergson: no se puede recomponer el movimiento con posiciones sucesivas, ni construirlo con inmovilidad; ahora bien, la representación delimita al ser y lo inmoviliza. Lógicos, pero absurdos con respecto a la experiencia, debían, para Zenón, demostrar la unidad del ser, es decir,

representarlo como escapando a toda relación, a toda división, a toda distinción. Tal es el ser global que puede existir para un pensamiento aún inepto para el manejo de las categorías intelectuales.

Zenón le rehusaba asimismo ser coextensible con el espacio, cuya existencia negaba como inconcebible, pues a todo espacio imaginado es necesario imaginarle un límite, que es a su vez un espacio al que también hay que imaginar un límite, y así sucesivamente. Hoy lo ilimitado, lo infinito, han llegado a ser nociones en cierta medida habituales, como consecuencia de una extrapolación virtual, cuyo resultado nos costaría representar. Pero esta idea es totalmente inconcebible, en particular para el pensamiento griego, cuyo esfuerzo habitual consistió en reducir cada cosa a su forma o a su tipo, cerrar el universo en una especie de armonía bien ordenada.

La dificultad que Zenón sometía a los hombres de su tiempo responde a una antinomia del pensamiento en sus relaciones con la experiencia bruta, que al principio no resulta pensable sino a condición de ser estabilizada, inmovilizada, de perder su devenir y su movimiento, de verse sustraída al cambio. Al menos, tal es la primera fase de la representación, cuando comienza a analizarse. Es el efecto que se observa aun en el obseso, cuyas representaciones asumen una especie de intemperancia primitiva, y en el niño. Imponen sus propios caracteres a las cosas. Congelan el objeto en el espacio, reducen el espacio a los objetos que contienen, buscan distinguir entre el sujeto que piensa y el objeto pensado, pero se limitan a yuxtaponerlos y aun a fusionarlos a veces. Es el pensamiento sincrético, y siempre subjetivo, que las categorías no han penetrado todavía.

El niño es incapaz de dejar de identificar con el objeto las circunstancias o particularidades que le permiten percibirlo o concebirlo, pero que no le pertenecen exclusivamente, y que permitirían clasificarlo entre otros objetos, por ejemplo, bajo el punto de vista de la dimensión, peso, color, etc. Cada una de estas cualidades es suya, evidentemente, y sólo su conjunto lo hace existir para nosotros; pero son al mismo tiempo algo relativo. Pueden servir para compararlo, definirlo, situarlo, y constituyen escalas que permiten relacionarlo con otros objetos cuya semejanza-diferencia puede limitarse a una de ellas so-

lamente. Son susceptibles de ser analizadas más finamente, tornando así la comparación más exclusiva y más extensa a la vez; el color puede ser reducido a grados de matiz, saturación, brillo, que permiten a su vez compararlo con otros colores, es decir, clasificar por su intermedio categorías aun más extensas de objetos. Pero el objeto mismo no es sólo diferente de otros objetos según la relación de estas cualidades; puede llegar a ser diferente de lo que era, cambiar de volumen, de peso, de tinte. He aquí lo que más puede desviar al niño en su esfuerzo por identificar las cosas, porque es aún prisionero de sus representaciones, de sus imágenes-definiciones, cuya naturaleza es ser estática.

Toda representación tiende hacia un límite estricto y absoluto, toma una especie de fijeza esquemática, cuando no es todavía o ha dejado de ser arrastrada en el curso de un pensamiento activo y capaz de adaptarse a la diversidad de los objetos, de modificarse según sus fines. La patología puede ilustrar de nuevo el caso del niño. Después de un período de depresión que había suspendido el libre movimiento de sus ideas, una enferma de Wimmer contaba que las cualidades de las cosas se le habían aparecido como rigurosamente conformes a su esencia. El cielo era absolutamente azul, como en ciertos cromos; las flores de una regularidad espléndida. Al borrarse las contingencias de la imagen y los grados de la sensación, cada objeto tenía como una cualidad específica e invariable. El mar es azul, la tierra es parda, la casa es blanca, sin atenuación y como por definición. Las imágenes que gustan al niño son las que presentan esta simplificación esquemática. Deben ser las que responden mejor a su representación de las cosas.

Sin embargo, toda imagen y toda sensación forman parte de un conjunto, no existen sino en una estructura. Un color es percibido por contraste sobre el fondo neutro; dos colores son diferenciados en razón de la relación que hace de ellos una estructura única. Cortado y tosco, al principio, el contraste se afina progresivamente, bajo la influencia de la maduración funcional, según Koffka, y también del ejercicio, de la experiencia. Así la graduación cualitativa se sutiliza cada vez más. Permite una diferenciación más precisa de los colores, sonidos, formas.

Al mismo tiempo la cualidad deja de ser la de un objeto particular para devenir "categorial".

Desde entonces entran en juego dos procesos inversos, pero solidarios. Por una parte, resolver los objetos en colecciones de variables, para asignar a cada uno su lugar entre los otros, en la red de apelaciones o de signos, en la de causas y efectos. Atribuirle, por otra parte, cualidades constantes, *sus* dimensiones, *su* forma, *su* color, *su* individualidad. Sin duda, intervienen influencias subjetivas en la fijación de sus rasgos esenciales. Son en parte relativas a las disposiciones afectivas del sujeto, a sus aptitudes prácticas. Vuelto a ver en la edad adulta, un objeto conocido en la infancia puede sorprender por la diferencia de la impresión presente y del recuerdo guardado. No obstante, la creencia en su permanencia intrínseca queda inalterable, si es de aquellos cuya naturaleza es no cambiar.

Reconocer la forma propia de un objeto, es reducir la variabilidad de los aspectos bajo los cuales puede presentarse, a una especie de canon. Es identificada en su aspecto ortoscópico, es decir, en la visión que daría de ella su orientación exactamente perpendicular a la línea de la mirada. Según Bühler esta imagen sería, en el plano sensible, el equivalente de un concepto. Sería un producto de la memoria, cuyas impresiones se superpondrían, a resultas de la impotencia del niño para oponerlas entre sí, distinguiendo las que actualmente experimenta de las precedentes. Pero esta confusión en una sola de las imágenes sucesivamente registradas no explica la forma privilegiada que las resume. Koffka, en efecto, destaca que, entre todos los aspectos de la cosa, su visión ortostática es a la vez fortuita y rara. Si prevalece sobre las demás se reduciría a una estructura particularmente simple y fácil de captar. En la concurrencia entre las impresiones dadas por el objeto, es favorecida la que se confunde con una forma regular. El adulto mismo, si no es experto en el arte del dibujo, representa una silla colocando el asiento y el respaldo en ángulo recto.

Esto, sin duda, es atribuir demasiado a la simplicidad óptica. Entre las formas geométricas, que son formas límites, las que el niño reconoce más rápido son, en efecto, las figuras rectangulares. La contingencia y el casi son más fáciles de eliminar; más que de una selección entre imágenes se trata de una

reducción. Cuando la forma es la de un objeto concreto, no siempre la más simple es la que identifica más pronto: el niño reconoce de modo muy precoz el rostro humano, pero no porque reduce sus rasgos a estructuras simples, sino por ese algo inefable que le ofrece su fisonomía. La reducción se convierte aquí en integración. La percepción es utilitaria y realista. Está hecha para dirigir correctamente la acción. Por encima de las impresiones sensoriales y sus estructuras específicas, tiende a captar la estructura de utilización, de la que hace la estructura de la cosa misma. Además la visión ortoscópica es la que responde mejor a la manera en que está construido el objeto y puede ser manejado, vuelto a manejar o empalmado en otros. La necesidad de definirlo por cualidades constantes tiene por razón esencial tomar su medida por y para nuestra actividad.

La constancia de forma, por otra parte, no es siempre estricta. Si el punto de vista perceptivo se aleja mucho del aspecto ortostático, la imagen del objeto será como una resultante de los dos y dará lugar a una forma intermedia. Así, no se trata de una imagen compuesta por superposición de clisés, ni de una imagen seleccionada por su mayor simplicidad, sino de una tendencia a hacer coincidir los datos perceptivos y las necesidades del acto práctico. Cuando la separación es demasiado grande y, provisoriamente al menos, irreductible, el ajustamiento se desencaja, es más o menos desplazado del objetivo hacia lo perceptivo. Esta imperfección que sólo el uso del objeto mismo o un poder de integración gradualmente desarrollado por el hábito puede evitar, es un testimonio del proceso dinámico, que exige la reducción del objeto a una imagen estática, constante, única. El resultado en el niño permanece por mucho tiempo frágil, fragmentario o ambiguo. El mundo de los objetos no tiene para él la misma firmeza positiva que para el adulto. Queda penetrado de incertidumbres y aun de ilusiones y fantasmas.

El caso de la dimensión constante o real del objeto es muy semejante. A una distancia de uno y cuatro metros, el hombre que nosotros miramos parece conservar la misma talla, aunque de una a otra su imagen sobre nuestra retina se reduce tres cuartos. Esta independencia entre el tamaño aparente de los

objetos y el de su imagen visual no es además absoluta aun en el adulto. A lo lejos, un hombre parece más bajo de lo que es en realidad, y una aldea situada a gran altura sobre la montaña o vista desde un avión parece inevitablemente un juguete de niños. Solamente entre ciertos límites, pues, se verifica el ajustamiento entre lo percibido y lo conocido. Helmholtz ve en ello un efecto de la experiencia. Stern invoca una asociación empírica entre impresiones visuales y táctiles. También habría que combinarles evidentemente impresiones motrices y locomotoras. En realidad interviene todo el campo de la actividad sensorio-muscular al servicio de la actividad práctica. Los objetos toman un tamaño constante, porque de otra manera no podrían desempeñar el papel de objetivos estables. La constancia de tamaño no existe para el niño sino a distancia muy débil.

No es verdad, sin embargo, como lo afirma Bühler, a propósito de su gusto por los cuentos de gigantes o de enanos, que el niño sea incapaz de identificar al mismo objeto bajo dos dimensiones diferentes. Al contrario: reconoce muy bien las personas en fotografías aun pequeñas. Su educación retiniana es en realidad muy precoz y acompaña sus ejercicios de acomodación frente a un objeto que se acerca o se aleja; desde sus primeros meses sus ojos aprenden a seguirlo. El espacio próximo que acapara sobre todo y hasta exclusivamente su atención es, por otra parte, aquel en que las variaciones de distancia determinan las más sensibles variaciones de tamaño retiniano. Pero identificar la imagen percibida con las imágenes retinianas, no es repetir, a propósito de la dimensión, el error de quienes se preguntan cómo la imagen invertida del objeto sobre la retina deja percibirlo enderezado. Este realismo elemental confunde con el acto total de la percepción, que es una investigación de numerosas referencias, un elemento aislado artificialmente no sólo entre la corriente de impresiones sin cesar transformables que multiplican las relaciones de las cosas y de nuestros órganos, sino también en su circuito fisiológico, donde las detenciones y las conexiones son numerosas. La representación es la integración de todos estos procesos; no es el calco de lo uno ni de su conjunto.

Por la percepción se trata de reconocer el objeto, y al objeto

conocido le es atribuida una dimensión. Eventualmente la talla puede ayudar al reconocimiento, pero porque estaba ligada precisamente al conocimiento del objeto. Cuando el niño quiere apreciar una dimensión, darse la imagen de ésta, se aplica no al contenido momentáneo de su percepción, sino al ser que la imagen le revela. La percepción no es para él más que un medio. Sin embargo, percibido o imaginado, un tamaño no tiene una existencia aislada. No puede ser discernido o identificado sino en una estructura, en relación con otras dimensiones que contrastan con él, o en relación con un fondo más abstracto y virtual de dimensiones anteriormente señaladas. El niño comienza por establecer contrastes groseros. Sus primeras estructuras afrontan los extremos. Capta mal los intermediarios, no imagina las transiciones. Ve difícilmente el pasaje entre sí y el adulto. Naturalmente, su propia talla es la que le parece normal. El adulto es un gigante, cuyas proporciones él empuja a su límite Pero está simétricamente interesado por lo muy pequeño, que transforma su debilidad en fuerza; maneja con pasión los animalitos.

Esta atracción simultánea por lo grande y lo pequeño responde a la fase en que no posee aún escala continua, ideal, que le permita alinear los objetos según sus dimensiones reconocidas o posibles. Su creciente finura de discernimiento entre contrastes cada vez más sutiles lo encaminará hacia allí. Surgirán así tamaños intercalares cada vez más numerosos. De la oposición cualitativa tendería a nacer su contraria: una progresión hacia las variaciones insensibles, una reducción a lo homogéneo de lo que era dispar. Como se trata de dimensiones y de volúmenes, la fusión entre la intuición de esta serie y la intuición del espacio, es manifiesta Sin embargo, el proceso es el mismo para series de donde puede parecer ausente el elemento espacial, las series de los colores [4] y de los sonidos, por ejemplo, o hasta series mentales.

Del caso particular sale, pues, su contrario, la categoría. Al principio, por diferenciación de estructuras gradualmente más próximas y más semejantes. Pero también por proyección de estas diferencias, por menudas que sean sobre un fondo continuo y apto para reducirlas. Pues no basta que sean comprobadas; deben también ser concebidas como posibles en toda su eventual diversidad. Es necesario algo común aunque no fuera sino un medio donde disponerlas a voluntad. El orden a reconocer entre ellas debe resultarles anterior. Debe confundirse con un poder, con una potencia. Debe ser un orden virtual. En su intuición del espacio el hombre parece haber logrado hacer coincidir la imagen de un medio homogéneo, ordenado, y de un campo ofrecido a sus propias realizaciones, a su potencia de expansión, a su poder de transformar las cosas.

La actitud del espíritu para agrupar, clasificar, conocer, resulta de una integración mutua entre su actividad desplegada fuera de él y este espacio mental conquistado sobre el espacio perceptivo, como éste lo ha sido sobre las experiencias sensoriomotrices y sobre las estructuras nerviosas que les sirven de trama, y no de una simple yuxtaposición entre contrastes cualitativos o estructuras perceptivas. Como todo lo que es representación, las del niño inmovilizan las cosas. Están en islotes discontinuos, ligadas cada una a seres particulares, inmutables. Las del adulto, al contrario, han aprendido a deslizarse en el cuadro de las categorías.

[4] Henri Wallon, *L'evolution psychologique de l'enfant,* parte III, cap. IV, ed. citada.

CONCLUSIÓN

Hemos tratado de determinar, mediante una serie de comparaciones entre actividades diversas, individuales y colectivas, cómo nace la idea. Seguramente hubiéramos podido limitarnos a destacar, en el curso de los progresos que realiza el comportamiento del niño, el momento en que se debe afirmar que la idea desempeña su papel. Entonces nos habríamos reducido al *post hoc propter hoc*, como si la idea debiera salir en línea directa de lo que precede y proceder por filiación inmediata. Pero es necesario tener en cuenta el ser en vías de realización que es el niño. Su desarrollo biológico no ha terminado al nacer. Aparecen funciones por el solo hecho de su crecimiento, que lo llevan a reproducir el tipo de la especie. En otros términos, es necesario adjudicar su lugar a la maduración progresiva de su organismo y de sus funciones. En cada etapa se modifican las estructuras anatómicas o funcionales. Relaciones nuevas nacen de las condiciones de vida que simultáneamente ellas posibilitan y soportan en el medio que tornan accesible al niño y que se les impone. Sus progresos se verifican tras una incesante acción recíproca entre sus experiencias y el advenimiento de factores que estaban aún implicados. Tomado de este punto de vista, el problema no es referir cada momento de comportamiento al momento anterior, como a su fuente, sino tratar de ver si no debe nada a condiciones sin relación con la serie de experiencias anteriormente realizadas.

Para la psicología tradicional esta cuestión no se planteaba, puesto que ella se daba un elemento primero, la imagen, réplica de la sensación, ésta a su vez réplica de cualidades propias del objeto y que lo tornan inmediatamente accesible al conocimiento. Combinándose entre sí las sensaciones o imágenes

para dar lugar a la abstracción y a la generalización, el edificio del conocimiento puramente ideológico y estático, se elaboraba por la superposición de nociones que se ordenaban entre sí, según estuvieran más próximas de las realidades individuales o que fueran susceptibles de extenderse a categorías más o menos vastas de objetos.

La necesidad que se impone de seguir sus progresos, su devenir, de reconocer sus procedimientos, ha demostrado claramente que estas construcciones no responden a la realidad de la vida mental. La sensación fue desposeída de su anterioridad sobre las demás manifestaciones de la vida mental y sumergida de nuevo en la actividad total. La atención es orientada hacia el comportamiento y las reacciones del sujeto. Las funciones motrices, a su vez, pasan al primer plano. Viraje demasiado absoluto. El movimiento en sí no es más importante que las sensaciones aisladas. El movimiento no se produce sin suscitar efectos que se convierten en causas, suscitándolo a su vez, de manera de despertar, explorar, ordenar las sensibilidades correspondientes: son las reacciones circulares.

Entre los efectos ulteriores del movimiento, los hay de dos clases. Los que al principio se vuelven hacia el mundo exterior y que son aún comúnmente considerados presentes en el origen de la vida mental. Entre los automatismos de adaptación y las imágenes mentales habría continuidad, como si sus referencias a señales sensoriales, multiplicándose, pudieran mecánicamente hacer pasar del movimiento a la representación. Pero un gesto modifica, al mismo tiempo que el medio, a quien lo hace, y ésta es la modificación que se capta más inmediatamente. Dos orientaciones se abren, pues, en la actividad: una, vuelta hacia los objetivos exteriores, y la actividad sobre sí misma o "postural", que tiene por medios y fines las propias actitudes del sujeto. Es una actividad plástica. Está en el origen de la imitación.

¿Pero bajo la influencia de qué estimulantes, de qué intereses se desarrolla esta actividad? En la tesis de los esquemas motores que se superponen o se ordenan entre sí para llegar por último a realizar representaciones, ellos se levantarían por una especie de progresión mecánica, cuya utilidad se revelaría después. Al contrario, la función postural lleva en sí misma

la razón de sus progresos. Ligada primero a toda la actividad motriz y sensorial como un factor indispensable de acomodación exacta, de sostén y de preparación, se transforma no sólo por el juego de las actitudes en un lazo entre los dominios simultáneos y los momentos sucesivos de nuestra actividad, sino que da al sujeto mismo el sentimiento de su coherencia actual y de su unidad realizadora. Es la primera forma de la conciencia subjetiva, cuyo interés inmediato debe ser posibilitar un mínimo de cohesión íntima y de acuerdo entre sí y el prójimo.

La acomodación a las actitudes y más tarde a las intenciones de otros es completamente necesaria para los animales que viven en grupo. La vida gregaria no es posible sin esta asimilación recíproca de sus actitudes por los miembros del grupo. Nacerán de esta necesidad las expresiones progresivamente mejor diferenciadas de la vida afectiva. La existencia en común fue la matriz de las emociones, en la medida en que creaba entre los individuos una solidaridad de comportamiento y, por consiguiente, de actitudes en relación con las diferentes especies de situaciones.

También de aquí nació la imitación. Sin duda fue necesario que se operara una especie de retorno. La acomodación mutua, que era inmediata e instantánea, llegó a ser integración latente y personal de impresiones. Fue un modo subjetivo de repetir las cosas. Así se acusó la diferenciación entre el acto de imitación y lo real. La imitación se concretó como un poder latente, un dinamismo productor, un modelo en potencia que comenzó por no captarse sino en su realización efectiva, pero que después pudo desprenderse, para convertirse en representación pura. No fue estrictamente acomodación a otros; se transformó en imitación de escenas y acontecimientos; se hizo instrumental; dio lugar al simulacro, que opuso de manera cortante el signo a la cosa.

Este efecto salió también de su contrario, es decir, de la asimilación total entre sí y otros, entre el simulacro y el objeto. Si la imitación pudo resultar del acuerdo gregario de los individuos, es porque ella misma fue un medio de adaptación y de acción. El ejemplo de los primitivos muestra la importancia práctica de la imitación. Se convirtió en la imagen del grupo, de su homogeneidad, de su continuidad, de sus antepasados

totémicos, de lo que le hace existir y subsistir. Lo llegó a ser bajo la presión de circunstancias vitales para el grupo, que era menester hacer obrar como tal sobre ellas. Los ritos de imitación, de donde las representaciones puras terminaron por desprenderse, se desarrollaron en razón de su utilidad para la vida del grupo.

La representación no fue una especie de lujo frente a lo real, una simple conciencia contemplativa del mundo. Fue como un prototipo voluntario de las cosas, tales como ellas debían existir, tales como debían ser modificadas por las necesidades colectivas y por la voluntad del grupo. El prototipo no es, pues, su simple calco; es su razón viviente. La cuestión de saber si nuestras representaciones son al principio individuales o generales está mal planteada. En la medida en que son al principio la voluntad de una cierta realidad, son anteriores a lo individual y lo superan. Pero tampoco son lo general, pues no tienen nada de abstracto. Son la voluntad de una cosa individual y concreta, pero una voluntad o una espera susceptibles de superar cada una de sus realizaciones eventuales. La representación empieza por referirse no a lo general, sino a lo genérico. No es una abstracción que convendría a una serie de objetos despojados de sus caracteres estrictamente individuales. Es una existencia en potencia, es decir, lo contrario de una abstracción.

Al comienzo, como lo muestra el ejemplo de los primitivos, la identidad entre la idea, la representación, el simulacro y su poder sobre las cosas o los acontecimientos, era completa. El desdoblamiento no fue total desde el principio. Hasta cuando la imagen estaba ya escindida de lo real persistía un lazo no sólo de existencia sino de creación. Sus vestigios permanecen evidentes en la fase de las Ideas platónicas. Algo de eso persiste aún hoy en el sistema de nuestras ideas. Qué es, pues, la ciencia actual sino, en cierta medida, la creación de su objeto. Así, como lo hace notar Bachelard, el electrón ha existido siempre. Pero las técnicas nacidas de nuestras elaboraciones científicas le han sacado efectos completamente nuevos, haciéndolo pasar por nuestras lámparas triadas, que lo convierten en sonido.

Bajo una forma perfectamente concreta, porque es instrumental, puede demostrarse así la relación estrecha de nuestros pensamientos con su objeto. Tienden a reproducirlo. Al comienzo, por acomodación del cuerpo propio, después por simulacros, y mucho más tarde con ayuda de técnicas científicas. El fin es siempre reproducir, realizar, crear. El medio, siempre la representación, solidaria del mito primero, de las técnicas experimentales y de las ciencias luego. Responde, bajo estas formas diversas, a una misma necesidad de figuración en vista de la acción.

Las relaciones entre la imagen y el objeto son las mismas que entre la imagen y el concepto. Aquí también se han desarrollado vanas discusiones sobre la oposición de lo concreto y lo abstracto, de lo individual y lo general. Son distinciones estáticas que aíslan por una especie de disección muerta los momentos indisolubles del acto intelectual. Imágenes y conceptos se implican mutuamente. Están en potencia unas en otros. El vaivén del pensamiento entre ambos no es un verdadero desplazamiento, es una serie de orientaciones complementarias. El lado imagen es el apoyo del pensamiento sobre el aspecto sensorial o material de las cosas. El lado concepto, el apoyo de lo sensorial sobre el principio de las cosas, sobre lo que supera su apariencia momentánea y las hace existir. Otra vez aquí lo genérico lleva a lo general. Asociarse a lo general es el estado de un pensamiento que ya no está vivo. Limitarse a la enumeración de los objetos que entran bajo el concepto, es reunir una jerarquía de la que se ha eliminado la fuerza investigadora y creadora, que conduce a la inteligencia hacia lo real. Concepto de un lógico, pero no concepto de significación naturalista y psicológica.

Estas relaciones entre la imagen y lo real, la imagen y el concepto, el concepto y lo real, son lo opuesto del pensamiento dado como descomponible en imágenes y de la vida mental como constituida por combinación de imágenes. Un estrecho vínculo se establece entre la actividad psíquica y las cosas, haciendo que las cosas existan para el sujeto. Y hay un momento en que la fase puramente sensorio-motriz de ese vínculo es superada por otra mental. Al principio voluntaria y ritual, ha llegado a ser instrumental y científica. Se ha jalonado sucesivamente de marcas sensoriales y simbólicas. En efecto, a medida que se amplificaba el circuito de la actividad y dejaba de ser pura reacción muscular a las excitaciones actuales, se le

imponían términos nuevos,, para sustituir a las incitaciones directas del medio. Estas demostraciones han podido ser simulacros destinados a introducir en la situación presente factores momentáneamente ausentes, y poco a poco han podido transformarse en medios de evocación menos inmediatamente a la imagen de las cosas.

Hablar de evocación significa necesariamente conceder su lugar al lenguaje. En efecto, entre los primitivos las escenas rituales con simulacros se acompañaban de encantamientos hablados y de recitados. Sin duda, estando interesada ahí la actividad total de los individuos, la palabra, que es una parte esencial de ella, debía manifestarse Pero, como gesto de acción, la palabra es tan inmediata como el movimiento de los miembros. Su utilidad ha precedido asimismo en el niño a la de los gestos orientados hacia el mundo físico. La palabra es el llamado al concurso de los otros. En todos sus niveles es realidad social. Contiene en sí la evocación de todos los recursos, de todas las potencias, de todas las adquisiciones sociales. Es en realidad con igual título que todos los instrumentos con ayuda de los cuales modificamos materialmente las cosas. No es distinta a ellos; contribuye a su existencia en la medida en que son modelados por algo más que las solas necesidades del momento o el simple empirismo de las situaciones acostumbradas. No hace sino apelar a la actividad de los otros, vivifica la de cada uno por la experiencia y el saber colectivos. La palabra, se dice, es el símbolo de las cosas. Comienza por ser una realidad, porque es un acto que toma el sello de las cosas y les da el suyo, lo mismo que el gesto que modifica las cosas y se modifica a su contacto. Es tan indispensable a la actividad mental como la cosa, y no tiene una realidad menor que ella. No ver en la palabra más que el símbolo de la cosa es aun operar una disección que priva a la actividad mental de su verdadera vida. La palabra, como el gesto, puede tener un doble fin: provocar una modificación del mundo exterior suscitando una acción; hacer resonar en sí el mundo exterior por una especie de mimetismo plástico.

Aquí se observa otra vez la misma mezcla de oposición y de solidaridad que entre la imagen y el concepto. Más sensorial, la imagen parece más orientada hacia la cosa. Ligado

a los principios de intelección por los cuales el espíritu vivifica la realidad, el concepto parece más próximo del verbo: su soporte, su medio de acción, es el lenguaje. Sin duda el lenguaje está hecho de símbolos, pero los símbolos son en un sentido lo más real que hay, en las cosas, puesto que formulan sus razones de existencia. Así, los racionalistas estimaban que los principios intelectuales no sólo tenían más verdad, sino también más realidad que las cosas sensibles. Análogamente, el físico cree más en la realidad del átomo que en sus impresiones sensoriales, porque con el átomo explica los efectos cuyo asiento son las cosas y de esta explicación extrae su poder de modificarlas.

Pero hay solidaridad al mismo tiempo que oposición. El átomo no extrae su realidad sino de las medidas que él permite verificar en el mundo sensible y que descansan también sobre sí mismo. La palabra tampoco es nada si no implica en todo instante la imagen de las cosas y el retorno posible a su realidad sensible, donde recibe su justa medida. Por la palabra y por el concepto se opera la penetración recíproca de la experiencia individual y de la experiencia colectiva. No hay concepto, por abstracto que sea, que no implique alguna imagen sensorial, y no hay imagen, por concreta que sea, que una palabra no subtenga y que no haga entrar los límites del objeto en los de la palabra; en este sentido nuestras experiencias más individuales están ya moldeadas por la sociedad.

La edad de la palabra es marcada por un cambio en las aptitudes prácticas del niño. No ha tenido aún tiempo de servir a los progresos de su pensamiento discursivo ni de proporcionarle los signos que le servirán de medio para fijar la individualidad de cada objeto, enumerando a la vez los efectos o las cualidades que en él se reúnen, y de oponer las variaciones de estos efectos o los grados de estas cualidades, cuando ya sus relaciones con las cosas lo muestran listo para descubrir el orden de sucesión entre ellas o la progresión que pueda unirlas, en lugar de ordenarlas pura y simplemente, según las exigencias y los fines particulares de su propia actividad. Es necesario sacar la conclusión de que la palabra es menos la causa de este progreso que su consecuencia. Las condiciones que le son comunes con esta aptitud nueva oponen una y otra a las formas

anteriores de la inteligencia. Y sin embargo no dejan de tener ellas mismas condiciones comunes como estas formas.

De orientación inversa, la inteligencia discursiva y la inteligencia de las situaciones, aunque operando una en el plano de la representación y de los símbolos y la otra en el plano sensorio-motor, una por momentos sucesivos y la otra por aprehensión y utilización global de las circunstancias, suponen ambas, no obstante, la intuición de relaciones que tienen por terreno necesario el espacio. Pero del acto motor a la representación ha habido trasposición, sublimación de esta intuición que, antes incluida en las relaciones entre el organismo y el medio físico, ha llegado a ser luego esquematización mental. Entre el acto y el pensamiento, la evolución se explica simultáneamente por lo opuesto y por lo idéntico.

INDICE

Pág.

Introducción 7

Primera parte

LAS FUENTES DE COMPARACIÓN

I. La psicología de la conciencia 19
II. La psicología de las situaciones 42
III. Mitos y Razón 76

Segunda parte

LOS PRELUDIOS PSICOMOTORES DEL PENSAMIENTO

I. Las primeras fases 101
II. Imitación y Representación 110
III. Ritos y Representación 142

Tercera parte

LOS PRIMEROS FUNDAMENTOS DEL PENSAMIENTO

I. Las relaciones entre significante y significado 151
II. El pensamiento sincrético 169
III. Las condiciones elementales del pensamiento discursivo 181

Conclusión 197

Este libro se terminó de
imprimir el 23 de mayo
de 1974 en los Talleres
"El Gráfico/Impresores",
Nicaragua 4462, Bs. As.

Esta edición consta de 4.000 ejemplares